

dCIDOB 100.
1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

Introducción

Esta edición especial de la revista *DCIDOB* es el resultado de una larga trayectoria de más de 20 años del único medio escrito en catalán en el campo de las relaciones internacionales. Esta publicación, miembro de la Asociación de Publicaciones Periódicas en Relaciones Internacionales, ha intentado reflejar, con un carácter divulgativo y riguroso, las transformaciones que el mundo ha sufrido durante las últimas dos décadas. El número 100 también quiere ser partícipe de ello.

El sistema internacional ha evolucionado desde la bipolaridad característica de los tiempos de la Guerra Fría hasta un mundo de "comunidades de destino solapadas", en palabras de David Held, uno de los analistas más destacados de la globalización. Desde sus inicios en 1983, *DCIDOB* ha analizado fenómenos como la desintegración de la URSS, la construcción europea, el sistema de las Naciones Unidas, la emergencia de nuevas potencias mundiales, los retos de futuro para América Latina o la interculturalidad. Recurriendo a menudo a la edición de números monográficos, la unión entre los temas estudiados y las tareas realizadas en la Fundación han permitido que esta publicación se convierta en un mecanismo de interacción entre los diferentes programas de investigación de la Fundación CIDOB.

El número 100 de la revista pretende ser un compendio de la evolución de los debates surgidos en los ámbitos de investigación que son propios de la Fundación. Se recogen artículos sobre América Latina, Europa, el Mediterráneo, la Unión Soviética, Asia, la cooperación al desarrollo, las migraciones internacionales, la interculturalidad, el desarrollo sostenible y la seguridad internacional. La publicación cuenta también con dos contribuciones que repasan los cambios en el sistema internacional desde la Guerra Fría así como los procesos políticos en el África negra.

Con este número de *DCIDOB*, así como con todos los precedentes, la Fundación CIDOB ha querido poner al alcance del público no especializado una herramienta útil para acercarse a áreas temáticas y geográficas a menudo poco conocidas. Este objetivo es ahora más necesario que nunca. El mundo donde vivimos es más complejo, más interdependiente y más frágil ambientalmente hoy que veinte años atrás.

Nuestro trabajo como centro de investigación y de creación de opinión debe ser dotar a la sociedad de las herramientas necesarias para la mejor comprensión de la realidad internacional. La revista *DCIDOB* nació con esta vocación y esperamos que el número 100, *1983-2006: Nous temps, noves mirades*, permita ofrecer a los lectores un análisis distendido y, al mismo tiempo, profundo de temas de ferviente actualidad.

Narcís Serra
Presidente de la Fundación CIDOB

dCIDOB 100.

1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

Bipolar, unipolar, multipolar. 1983-2006: Los cambio más profundos desde el inicio de la guerra fría.

Xavier Batalla

BIPOLAR, UNIPOLAR, MULTIPOLAR

1983-2006: LOS CAMBIOS MÁS PROFUNDOS DESDE EL INICIO DE LA GUERRA FRÍA

Xavier Batalla Corresponsal Diplomático de *La Vanguardia*

Cuando Dean Acheson publicó su autobiografía eligió un título grandilocuente para explicar sus doce años en el Gobierno, de los cuales cuatro como secretario de Estado de Harry Truman. Escribió *Presente en la creación* para indicar que había asistido a la fundación de un nuevo mundo por parte de Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial. En realidad, Acheson no sólo estuvo presente, sino que fue uno de los *hombres sabios* de Washington que dieron forma a un orden internacional multilateral que, con la ONU como piedra angular, legitimó el poder de Estados Unidos en medio mundo.

DCIDOB nació cuando el mundo era bipolar, aunque la bipolaridad ya era asimétrica. En Washington, el presidente Ronald Reagan había obtenido el respaldo del Congreso a un presupuesto de defensa récord, lo que sentenció la última militarización de la política de contención frente a la Unión Soviética, iniciada en 1947 y basada en las reflexiones de George Kennan. Y en Moscú, la muerte de Leonid Breznev, líder máximo soviético, había abierto una etapa de incertidumbre que desembocaría, entre la presión externa y la desintegración interna, en la caída del muro de Berlín, en 1989, y en el hundimiento de la Unión Soviética, en 1991.

En los últimos veinticinco años, el mundo ha conocido los cambios más profundos desde el inicio de la Guerra Fría, tanto políticos como económicos, sociales y tecnológicos. La desaparición de la Unión Soviética puso fin a la guerra civil europea del siglo XX y dejó a Estados Unidos como única superpotencia, lo que cambió el mundo de arriba abajo; no fueron los atentados del 11 de septiembre, aunque estos fueron interpretados por la Administración Bush como la oportunidad histórica para alumbrar otro orden internacional basado en cuatro ideas: la preservación del flamante orden unipolar, la primacía de la fuerza, el ejercicio unilateral del poder y el derecho a desencadenar una guerra preventiva aunque la amenaza no fuera inminente.

En Asia, en estos veinticinco años, se ha gestado el acontecimiento económico de nuestra era: el ascenso de China e India, las dos superpotencias demográficas. En Oriente Medio, el triunfo de la revolución teocrática de Jomeini, así como el enconamiento del conflicto palestino-israelí, ha dado paso al resurgir del islam político y del terrorismo apocalíptico. La globalización se ha acelerado con decisivas innovaciones tecnológicas como internet y los ordenadores personales. Y las migraciones se han mundializado con las globalizaciones de la economía, del transporte y de la información, que han achicado el mundo.

El final de la bipolaridad

La década de 1980 fue decisiva. Los demócratas estadounidenses habían dominado las factorías de ideas durante medio siglo, desde los tiempos del presidente Franklin D. Roosevelt. Un factor determinante de la hegemonía estadounidense en el siglo XX fue su modelo económico, una combinación de producción masiva y consumo de masas, y una política exterior basada en lo que el liberalismo internacionalista

denominó *convergencia armónica*, abogada de las instituciones multilaterales. Pero esta *catedral ideológica* comenzó a tambalearse en los años ochenta.

Un nuevo tipo de conservadurismo desplazó el liberalismo de la economía y la política estadounidenses. La situación comenzó a cambiar con el presidente Reagan, en cuyos mandatos surgió la primera generación de los *think tanks* (laboratorios de ideas) neoconservadores, que más tarde se convertirían en el fundamento de la política exterior de George W. Bush. El modelo *rooseveltiano* se resintió cuando Reagan inspiró otro capitalismo, el milenarista, según la definición de Walter Russell Mead, basado en el triunfo de la tecnología, la desregulación y el espíritu empresarial (Mead, 2004). Como afirma John Ehrman, autor de *The Eighties: America in the Age of Reagan*, los ochenta fueron una década perdida para el liberalismo demócrata.

Históricamente, la política exterior de Estados Unidos puede ser interpretada de tres maneras distintas, aunque a menudo han sido complementarias. La primera es aquella que ve a Estados Unidos como un actor moral; es decir, como un Estado que se mueve no en función de sus intereses nacionales, sino por principios. Esta fue la visión del presidente demócrata Woodrow Wilson. Una segunda interpretación prefiere ver a Estados Unidos como un país expansionista. Esta visión es la que prefiere Noam Chomsky. Y la tercera interpretación es la que pretende que Estados Unidos no sea ni un extraño campeón ético en un mundo de egoístas, ni un país con una avaricia superior a la media. Esta es la política exterior que los realistas querrían que diluyera el idealismo *wilsoniano*.

Reagan interpretó la política exterior estadounidense de las tres maneras. En su primer mandato actuó como un actor moral frente a la Unión Soviética, lo que justificó la multiplicación de los gastos de defensa e hizo de la Guerra Fría un conflicto caliente en economía y retórica, según la estrategia diseñada en la NSDD-32 (National Security Decisions Directive). En la periferia, Reagan tuvo debilidad por las cañoneras, desde el apoyo a los *muyahidines* que derrotaron a los soviéticos en Afganistán hasta el respaldo a la *contra* nicaragüense o a los rebeldes de Jonas Savimbi en Angola; desde la invasión de Grenada hasta el escándalo Irán-Contra, por el que Washington financió al movimiento antisandinista con la venta de armas al Irán de Jomeini. Y, finalmente, Reagan también se mostró realista con la firma de un tratado con los soviéticos para la eliminación de los misiles de alcance intermedio en Europa.

La combinación de estas tres visiones de la política exterior estadounidense desembocó en el hundimiento de la Unión Soviética. La interpretación ortodoxa, según mantienen Michael E. Salla y Ralph Summy, insiste en que “la capitulación de la Unión Soviética y la victoria de las fuerzas de la democracia y de la libertad se debieron a la superioridad militar y al dinamismo de sus ideas y de su sistema económico” (Salla, 1995). Los republicanos enfatizan el papel desempeñado por Reagan; los demócratas prefieren subrayar la política de contención de Truman, Kennedy, Johnson y Carter. Sea como fuere, con el final de la Guerra Fría, *DCIDOB* explicó un mundo que conoció un momento unipolar.

La gran cuestión estratégica

Lo sucedido entre 1983 y 2006 sugiere que una de las grandes cuestiones estratégicas de principios del siglo XXI es si, en un mundo que es global, hay dos

Occidentes, a diferencia de lo que ocurría durante la Guerra Fría, cuando había tres mundos y un único Occidente integrado por Estados Unidos y Europa. La Unión Europea, que en 2007 cumplirá cincuenta años, se ha ampliado, pasando de nueve a veinticinco miembros en el último cuarto de siglo. Pero el club comunitario está paralizado desde que franceses y holandeses se opusieron, en 2005, al proyecto de Constitución europea.

Europa tiene por el oeste a Estados Unidos, que la empequeñece política y militarmente; en el extremo oriente, la competitividad china agrava los achaques de su economía y de su Estado de bienestar; por el este, el dilema de qué hacer con Rusia, que tiene la llave energética; y por el sur, los inmigrantes encrespan los ánimos y alimentan un nuevo populismo que amenaza a la integración continental. Europa, que quiere cambiar el mundo con su modelo social y multilateralista, está siendo cambiada por el mundo. Hay preocupación por el desempleo y por el futuro de una sociedad que envejece. Y esto se traduce en un estado de malestar cuando las élites avanzan lentamente hacia una reforma impopular.

El desafío asiático

En las décadas de 1980 y 1990, la mayoría de los países del este y sur de Asia, incluidos los dos gigantes, optaron por la economía de mercado, aunque bajo la tutela de gobiernos intervencionistas. El resultado ha sido un continente económicamente emergente, aunque dividido política y culturalmente. Asia contiene la mayor democracia del mundo, India, ahora convertida en una potencia en el sector de los servicios; un poderoso régimen comunista, China, transformado en la fábrica del mundo, y el Gobierno más estalinista, Corea del Norte, que ha confesado ser una potencia nuclear.

En este escenario, los realistas se encuentran como en su casa más moderna, que es la Europa de los dos últimos siglos, cuando el concepto del equilibrio del poder dominó las diplomacias europeas. En el tablero asiático de principios del siglo XXI existen tres tipos de actores. En primer lugar, las cinco grandes potencias: Estados Unidos, China, Japón, Rusia e India. Después, las potencias medianas, que no pueden imponerse pero sí inclinar la balanza, como Pakistán (en buenas relaciones con Pekín y Washington, pero rival de Nueva Delhi), Irán, Indonesia, Corea del Sur y Vietnam. Y, finalmente, los peones, como Laos, Camboya y Singapur.

Estados Unidos es el primer actor en Asia, con alianzas (Japón y Corea del Sur) decisivas. Pero ya sufre una fuerte competencia. La influencia de China no para de crecer, desde Corea del Norte hasta Pakistán e Irán. Japón se refugia bajo el paraguas estadounidense. Rusia mueve muchos hilos, como demuestra en Irán. Y la quinta potencia, India, es cortejada por el resto.

África, el continente perdido

En África, el final de la Guerra Fría, tras la retirada soviética y cubana de medio continente, fue el entierro del *apartheid*, el oprobioso régimen racista sudafricano cuyo origen nada tuvo que ver con la Guerra Fría, aunque su desarrollo no fue ajeno, como tantos otros conflictos regionales, al enfrentamiento este-oeste. Pero África ha seguido siendo el continente perdido, víctima de la guerra, como en la República Democrática del Congo (3,8 millones de muertos desde 1997); de la

limpieza étnica, como en el genocidio de Rwanda, en 1994, y de las enfermedades, como el sida.

Esta concatenación de acontecimientos negativos, desde Sierra Leona hasta Zimbabwe, volvió a plantear en los últimos veinticinco años la pregunta sobre el porqué de los males que aquejan al único continente por globalizar. África, convertida en un continente de emigración, parece ser un compendio de todos los males. La primera generación de líderes del África independiente la formaron idealistas y soñadores. Kwame Nkrumah, Patrice Lumumba y Julius Nyerere fueron visionarios, pero su generación fue aplastada por una oleada de golpes de Estado. El coronel derrocó al abogado, el sargento al capitán, y así sucesivamente. África tiene ahora 29 de los 36 países más pobres del mundo, tiene una esperanza de vida de 53 años y más de 35 millones de personas están afectadas por el sida.

América Latina, del mercado al populismo

América Latina, que no es emergente como Asia, ni tan pobre como África, ni tan peligrosa como Oriente Medio, ha comenzado el siglo XXI después de dos decenios de experimentos. En el siglo XX, los latinoamericanos intentaron dar con la fórmula para redistribuir la riqueza en la región más desigual del mundo. Los intentos se sucedieron con la revolución mexicana y las reformas de Lázaro Cárdenas, Getulio Vargas en Brasil, el peronismo, la revolución boliviana de 1952, el castrismo, los militares reformistas peruanos de 1968, el triunfo electoral de Allende y la revolución sandinista. Pero, a finales del siglo XX, el hundimiento comunista en Europa, el desencanto con el castrismo y la derrota electoral de los sandinistas parecieron poner fin a los experimentos.

No fue así. El paisaje cambió en los años noventa con el mexicano Carlos Salinas de Gortari, el peruano Alberto Fujimori y el argentino Carlos Menem, que comulgaron con el neoliberalismo. El tiempo, sin embargo, les puso en su sitio: los tres hicieron las Américas, pero no las cambiaron. ¿Qué explica, entonces, el neopopulismo de Hugo Chávez en Venezuela y de Evo Morales en Bolivia? Las enormes desigualdades sociales y la histórica marginación de los indígenas. Como afirma Carlos *Chacho* Álvarez, presidente de la Comisión de Representantes Permanentes de Mercosur, “tras el fracaso estrepitoso de la clase dominante tradicional, no puede venir un líder moderado”. Hasta la década de 1980, los dirigentes latinoamericanos optaron por más Estado que mercado y después prefirieron más mercado que Estado. A principios del siglo XXI, el subcontinente gira hacia la izquierda, una veces socialdemócrata y otras populista.

Oriente Medio, el islamismo

Oriente Medio creía haber sido escenario de todo tipo de conflictos. Desde la Segunda Guerra Mundial, la región había conocido guerras de independencia, como la que vio nacer a Israel en 1948, cuando se abrió un enfrentamiento que, tras el fracaso del proceso de paz de la década de 1990, sigue siendo la clave de la crisis mediorienta. Y la región también había presenciado arrebatos imperiales, como la aventura de Suez, en 1956, momento en que británicos, franceses e israelíes se confabularon contra el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser, que para Londres y París fue el primer Saddam Hussein.

Pero desde la década de 1980 Oriente Medio también ha sido escenario de guerras entre musulmanes, como la librada por irakíes e iraníes (1980-1988), y entre árabes, como la invasión irakí de Kuwait que desembocó en la Guerra del Golfo. Oriente Medio, pues, creía haberlo visto todo, pero Estados Unidos invadió Irak en 2003, iniciando un conflicto de consecuencias imprevisibles en un escenario caracterizado por la continuidad del conflicto palestino-israelí, el avance del islam político y el terrorismo apocalíptico de Al Qaeda.

Cada gran conflicto ha cerrado en Oriente Medio una era. Israel cambió el mapa de la región. La crisis de Suez fue el canto del cisne de la Gran Bretaña imperial. La guerra de 1967, con la victoria de Israel, dictó la ruina del panarabismo laico. Afganistán fue el Vietnam de la Unión Soviética (1979-1989). Y el conflicto del Golfo (1990-91), en el que la Administración de Bush padre encabezó una coalición internacional para expulsar a Saddam Hussein de Kuwait, rompió la alianza de islamistas moderados y radicales que, con la ayuda estadounidense, había derrotado a los soviéticos en Afganistán. No está claro a qué escenario conducirá la guerra de Irak, pero si uno de los objetivos era la seguridad de Israel, el gran beneficiado ha sido Irán, un enemigo mayor del Estado hebreo.

Los desafíos del siglo XXI

Los desafíos que a principios del siglo XXI tiene planteados la sociedad internacional no son exactamente los mismos que en los tiempos de Acheson. Eso es evidente, sobre todo en el caso del terrorismo. Lo que diferencia la agresión japonesa en Pearl Harbor de los atentados del 11 de septiembre es que el ataque no procedió en el segundo caso de un Estado, sino de una organización difusa. Pero entre el escenario actual y el de 1945 también existen paralelismos. La cuestión es, entonces, cómo poner orden.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la preocupación de las grandes potencias era qué hacer después del colapso de los imperios y el surgimiento de nuevos y frágiles estados en Europa, Asia y África. Pero la Guerra Fría, con el enfrentamiento entre Estados Unidos y la Unión Soviética, arruinó las ambiciones de la ONU y congeló el desafío, que ahora se ha convertido en una cuestión caliente, desde África hasta Asia Central, pasando especialmente por Oriente Medio.

La brecha que separa a los países ricos de los países pobres nunca ha sido tan ancha como lo es a principios del siglo XXI. En 1820 la relación entre los ingresos de los cinco países más ricos y los de los cinco más pobres era de tres a uno; en 1913 pasó a ser de once a uno, y en 1992 se disparó hasta establecer un abismo de 72 a uno. Es decir, en cuanto a desigualdad, el mundo, y según el informe sobre desarrollo publicado por la ONU en 1999, ha ido de mal en peor en los dos últimos siglos. ¿Cómo se puede evitar, en estas circunstancias, que medio mundo se hunda en la inestabilidad?

Los neoconservadores que abogaron por la guerra de Irak, a la que señalaron como la segunda etapa de la denominada guerra contra el terrorismo, consideran que Bill Clinton demostró no tener ninguna idea de cómo Estados Unidos debía utilizar su inmenso poder. Fue la etapa que el neoconservador Charles Krauthammer bautizó como el “momento unipolar” (Krauthammer, 1991). Y después de los atentados perpetrados por Al Qaeda, la red de Osama Bin Laden, en Nueva York, Washington y Pensilvania, los neoconservadores decidieron utilizar el inmenso poder de Estados

Unidos para prolongar el momento unipolar en una era unipolar. Así actuó la Administración Bush, instrumentalizando el idealismo *wilsoniano*, ya que abjuró del multilateralismo. Primero, porque en la guerra de Afganistán, a pesar de la bendición de la ONU, intervino de forma unilateral, sin aceptar la ayuda de sus socios de la OTAN. Y, segundo, porque invadió Irak unilateralmente, sin la aprobación del máximo organismo internacional.

La Administración Bush ha pretendido revolucionar el sistema heredado de la guerra fría. Pero el resultado ha sido un desastre, entre otras cosas porque la guerra contra el terrorismo no se ha convertido en ningún principio organizador del sistema internacional. Y el programa para democratizar Oriente Medio, que pretendió ser la justificación cuando no se encontraron las armas de destrucción masiva que se le atribuían a Saddam Hussein, es un fiasco.

En el siglo XX, Estados Unidos intentó dos veces crear un orden internacional basado en sus propios valores. Dean Acheson, un realista, comprendió que la paz no podía alcanzarse únicamente a través de la fuerza, por lo que el principio fundamental de la democracia estadounidense –la superioridad de la ley sobre el poder arbitrario– fue proyectado sobre el escenario global. Acheson también recurrió a la fuerza y actuó unilateralmente, pero primero confió en el multilateralismo. La Administración Bush ha hecho lo contrario: su vocación ha sido unilateralista, y sólo ha sido multilateralista cuando, como en Afganistán e Irak, comprobó que el mundo le venía grande.

Bush ha utilizado el 11 de septiembre para romper el statu quo, como si quisiera estar presente en la destrucción de un orden internacional. Pero el resultado ha sido un fracaso. Y el unilateralismo ha sido desacreditado en un mundo más interdependiente que nunca. Henry Kissinger, el antimodelo realista de los neoconservadores, escribió antes del 11 de septiembre: “En las relaciones entre estados, el nuevo orden del siglo XXI se parecerá más al sistema de estados europeos del siglo XVIII y XIX (...). Habrá al menos seis grandes potencias: Estados Unidos, Europa, China, Japón, Rusia y probablemente India” (Kissinger, 1996). En los próximos años, *DCIDOB* analizará un mundo multipolar.

Noviembre de 2006

Referencias bibliográficas

KISSINGER, Henry. *Diplomacia*. Barcelona: Ediciones B, 1996. P.16.

KRAUTHAMMER, Charles. “The Unipolar Movement”. *Foreign Affairs (1990-1991)*.

MEAD, Walter Russell. *Power, Terror, Peace, and War. America's Grand Strategy in a World at Risk*. Nova York: Alfred A. Knopf, 2004. P. 83-84.

SALLA, Michael E. y SUMMY, Ralph. *Why the Cold War Ended: A Range of Interpretations*. Westport (CT): Greenwood Press, 1995. P.3.

dCIDOB 100.

1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

Fracaso moderno en el África negra. Tradición y Estado en los años de la globalización.
Ferran Iniesta.

FRACASO MODERNO EN EL ÁFRICA NEGRA

TRADICIÓN Y ESTADO EN LOS AÑOS DE LA GLOBALIZACIÓN

Ferran Iniesta Universitat de Barcelona

Cuando Immanuel Wallerstein escribió *Las independencias africanas* (1961), sorprendió mucho a sus lectores, porque nunca le habían visto tratar tan positivamente un proceso histórico. En lugar de prever una recuperación del control africano por vías neocoloniales, el historiador del mundo moderno consideró que la llegada de los estados africanos al panorama internacional abría las puertas a una situación cargada de promesas. A duras penas un preocupado René Dumont –*África negra ha empezado mal* (1961)– tuvo el coraje intelectual de decir que aquellas independencias empezaban mal, al menos desde un punto de vista de estricta economía de mercado. Los críticos de la época, como Basil Davidson, saludaron la descolonización de África y confiaron en que este continente sería una pieza clave en la reestructuración del orden mundial. Hoy, esto nos puede sorprender, pero para muchos, en los años sesenta del pasado siglo, África nacía a la libertad llena de proyectos y esperanzas, y no sólo para sí misma, sino para el mundo.

Si bien la década de los setenta fue la de los golpes militares, la de la primera crisis del petróleo (1973) y la de las primeras grandes sequías en Etiopía, la potencia de los discursos de los dirigentes de la independencia aún seguía presente en los medios de difusión occidentales, y los retrasos en el pago de la deuda se consideraron coyunturales. En medio de una dura confrontación política entre los dos grandes bloques, el posicionamiento de los líderes africanos en la Organización para la Unidad Africana (OUA) y la ONU tenía repercusiones mediáticas: los Senghor, Houphout Boigny o Mobutu en el sector moderado o prooccidental, y los Ratsiraka, Nyerere o Machel en el campo radical o antiimperialista, eran seguidos atentamente en la prensa escrita o televisada. En una África negra donde los problemas se acumulaban, la oposición de los dos modelos de desarrollo permitía atribuir la responsabilidad de los fracasos a las presiones y maniobras del otro bando: el recurso al enemigo exterior crecía al mismo ritmo que los problemas africanos.

A principios de los años ochenta, justo cuando el *DCIDOB* empezaba su andadura, apareció una obra –*La Geografía de la Sociedad Humana* (dirigida por Enric Lluch)– que ya se encontró con la paradoja de una África negra, aparentemente dividida por sus discursos y adscripciones internacionales, pero situada en el campo de la periferia subdesarrollada capitalista, con la única excepción de la Sudáfrica del apartheid. Efectivamente, las armas podían venir de Moscú o París, pero los préstamos eran del Banco Mundial (BM), aunque el solicitante fuera el régimen marxista del FRELIMO, en Mozambique. La debilidad económica del bloque socialista, que se hacía cada vez más evidente, no sólo forzó una progresiva retirada soviética en el sur del Sáhara, sino que condujo a la desintegración del Pacto de Varsovia y a la liquidación de una URSS que ni la *glasnost gorvatxoviana* había podido apuntalar. En este contexto, la deuda internacional de los estados del África negra apareció en toda su dimensión y la parálisis general de sus administraciones empezó a ser denunciada por críticos y expertos conservadores y de izquierdas. El desarrollo moderno en África había fracasado, tanto en la variante socialista como en la liberal, mucho antes del repliegue definitivo de la Unión Soviética.

Buscando el milagro democrático

Aunque el BM ya había llegado a acuerdos con estados socializantes –Ghana, Madagascar– a mediados de los ochenta, fue a principios de la década siguiente cuando el modelo de “menos Estado, más liberalismo” se generalizó. Desaparecida la URSS y sus aliados, incorporada la Francia de Mitterrand a la exigencia de democracia a cambio de ayuda económica –Conferencia de La Baule– y con el retorno de los Estados Unidos de Bush padre a la política subsahariana, nació la nueva fase que el mismo presidente norteamericano definió, en 1991, como el “Nuevo Orden Mundial”. Las dos condiciones para recibir ayuda eran el establecimiento de mecanismos multipartidistas y una reducción sensible de los efectivos funcionariales. Los noventa habían de ser los años de la democracia africana y el preludio de un desarrollo que los bloques no habían logrado.

En la búsqueda de la panacea democrática, de un orden institucional que fuera la palanca definitiva para el arranque de la economía de África, el primer Bush, acabada la guerra del Golfo, quiso hacer una demostración aleccionadora del Nuevo Orden tutelado por los Estados Unidos: las tropas norteamericanas desembarcaron en Somalia, país sin recursos materiales, pero sumergido en el caos y donde se podían demostrar las virtudes de la nueva política mundial. Muchos recordarán sin duda el desembarco de la tropas de la Navy, televisadas bajo potentes focos luminosos, pero nadie las vio marchar, dos años más tarde, sin haber sido capaces de obtener un Gobierno de coalición ni de controlar ni siquiera la capital, la devastada Mogadiscio. Por eso, cuando en 1994, Rwanda se derrumbaba en el caos de un nacionalismo moderno de coartada étnica, los países occidentales evitaron empantanarse como en las playas somalíes; si Francia actuó protegiendo la retirada hutu, fue más por sus intereses diplomáticos y de venta de armas que por razones humanitarias constatables. En sólo cinco años, los límites del nuevo orden se habían puesto de manifiesto en Mogadiscio y Kigali, sin que en otros estados los progresos fueran notorios.

Hay que hablar, sin duda, de algunas excepciones positivas, como Benín, Madagascar, Nigeria y Malí, donde hubo una mejora parlamentaria sensible, con presidentes electos sin manipulaciones destacables. Sin embargo, la mayoría de cambios democráticos fueron simples operaciones de maquillaje, como en Togo, Gabón, Angola o el Chad, por no hablar de todos aquellos estados que, debilitados por las exigencias del BM, entraron en verdaderos procesos de desintegración: Liberia o Sierra Leone se añadieron a los desastres somalí y rwandés, y acompañaron durante años las guerras endémicas de Sudán o Angola. Como culminación de todos estos fracasos, el Congo-Zaire de Mobutu no sólo no dejó paso a la democracia formal, sino que entró en una espantosa guerra con millones de muertos: aún hoy en día –con un Joseph Kabila elegido presidente en las urnas– el Congo vive en la inestabilidad de una frágil dictadura “democrática” impuesta internacionalmente.

No deja de ser preocupante que, desde el siglo XV, la expansión occidental por el mundo haya tenido un estímulo de primer orden en las delicias de la buena mesa: la llegada de la pimienta asiática y del azúcar americano ha sido un importante motor del desarrollo europeo y del empobrecimiento de los demás pueblos, y al servicio de estos objetivos –entre otros– han crecido las industrias militares y la investigación tecnológica. Los últimos años del pasado siglo no han estado marcados por los maltrechos monocultivos coloniales como el cacao ghanés o el té ugandés, pero sí

por la penetración creciente de las petroleras en toda la costa atlántica de África – Nigeria, Guinea Ecuatorial y Angola, sobre todo– y por la depredación salvaje de diamantes –Sierra Leone, Angola– o del coltán¹ –Congo Democrático– tan indispensable para las industrias de telefonía occidentales. El debilitamiento estatal predicado por el BM ha contribuido a desencadenar guerras sangrientas que han proporcionado los mejores beneficios a honorables fabricantes de armas y laboriosos industriales de las sociedades civilizadas.

La condicionalidad democrática –ayuda del Norte a cambio de democratización política– con que se inauguró aquel desgraciado decenio africano, se transformó a los pocos años en un verdadero listado de normas para demostrar que un Estado respondía a las exigencias de la “*Good Governance*”, del supuesto buen gobierno que debería imperar en toda región y cultura, presidiendo la vida de la sociedad. De hecho, a finales del siglo XX y a principios de éste, son pocos los estados que cumplen estas normas, pero después de la experiencia de guerra y catástrofe generada por la política antiestatal del BM, esta institución ha puesto sordina a sus denuncias y prefiere las dictaduras que el paraíso capitalista-ácrata predicado por la Escuela de Economía de Chicago (con el ya desaparecido Milton Freedman). Incluso los especialistas en sociedades africanas que a menudo habían criticado el Estado postcolonial –Bayard– acabaron haciendo una defensa razonada del Estado, aunque fuera corrupto y escasamente intervencionista.

Los vientos del nuevo siglo

Muchos países africanos no salen en las crónicas informativas occidentales, y eso significa que gran parte de África funciona con cierta normalidad, aunque a niveles de pobreza relativa. Otros, en este cambio de milenio, se han añadido al grupo de los estados anónimos, hecho que supone el mejor indicador de sus aceptables equilibrios sociales. El ejemplo somalí sería ilustrativo de esta realidad mediática: lo sabemos todo de “Somalia”, de su Parlamento montado artificialmente en Etiopía y de su Gobierno de coalición en Kenya forzado directamente por países donantes, y sabemos que Mogadiscio y el sur del país, que supuestamente están bajo el control *legítimo* de esta “Somalia”, son un caos y sólo los islamistas están poniendo cierto orden; curiosamente, de los dos estados que se proclamaron independientes a mediados de los años noventa –Punt en el centro y Somaliland en el norte– y que hace diez años que funcionan combinando elecciones y estructuras asamblearias clánicas, de estas *somalias* el mundo civilizado no conoce nada. Probablemente, lo mejor que le puede pasar a un país africano, reconocido o no por la llamada “comunidad internacional”, es no salir en las noticias de la prensa.

Y no es únicamente una mayoría africana la que permanece en el anonimato, sino que quedan también marginados de los medios de comunicación del Norte muchos de los proyectos oficiales que pueden parecer constructivos. Son pocos los europeos o norteamericanos que saben que en el año 2000, la antigua OUA

¹ N. del Ed.: El coltán es un producto de gran interés económico y estratégico, el nombre del cual hace referencia a la combinación de dos metales raros, la columbita o niobita y la tantalita, de los cuales se extraen el niobio y el tántalo, elementos indispensables para la electrónica, los misiles balísticos y los cohetes espaciales. Se estima que el 80% de las reservas mundiales de coltán se encuentran en la región de Kivu, al este de la República Democrática del Congo.

desapareció para dar paso a la UA o Unión Africana, probablemente como expresión de la voluntad de dejar atrás una historia muy marcada por los enfrentamientos entre estados llamados progresistas y estados tachados de moderados, pero también para buscar un organismo poco burocrático y menos oneroso para las tesorerías estatales. Tampoco han trascendido demasiado los planes de desarrollo continental propugnados por Senegal y Sudáfrica que se sintetizaron en el NEPAD (*New Partnership for Africa's Development*), adoptado por la UA (2002) y que es el programa marco que tiene apoyo en las cancillerías occidentales y en el mismo BM. De África sigue sin llegar nada que no sea triste y catastrófico, epidemias y pateras.

Con todo, la realidad sigue caminos más complejos y más esperanzadores. Aunque el NEPAD sea criticado, fundadamente, por muchos especialistas como Kabunda que ven en él una política sucesora de los Planes de Ajuste Estructural, movida ahora por los sudafricanos, este programa marco demuestra la capacidad de los nuevos estados de diseñar una política sectorial en la que la ayuda exterior se una a los planes regionales. La aceptación que ha tenido el NEPAD por parte de las instituciones financieras internacionales no es tanto por las coincidencias con los criterios de estos organismos como por la necesidad que tienen el BM y el FMI de demostrar que en África también llega el desarrollo de la globalización. Todas las estrategias macroeconómicas del África independiente han fracasado, ya fueran socialistas o liberales, y la misma panacea democrática no parece haber introducido cambios en la capacidad productiva ni exportadora, que sigue siendo pequeña, exceptuando el petróleo, los diamantes y el coltán.

En una fase de relativa calma económica mundial, el crecimiento africano ha oscilado entre el 4% y el 7% durante los primeros años del siglo XXI, y eso no pasaba desde los años setenta. Ciertamente, como destaca Santamaria, los márgenes de ahorro de los productores de monocultivo –cacao, café, té, cacahuate– son escasos y la capitalización baja o nula, lo cual hace temer próximas crisis, y tampoco los beneficios de las materias primas parecen aprovecharse por parte de los gobiernos, pero África está frenando la caída libre de los últimos veinte años del pasado siglo. Unos cuantos países han adoptado la democracia formal durante estos años, como una herramienta de corrección de relaciones sociales, y aunque esto no sirva para una economía de mercado capitalista, sí que limita favorablemente las tendencias opresivas y las represiones a los opositores, un hecho nada desdeñable si se compara con los cuarenta años anteriores. Quizás África no progrese según las pautas globales, pero todo indica una estabilidad creciente en la mayoría de sus países.

Durante los años noventa, todo el sur del Sáhara era un incendio, con intervenciones internacionales llamadas humanitarias –éste era el nombre de la dudosa Operación Turquesa con que Francia protegió los genocidios en Rwanda– y estados en quiebra; en el actual milenio, podemos citar pocos nombres con puntos de conflicto abierto: el área del Darfur, en Sudán, la partición de Côte d'Ivoire en dos mitades político-militares, o el sur de Somalia, donde los islamistas se imponen progresivamente. Las tensiones están vivas en el Chad y el este del Congo Democrático, y los regímenes de Togo, Guinea Ecuatorial, Zimbabwe y Rwanda son dictaduras encubiertas con formas democráticas. Sin embargo, el balance global es altamente favorable, porque la paz es generalizada y las condiciones de existencia mejores en todos los niveles que en el último decenio del siglo XX.

En el ámbito intelectual, las variaciones de estos últimos años también son destacables. Durante décadas, los voces de universitarios, políticos e investigadores –africanos y occidentales– habían ido en la misma dirección modernizadora, criticando todas las manifestaciones tradicionales africanas como verdaderos obstáculos al desarrollo: la etnicidad o tribalismo habría sido la causa de la ineficacia de los estados independientes, la religión habría sido la responsable de los atavismos negativos y del retraso económico, y las redes clánicas y familiares habrían impedido una acción eficaz de los gobiernos. Poco a poco, en los últimos años, esta unanimidad contra las bases culturales africanas se ha ido rompiendo, y el mismo NEPAD asume la necesaria recuperación de los valores históricos africanos, siguiendo la orientación teórica de Vusi Mavimbela y la política neopanafricanista de Thabo M'Beki, presidente de Sudáfrica: es la hora de la *African Renaissance*.

Paralelamente, al otro lado del Atlántico, Molefi K. Asante –Universidad de Temple– ha ido popularizando por toda América del Norte su idea de afrocentricidad, de un estilo diferente de estar y ser en el mundo, el de todas las personas africanas o procedentes del viejo continente negro, en contraposición a la expansión capitalista y su fase globalizadora. Esto ha avivado en los campus africanos y norteamericanos la corriente teórica de la Escuela de Dakar, que reivindica la negrura del Antiguo Egipto como raíz cultural de las sociedades negroafricanas. En este inicio del tercer milenio, las posiciones panafricanas del Renacimiento Africano, que impulsan los sudafricanos, la corriente teórica pannegrista de los llamados neofaraónicos y la propuesta de un estilo cultural afrocentrado, hecha por los negros de la diáspora, han devuelto la vitalidad a los campus y los ministerios de buena parte de África. A pesar de la orientación moderna de todas estas posiciones, su respeto por el pasado africano y sus valores indica claramente que los tiempos de exclusión de las tradiciones se han agotado de forma espectacular, porque ya son pocos los que escriben contra los valores antiguos y las concepciones tradicionales, que son los del 90% de la población negroafricana actual.

Diálogos con el leopardo

En el África Central “dialogar con el leopardo” es una expresión antigua que indica que se ha de contemporizar cuando no se tiene la suficiente fuerza para terminar con el adversario. En el pasado, los jóvenes guerreros buscaban en las sabanas al leopardo para desafiarlo, pero el enfrentamiento no siempre les era favorable, y por eso el “diálogo” en este caso no señalaba un acuerdo definitivo, sino el establecimiento de un pacto temporal que permitía al leopardo y a los cazadores establecer una tregua. Hace unos veinte años, Jesiewicki editó una obra colectiva que utilizaba esta vieja locución bantú, pero exactamente con el sentido que le daban los sociólogos modernos: el maligno leopardo era la tradición, ya fuera étnica, religiosa, médica o política, y ciertamente los buenos cazadores representaban la necesaria modernización de las sociedades africanas. Desde entonces, todo ha cambiado, y ahora nadie sabría decir a ciencia cierta si el leopardo son las tradiciones o quizás los estados modernos.

A finales de los años noventa, Yoweri Museveni, presidente ugandés y antiguo guerrillero marxista, sorprendió a sus aliados norteamericanos introduciendo enmiendas en la Constitución de Uganda: los reinos precoloniales eran reconocidos como autoridades legítimas en sus territorios y como una pieza básica del nuevo

edificio estatal. No hay que esconder que Museveni, político sinuoso capaz de ser un marxista aliado de los Estados Unidos, buscaba con las modificaciones constitucionales debilitar y fragmentar a sus opositores, pero la popularidad que esto le ha dado entre los ganda, los nkole y otros pueblos de Uganda nos dice mucho sobre el arraigo de estos sistemas políticos teóricamente liquidados por la colonización. Con su acción, Museveni abrió la puerta al reconocimiento de los dirigentes tradicionales de signo político o etnorreligioso que los poderes coloniales y postcoloniales habían negado durante todo el siglo XX.

Un precedente, la Constitución etíope de diciembre de 1994, hecha también por antiguos guerrilleros marxistas, había empezado esta recuperación de realidades sociales antiguas, como las autonomías políticas dentro de un Estado federal y el respeto a prácticas familiares que antes eran negadas por las constituciones de los años sesenta. La República de Sudáfrica también incorporó en su ley fundamental posterior al apartheid la existencia de pueblos como nacionalidades. Todo esto, además del fracaso patente de las políticas anteriores, ha abierto durante los primeros años de este siglo cambios legislativos que reconocen las autoridades tradicionales. Con una ley del 2000, el Gobierno mozambiqueño sorprendía a los especialistas, que conocían bien su feroz trayecto modernizador, con una ley de reconocimiento de las autoridades tradicionales “como parte integral y fundamental del Estado de Mozambique”.

En todos los casos, resulta razonable interrogarse sobre las auténticas intenciones de los estadistas que están legislando, pero no se puede dudar de que los cambios constitucionales y legislativos suponen la admisión de unas potencias que hasta ahora se consideraban en vías de desaparición, débiles y negativas para la salud de los nuevos estados. Si seguimos los seminarios y coloquios que se celebran en muchos países entre representantes de los estados y dirigentes tradicionales (étnicos, religiosos, médicos, políticos), podría parecer que se está en pleno idilio entre ambos sectores, y quizás sea real, porque las dificultades del pacto todavía no han empezado a experimentarse. Pero, a medio y largo plazo, nadie puede engañarse sobre la escasa compatibilidad entre dos modelos de vida, entre dos maneras de entender el mundo y el tiempo, entre dos concepciones de las relaciones sociales y de la jerarquía. En todas las ocasiones mencionadas, y muchas otras en curso, el leopardo es siempre la potencia interlocutora, el Estado o la tradición. El silencio de las escuelas teóricas modernizadoras, que durante medio siglo han insistido en la necesidad de matar al leopardo tradicional, demuestra que este giro histórico no lo habían podido ni siquiera imaginar: su mutismo general pone de relieve el desconcierto de las ciencias sociales oficiales.

Ahora bien, si el caso mozambiqueño impacta por proceder de un Estado marxista que había perseguido despiadadamente a los “feudales” y los “oscurantistas”, hay muchos otros que son igualmente profundos, pero menos espectaculares. En Camerún, mientras el presidente Biya no para de mejorar democráticamente sus resultados electorales en los últimos diez años, el Estado interviene cada vez menos en las jurisdicciones etnorreligiosas; las autoridades musulmanas y de tradición antigua se convierten en interlocutoras reconocidas del Gobierno; en el sur del país, algunas tradiciones antiguas, como la del Mbog de los basaa, se están haciendo activas en regiones donde habían retrocedido y en barrios de ciudades como Yaoundé y Douala. En Senegal, donde la población participa activamente en las luchas electorales de una de las democracias parlamentarias más experimentadas, el “Sopi” o cambio político que prometía Abdoulaye Wade ha sido una nueva

decepción, pero la islamización social se intensifica bajo la dirección de los grandes califatos sufíes; y en el sur del país, las tradiciones cristiana, animista y musulmana operan conjuntamente para buscar la paz en la castigada región de Casamance: al Estado senegalés le gustaría institucionalizar el Islam, pero es el Islam y todo el ámbito tradicional el que no quiere implicarse en el Estado, más allá de acuerdos coyunturales. Los acuerdos se producen, y quizás seguirán en la próxima década, pero el respeto entre los dos poderes es más propio de los combatientes que de los aliados: son diálogos con el leopardo.

Conclusiones

Hoy en día, nadie en el mundo occidental saluda a África como la esperanza de futuro del planeta y, aunque parezca una paradoja, esto ya es un hecho positivo. Ahora mismo tampoco tiene mucha audiencia llamar al desastre continental, porque no parece verificable, y esta pérdida de interés también es positiva para unas sociedades que van avanzando calladamente. Los sociólogos y economistas dedicados a las sociedades africanas están poco activos, porque hay una conciencia amplia de que las recetas se han agotado, y eso también da un margen de tiempo a la reflexión africana. El pasado, con sus aciertos y errores, marca la reorientación de sectores políticos, universitarios y tradicionales que buscan formas específicamente africanas de reconstruir un continente devastado; han sido 400 años de tráfico de esclavos y 100 años de modernidad irrespetuosa con cualquier comportamiento cultural propio del África negra. Más que en Asia o en América Latina, el paradigma moderno se ha estancado en África, un espacio donde no hay agresividad contra Occidente, pero que se niega a abandonar las relaciones sociales de largo recorrido histórico: el reto de la globalización moderna homogeneizadora es África.

Como dice el proverbio wolof *“Nit nitay garabaam”*, el remedio del hombre es el hombre. Eso recordaban hace unos años Assane Silla y Alassane Ndaw cuando definían el pensamiento africano tradicional. A pesar de la degradación y violencia provocadas por los siglos de guerras esclavistas, a pesar de la violencia ejercida por el sistema moderno, África sigue siendo el lugar de excepción de la *“teranga”*, de la acogida a viajeros y extraños, justamente porque su concepción de la existencia no es productivista y porque su sociabilidad no es individualista. Y estas redes familiares, étnicas o religiosas son tan potentes y están tan presentes que superan el Estado en todos los ámbitos: por eso el Estado ha decidido dialogar con su temido leopardo, las tradiciones sociales. El problema central no se encuentra en África, donde esto se entiende en las prácticas cotidianas, sino en la *“aldea global”* de Mc Luhan, donde todo eso ya no se entiende, porque el individualismo alcanza niveles de disgregación social y porque el progreso hace que unas sociedades malvivan en el productivismo y otras se queden marginadas y empobrecidas.

La cortina de humo la hace el sistema moderno, presentando a los jóvenes de las pateras (sólo un 10% de los que emigran al Norte) como una fuga generalizada de una África supuestamente inviable. Ciertamente hay un sector joven que busca el paraíso moderno, el que se vende en las televisiones y las películas de Hollywood, pero no se habla de la gran mayoría que continua en campos y ciudades, de esta mayoría que son el verdadero leopardo con quien dialoga hoy el Estado africano del tercer milenio. África es mucho más que una de sus migraciones (y gracias a éstas existen los pueblos de alrededor del mundo), y los seis años del actual milenio demuestran que el modelo moderno está encallado y que las tradiciones de todo tipo

están reactivándose en el conjunto del continente. Incluso los inmigrantes africanos que se establecen en la Unión Europea respetan muchos los usos tradicionales, abandonando las prácticas peligrosas y obsoletas. Lejos de desvitalizarse con la emigración de un sector de jóvenes, las sociedades negroafricanas están reorganizándose: está cambiando la legislación, el discurso político, la práctica estatal y el pensamiento social.

Es imposible prever quien será el vencedor futuro del “diálogo” entre Estado y tradición, pero sí que se puede asegurar que los peores años de la destrucción moderna, en África, han quedado atrás. Y, probablemente, no vuelvan. Como decía Vansina, siempre se abren nuevos caminos en el bosque y las luces de los viajeros anuncian el final de la noche.

Referencias bibliográficas

CHABAL, Patrick y DALOZ, Jean-Pascal. *África camina. El desorden como instrumento político*. Barcelona: Bellaterra, 2001.

CLAPHAM, Christopher. *Africa and the International System: The Politics of State Survival*. Londres: Longmans, 1997.

ELLIS, Stephen y HAAR, Gerrie ter. *Mundos de poder. Pensamiento religioso y práctica política en África*. Barcelona: Bellaterra, 2005.

KANE, Ousmane y TRIAUD, Jean-Louis (eds). *Islam et islamisme au sud du Sahara*. París: Karthala, 1998.

NDAW, Alassane. *La pensée africaine*. Dakar: Nouvelles Éditions Africaines, 1997.

NKOTH BISSECK. *Le Mbog. Une vision universiste du monde*. Édéa, Scribe 2002.

ROCA, Albert (ed). *La revolución pendiente. El cambio político en el África negra*. Lleida: Edicions de la Universitat, 2005.

dCIDOB 100.

1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

25 años de transiciones y reformas en América Latina la eterna esperanza de las promesas aplazadas.

Anna Ayuso.

25 AÑOS DE TRANSICIONES Y REFORMAS EN AMÉRICA LATINA LA ETERNA ESPERANZA DE LAS PROMESAS APLAZADAS

Anna Ayuso Coordinadora del Programa América Latina, Fundación CIDOB

América Latina empezó la década de los ochenta con grandes expectativas. Los años de los golpes militares y la represión, de las guerrillas y los conflictos regionales armados iban dando paso a procesos de pacificación y recuperación de las instituciones democráticas. Pero la crisis de la deuda externa que estalló en 1982 convirtió la que tenía que ser una etapa de progreso en una década perdida. Tierra de promesas, al principio de los noventa el dinamismo del crecimiento en la región abría esperanzas de un desarrollo que llevase prosperidad y mejoras sociales. Las expectativas se vieron frustradas por la vulnerabilidad financiera, la inestabilidad política y el descrédito de unas instituciones y una clase política incapaces de dar respuestas a una ciudadanía asediada por unos índices de pobreza que revelaban una creciente desigualdad, marginada en tiempo de prosperidad y castigada por las crisis. Veinte años de reformas no han conseguido los resultados esperados y América Latina aún se debate en la búsqueda de una estrategia de desarrollo efectiva.

La época de las recetas de Washington ha terminado y hoy cada país busca el mejor camino posible debatiéndose entre el pragmatismo y las tentaciones de un idealismo populista. A pesar de la dosis de incertidumbre que aún afronta la región, con una coyuntura económica favorable, se puede permitir un optimismo moderado, pero consciente de que resolver los problemas requiere cambios estructurales de gran calado. En el interior de cada Estado, la construcción de un nuevo pacto social que dé oportunidades a los que han sido excluidos es una demanda social que no admite aplazamientos. En el exterior, América Latina busca un lugar propio dentro de la comunidad internacional globalizada que aleje la vulnerabilidad y la dependencia, a la vez que se generan vínculos de cooperación estables sobre una base cooperativa multilateral más equilibrada. Pero el escenario del regionalismo global iniciado en los noventa como estrategia de inserción internacional no da todavía sus frutos.

El difícil desarrollo de una región de renta media con gran desigualdad

Los análisis sobre América Latina coinciden en señalar que la falta de cohesión social es el principal problema que se debe resolver. No existe ninguna otra región en el mundo en la que las desigualdades hayan llegado a este extremo y la tendencia durante los últimos decenios ha ido al alza. Que una región mayoritariamente de renta media llegue, según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), a porcentajes de pobreza de más del 40% sólo se explica por una estructura social injusta que perpetúa la desigualdad y margina a los más desfavorecidos. La situación varía mucho de unos países a otros e incluso entre diversas regiones; las fisuras separan el campo de la ciudad, la costa de la selva y los diferentes grupos sociales y étnicos.

Según los datos del Informe sobre los Objetivos del Milenio de 2005, América Latina avanza en la reducción de la pobreza, pero no lo hace al ritmo adecuado ni está contribuyendo a reducir las diferencias entre grupos sociales. Sólo un país está en condiciones de reducir a la mitad la pobreza extrema y únicamente cinco han demostrado un progreso importante; el resto están estancados o experimentan retrocesos. Casi 100 millones de personas viven en niveles de pobreza extrema de un total de más de 220 millones de pobres en la región. La reducción del hambre y los niveles de nutrición han mejorado en la mayoría de países, pero no en los que tienen los peores indicadores. Las tasas de paro han empeorado durante el último decenio en torno a tres puntos y más de la mitad de la ocupación se encuentra en el sector informal o

agrícola de baja productividad. Hay mejoras en las políticas de equidad de género, de reducción de la mortalidad infantil y de acceso al agua potable. Pero empeora la degradación del medio natural por la destrucción de la biodiversidad, la sobreexplotación de recursos y la contaminación. La región es, además, muy vulnerable a los desastres naturales y faltan sistemas de prevención adecuados.

La magnitud de los retos es diferente en cada país, así como los recursos y las potencialidades para afrontarlos, pero las dinámicas de exclusión afectan a toda la región. Además de la lacra de la pobreza, hace tiempo se señaló que la extrema desigualdad está directamente vinculada al conflicto social (Sachs, 1990: 9). En los años ochenta y noventa las reformas económicas llevaron a un redimensionamiento del Estado que comportó la disminución de su peso, en parte por la privatización de algunos sectores productivos y servicios, pero, en muchos países, también debido a la disminución del gasto social que afectó a los sectores más desfavorecidos. La incapacidad de dar respuesta a las demandas básicas de la población ha comportado una tensión social que se refleja en el recurso a movimientos de protesta que debilitan a los gobiernos y hacen tambalear las instituciones democráticas.

Crisis, reformas inacabadas y crisis de las reformas

No todos los problemas económicos de América Latina vienen de dentro. Muchos tienen origen también en causas externas, como la crisis de la deuda externa que estalló a principios de los ochenta y acabó con un período de crecimiento económico sostenido de casi treinta años. El fuerte endeudamiento de los años setenta se unió al incremento exponencial del servicio de la deuda, el desplome de la inversión extranjera directa y una reducción drástica del acceso a la financiación internacional. En esta coyuntura, los flujos de capital al exterior acabaron excediendo a los de entrada hasta llegar a corrientes de transferencia negativa en torno al 5% del PIB. Al mismo tiempo, el valor de las exportaciones disminuyó debido a la recesión, las barreras de acceso a los mercados y la disminución de los precios de las materias primas. La crisis afectó al mercado de trabajo y los salarios disminuyeron en términos reales mientras se producía un trasvase del sector formal al informal. A finales de 1989, el PIB por habitante era inferior en un 10% al de 1980, y por ello se bautizó como década perdida.

El recurso al Fondo Monetario Internacional y al Banco Mundial se hizo imperativo para muchos países, pero la financiación fue condicionada a la aplicación de políticas de ajuste estructural recomendadas por el llamado Consenso de Washington. Estas reformas macroeconómicas de los ochenta y noventa acabaron con las hiperinflaciones y los déficits públicos, pero no con la vulnerabilidad financiera, que ha continuado afectando periódicamente a la región. El crecimiento de principios de los años noventa, impulsado por un incremento notable de las inversiones extranjeras atraídas por las políticas de liberalización y privatización del sector público, aumentó la volatilidad económica. De nuevo las esperanzas de una recuperación se frustraron por las consecuencias de la crisis financiera asiática. Como resultado, actualmente las dos generaciones de latinoamericanos más jóvenes no han llegado a vivir nunca un período de prosperidad estable.

Los cambios estructurales de fondo todavía no están resueltos porque la presión de los desequilibrios priorizó una política económica de corto plazo por encima de las políticas de largo aliento para asentar las bases de un crecimiento sostenible (Rosenthal, 1989: 9). América Latina concentra un 27% de la deuda acumulada del conjunto de países en desarrollo. La carga del servicio de la deuda externa aún es un obstáculo desmesurado que impide a muchos países el crecimiento económico necesario para: afrontar una reforma fiscal que permita la financiación de políticas públicas redistributivas; una reforma del mercado de trabajo que ayude a formalizar la

economía, y hacer inversión en infraestructura económica que fomente un tejido económico local más dinámico y creador de ocupación. El trabajo es la principal preocupación de la población; durante los años noventa la ocupación se volvió más precaria y la calidad cayó en muchos casos por debajo de los estándares mínimos. El incremento de la informalidad y de la marginación afectó a los sectores más vulnerables, como las mujeres y los jóvenes. Estos ingredientes alimentaron el fenómeno de la emigración, que no es nuevo, pero que ha adquirido dimensiones inusitadas durante los últimos decenios.

Uno de los principales hitos para la reforma institucional del Estado es la construcción de un pacto fiscal que comprometa a los ciudadanos con unos objetivos nacionales. Actualmente la mayoría de los países de América Latina mantienen políticas fiscales que no permiten un efecto redistributivo eficaz, ni por parte de la carga y estructura tributaria, ni por parte del gasto público. El nivel de presión fiscal se sitúa en un promedio del 15%, muy por debajo del que correspondería a países de renta media (la excepción es Brasil). Además, se trata de una fiscalidad que se basa en impuestos indirectos y, por lo tanto, no discrimina en función de la renta personal o familiar, ni de la propiedad, que están infragravadas. Esta dependencia de los impuestos sobre el consumo y muchas veces también de las exportaciones disminuye los ingresos en épocas de recesión, que es justamente cuando más se necesitan.

Respecto a los gastos, la situación no es mejor, los ingresos fiscales no cubren los servicios públicos mínimos y algunos territorios, los más pobres, quedan fuera de cobertura por falta de infraestructura social. Además, los servicios públicos están fragmentados entre diferentes sectores sociales en función del componente retributivo. Así, los trabajadores formales y las clases medias tienen acceso a servicios de calidad subvencionados a los que no pueden acceder los sectores más pobres, con el consecuente efecto regresivo. A estos problemas de la estructura del sistema se añaden los problemas derivados de la mala gestión, la corrupción y el fraude fiscal que sangran las finanzas públicas. En América Latina una élite social ha mantenido sus privilegios, ha dado la espalda a las necesidades de una gran mayoría de la población y eso ha desacreditado a las instituciones.

Democracia más inclusiva, instituciones más eficaces

La recuperación de la democracia ha sido el principal activo de todo este período. A partir de finales de los años setenta se iniciaron los procesos de transición democrática y hoy se celebran elecciones en prácticamente todos los países de América Latina periódicamente y con garantías razonables de transparencia. Ello no quiere decir que la democracia esté consolidada ya que, debido a las carencias del aparato institucional y la incapacidad de dar respuestas a los problemas sociales, parte de la ciudadanía no tiene una opinión positiva de la democracia como sistema de gobierno. Como señala Ludolfo Paramio, el hecho de que la recuperación democrática coincidiera con una crisis económica tan profunda no ha ayudado a su reputación (Alcántara *et al*, 2006: 10).

Según los datos de 2006 de las encuestas del Latinobarómetro, sólo un 58% de la población de América Latina considera que, en cualquier circunstancia, la democracia es la mejor forma de gobierno. Este promedio oculta grandes diferencias, pero parece que el promedio se ha mantenido estable desde 1995 y son pocos los países que han experimentado retrocesos importantes. El 57% cree que votar puede ser efectivo para cambiar las cosas, pero un 14% piensa que es más efectivo participar en movimientos de protesta. A pesar de ello, la participación electoral se sitúa alrededor del 73% de los encuestados, aunque en algunos países es baja. A la pregunta sobre el grado de satisfacción de la democracia es donde los resultados

son más descorazonadores; sólo un 38% se considera más bien satisfecho. En casos como Paraguay no llega al 12%. En 2006, sólo un 53% dice que votaría a un partido político; de hecho, los partidos figuran en la cola de la confianza en las instituciones. Es todavía peor el hecho de que menos de la mitad de la población, el 41% en 2006, considera que las elecciones son limpias. Pero al hacer la comparación con otros sistemas de gobierno, un 74% de la población piensa que, pese a los defectos, la democracia es mejor que otras alternativas.

Parece que, como afirmaba Dante Caputo, no se trata un rechazo a la democracia, sino de un malestar con sus resultados (PNUD, 2004; 21). Este malestar refleja un distanciamiento de la ciudadanía de los representantes políticos tradicionales y ha dado lugar a la aparición de movimientos sociales reivindicativos y de organizaciones indigenistas como nuevos actores políticos. Cuando fallan los canales de participación democrática real se buscan caminos alternativos para reivindicar los derechos sociales, económicos y culturales. El auge de estos nuevos actores, que ha ido avanzando desde el hecho local al nacional, está produciendo un reequilibrio de poderes, que, evidentemente, comporta conflictos porque perturba el *statu quo*. Diversos países están en proceso de revisión constitucional, en los cuales las tensiones sociales y territoriales ponen a prueba a las instituciones. Ante las presiones, las tentaciones populistas y autoritarias se perfilan como un peligro cierto. Además, en este escenario de amenazas, la gobernabilidad es frágil y en algunos países los cargos de presidente o de miembros del Gobierno son tan fugaces que es imposible mantener la continuidad de las políticas y reformas.

La consolidación de las instituciones no es trabajo de un día, requiere un diálogo social abierto que permita llegar a acuerdos asumidos por todos, y que se traduzca en políticas públicas. Es necesaria, además, una visión de largo plazo; una gestión eficiente y transparente; una articulación institucional en todos los niveles; participación y control social; versatilidad territorial para adaptarse a las condiciones locales; mecanismos reguladores de la participación privada; y exigibilidad jurídica y efectiva de los derechos sociales (Machinea, 2004: 6). Durante los últimos años la participación social se ha incrementado y el número de organizaciones sociales se ha multiplicado. Algunos países abrieron procesos de diálogo y concertación nacional y se generaron grandes expectativas. Pero del discurso a la práctica hay mucha diferencia y del descrédito a la deslegitimación sólo hay un paso.

La creencia de que el Estado gobierna sólo para un sector privilegiado de la sociedad está muy extendido en la región: de hecho un 67% lo creía en 2006 según el Latinobarómetro. Esta situación se deriva de los términos de los pactos que facilitaron la transición a la democracia y para romper esta percepción es necesario que la ciudadanía, además de poder participar, vea los resultados de la participación. Se tienen que buscar fórmulas más amplias que permitan un control democrático de las instituciones y se tienen que ofrecer las vías de solución de conflictos para evitar que la gente tenga que salir a la calle para defender sus derechos y también debe garantizar una seguridad jurídica que haga efectivos los derechos individuales y colectivos de todos los pueblos.

América Latina ha avanzado mucho en la defensa de los derechos humanos. Las heridas de las violaciones masivas de los derechos fundamentales que se produjeron hasta mediados de los años ochenta aún no están cerradas, pero la lucha contra la impunidad está ganando la partida. A pesar de eso, aún queden reductos que no permiten bajar la guardia. A pesar de que los países han firmado la mayor parte de los convenios internacionales de derechos humanos y que la legislación ha incorporado estos estándares y normas de protección contra la discriminación social, racial y sexual, en no pocos estados la insuficiente seguridad jurídica comporta una aplicación deficiente de la legislación. A veces, incluso, la judicatura no tiene la independencia

necesaria para garantizar el Estado de derecho. Actualmente, no hay correspondencia entre lo que se le pide al Estado y los instrumentos de los que dispone. Reforzar las instituciones y fortalecer la democracia son dos factores de la misma ecuación que llevan a una democracia más inclusiva y, por lo tanto, más equitativa para garantizar el acceso a las oportunidades a todos el ciudadanos.

Un lugar en el mundo

Desde algunos sectores se ha especulado con una pérdida del peso de América Latina en el contexto internacional a lo largo de los últimos años que tendría como expresión el desinterés, incluso, de la potencia hegemónica en la región, Estados Unidos. Ciertamente ha habido una disminución de su peso en la economía internacional. Durante los años cincuenta, América Latina representaba el 12% del comercio mundial mientras en 1980 sus exportaciones suponían un 5,5% de las exportaciones mundiales y en 1988 el 3,9%. Durante el mismo período, las importaciones pasaron del 5,9% en 1980 al 3,3% en 1988. Actualmente, ambas están por debajo del 3%. Se ha querido hacer frente a esta pérdida de peso económico a través de diversos procesos de integración latinoamericana que han ido evolucionando desde sus inicios, hace ya 50 años, y se han reinventado varias veces. La estrategia de industrialización y creación de mercados regionales de los años sesenta y setenta dio paso al nuevo regionalismo como estrategia para afrontar la globalización y las negociaciones comerciales de manera multilateral.

Las crisis internas y externas de la región no han facilitado los avances de la integración. Durante la crisis de los años ochenta, los principales mecanismos de integración existentes entraron en crisis, pero a principios de los noventa el proceso integracionista se reavivó y se lanzaron nuevas iniciativas. Así, la Comunidad Andina (CAN), la Asociación de Estados del Caribe y el Mercado Común Centroamericano (MCC) se renovaron y profundizaron, mientras se creó el Mercosur y el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica entre México, Canadá y Estados Unidos. Esta renovación obedeció a diversos factores, entre los cuales había la influencia de la Iniciativa del Área de Libre Comercio de las Américas del presidente Bush para liberalizar el comercio hemisférico y las negociaciones multilaterales que llevaron a la creación de la Organización Mundial del Comercio.

Hoy América Latina está más integrada que nunca, pero los diversos mecanismos viven tensiones debido a los diversos intereses y las asimetrías entre sus miembros. Mientras algunos países, como México, Chile y el MCC y en parte Colombia y Perú, han apostado por una política de liberalización y han negociado acuerdos de libre comercio con Estados Unidos, la UE y los principales actores asiáticos, otros países de la CAN y del Mercosur quieren mantener márgenes de maniobra para enfrentar las negociaciones multilaterales. Este hecho crea discrepancias e incluso huidas, como la de Venezuela de la CAN al Mercosur. Pero, además, todos los mecanismos tienen carencias intrínsecas que van, como observa José Deniz, desde la falta de institucionalidad y la ausencia de coordinación de políticas a la inaplicación sistemática de los acuerdos y la inexistencia de instrumentos de compensación de las asimetrías (Alcántara *et al*, 2006: 468). Pese a todo, la apuesta por la integración se mantiene y hay iniciativas para crear mecanismos de solidaridad y proyectos de integración física en las comunicaciones viarias y del estratégico mercado de la energía. Esto y la iniciativa de la Comunidad Sudamericana de Naciones, que trata de aproximar los dos procesos de integración de Sudamérica, abre puertas a un cierto optimismo sobre la posibilidad de articular un conjunto de interdependencias materiales y cohesionar unos intereses comunes para consolidar la integración y para que la región pueda consolidarse como actor internacional.

En el ámbito político, las relaciones exteriores de América Latina son más diversificadas y el margen de autonomía se refleja en su participación internacional; América Latina tiene presencia activa en los organismos multilaterales, algunos países lideran iniciativas en las negociaciones comerciales y en los organismos de cooperación y participan en las Operaciones de Mantenimiento de la Paz de Naciones Unidas. Se ha conformado una red de relaciones que busca un equilibrio entre tres polos: la influencia inevitable de Estados Unidos, la asociación estratégica con Europa y la atracción del poder emergente de Asia, actualmente liderado por China. Los conflictos armados interestatales, como la crisis centroamericana que los años ochenta convirtió a la región en escenario de la Guerra Fría, y de otros que estuvieron presentes hasta principios de los noventa, ya no son un foco de inestabilidad en la región y las tensiones aún presentes se resuelven por medios pacíficos. Pero si hasta los ochenta el principal problema de seguridad eran los grupos guerrilleros revolucionarios, en los años noventa ha sido sustituido por la cuestión del narcotráfico.

Este se ha convertido en el gran conflicto regional, que afecta a la estabilidad de algunos estados, especialmente Colombia. La influencia de Estados Unidos y el Plan Colombia han ocasionado conflictos bilaterales por las diferencias de enfoque. La intervención de Estados Unidos en la región andina se plantea en términos de seguridad nacional desde una visión basada en la persecución. Eso debilita los intentos de creación y activación de modelos de cooperación de carácter regional que orientan la solución del problema al ámbito del desarrollo social, la salud y la prevención. Además, mina los esfuerzos para luchar contra otros fenómenos criminales conexos de naturaleza transnacional, como las redes de tráfico de armas y de blanqueo de dinero. El otro enfoque pone el acento en la responsabilidad compartida y en la necesidad de que los países consumidores afronten su parte de los costes reduciendo la demanda de estupefacientes y luchando contra el crimen organizado. No es previsible una salida fácil a este problema, que ha convertido la región andina en el principal foco de inestabilidad de la región, y por la magnitud global del problema será necesario un acuerdo transnacional global.

La mirada hacia delante

La mirada al pasado de los últimos 25 años no puede ser complaciente, pero se debe también aprovechar y valorar aquello que se ha conseguido, sobre todo en materia de democracia y derechos humanos. El camino que queda por delante es bastante complicado pero con esperanzas. América Latina es aún un continente lleno de promesas, con recursos naturales y capacidades sociales hoy desaprovechadas y además en los últimos años está creciendo a tasas que no se conocían desde principios de los noventa. Está claro que la situación no es igual en todos los países de la región y que las soluciones tendrán que ser diversas y adaptadas a las circunstancias de cada realidad. Pero dentro de esta diversidad, América Latina también tiene unos problemas y unos retos comunes para mejorar la cohesión social, fortalecer el Estado de derecho y, sobre todo, acabar con la pobreza y ofrecer mejores oportunidades a los ciudadanos. Una parte de los deberes pertenecen a la propia sociedad latinoamericana que tendrá que construir un pacto social contra la exclusión y una democracia realmente participativa, con derechos y con deberes de los ciudadanos y que garantice la independencia de las instituciones. Otra parte nos toca a todos, desde nuestra casa, contribuyendo a que la globalización no acentúe las desigualdades entre regiones y ayudando a construir una democracia mundial capaz de encontrar fórmulas de cooperación internacional para equilibrar las asimetrías que incrementan las desigualdades entre países y regiones.

Referencias bibliográficas

- ALCÁNTARA, Manuel *et al.* *Reformas Económicas y consolidación democrática*. Colección Historia contemporánea de América Latina, volumen VI, 1980-2006. Madrid: Síntesis, 2006.
- CORPORACIÓN LATINOBARÓMETRO. *Informe Latinobarómetro 2006*. Santiago de Chile, 2006.
- FRENCH-DAVIS, Ricardo y MUÑOZ, Óscar. "El desarrollo económico de América Latina y el marco internacional: 1950-86". Colección Estudios Cieplan 23: 13-33, 1988.
- MACHINEA, José Luis. *Institucionalización de la Política social para la reducción de la pobreza*. www.eclac.cl/noticias/discursos/6/20346/Conferencia-JLM-MEXICO28sept.pdf, 2004.
- NACIONES UNIDAS. *Objetivos de Desarrollo del Milenio: una mirada desde América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: Publicación de las Naciones Unidas, 2005.
- PNUD. *La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*. (2ª edición). Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2004.
- ROSENTHAL, Gert. "El desarrollo de América Latina y el Caribe en los años ochenta y sus perspectivas". *Revista de la CEPAL* 39: 7-17 (1989).
- SACHS, Jeffrey D. "Conflicto Social e políticas populistas na América Latina". *Revista de Economía Política* 10(1): 5-31 (1990).

dCIDOB 100. 1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

La UE: ¿Retorno al pasado o potencia transformadora? Del liderazgo ilusionado al europesimismo.
Alexandre Muns.

LA UE: ¿RETORNO AL PASADO O POTENCIA TRANSFORMADORA? DEL LIDERAZGO ILUSIONADO AL EUROPESIMISMO

Alexandre Muns Profesor de Integración Europea, Escuela Superior de Comercio Internacional (UPF)

Si no supera pronto su crisis institucional, económica y de liderazgo político, la UE se arriesga a perder la oportunidad de ser el actor en la escena internacional que las transformaciones globales de los últimos 23 años exigen.

Al examinar la evolución del papel de Europa en las relaciones internacionales desde 1983, algunos analistas no resisten la tentación de describir una Europa en declive y con una incapacidad creciente para influir en la escena internacional. Ciertamente no faltan síntomas que ponen de relieve las dificultades estructurales del Viejo Continente y su reducido peso en el mundo. Europa se enfrenta a una competencia feroz en la economía globalizada con una población que envejece rápidamente, unos mercados de productos y servicios poco liberalizados, una fuerza de trabajo cualificada pero con dificultades de adaptación y unos sistemas de prestaciones sociales insostenibles financieramente. Además, en su interacción con el mundo, Europa parece incapaz de gestionar el alud migratorio, contribuir a la resolución del conflicto israelo-palestino y el conflicto por el programa nuclear iraní, conseguir que evolucione Rusia hacia una democracia liberal respetuosa por los derechos humanos y frenar los instintos unilateralistas de la potencia norteamericana, por citar algunos ejemplos.

Pero esta valoración, excesivamente pesimista, no es acertada por diversas razones. En primer lugar, parte de una premisa poco realista según la cual Europa puede aspirar a que el resto del mundo adopte su modelo de democracia liberal y de economía social de mercado que garantiza paz, prosperidad y una cierta igualdad social. Además, pasa por alto las muchas contribuciones positivas a la gobernabilidad mundial que Europa ha llevado a cabo y no tiene en cuenta que las dificultades y retos –en cuanto a la seguridad, las políticas económicas, sociales, ambientales, tecnológicas– a los cuales se enfrenta Europa actualmente son muy superiores a los existentes hace 23 años. El problema no se encuentra tanto en las habilidades de Europa, a pesar de que son insuficientes, sino más bien en el hecho de que la capacidad que ha adquirido un mundo globalizado e interdependiente como el actual para generar conflictos y desequilibrios es muy superior a las posibilidades que tiene Europa para influir.

Durante los últimos 23 años, Europa ha madurado considerablemente y ha alcanzado su reconciliación y reunificación política, ha completado su mercado único, ha adoptado una moneda única, ha diseñado políticas comunes y ha profundizado en las ya existentes, ha llevado a cabo cuatro ampliaciones de la UE y ha adquirido una capacidad considerable de influir más allá de sus fronteras mediante el atractivo ejercido por su modelo¹. Por lo tanto, la crónica de los últimos 23 años no es la de una Europa que fracasa ante la globalización sino la de una Europa que, pese a su evolución positiva, tendrá que cometer aún más reformas si quiere mantener su peso en un mundo multipolar en cambio constante y con destacadas potencias emergentes.

El camino recorrido por Europa desde 1983 es impresionante y hace pensar que se pueden superar los desafíos actuales. Si miramos atrás, constatamos que Europa a principios de los

¹ En relación con estas cuestiones, véase: Joseph Nye, *Soft Power: The Means to Success in World Politics* (Nueva York, PublicAffairs Books, 2004).

años ochenta era un agente más bien pasivo en las relaciones internacionales. Tenía un papel subordinado como consecuencia de la confrontación entre Estados Unidos y la URSS, una rivalidad política, ideológica y militar que sufría especialmente el Viejo Continente con su división. Ciertamente, no se puede equiparar la libertad de actuación de los países de Europa Occidental con la cautividad y en muchos casos la ocupación militar que sufrían los satélites de la URSS en la Europa del Este. En cualquier caso, durante la última etapa de la Guerra Fría (1983-1988) Europa no podía ser un agente de pleno derecho en la escena internacional debido a su división en dos bloques antagónicos. Durante este período, Europa Occidental experimentó una expansión económica que siguió al estancamiento de los setenta, provocado por los *choques* petrolíferos. Independientemente de su color político, los gobiernos de las principales potencias de Europa Occidental (conservador en el Reino Unido, democristiano en Alemania, socialistas en Francia y España) tuvieron que realizar dolorosas reconversiones industriales y seguir políticas económicas ortodoxas para sanear unas economías lastradas por los altos índices de inflación y tipos de interés. Al otro lado del Telón de Acero, la aparente cohesión monolítica del bloque comenzó a resquebrajarse con la llegada a la Secretaría General del PCUS del reformista Gorbachov en marzo de 1985.

La caída del Telón de Acero

Consciente del estancamiento de la economía de la URSS y de sus graves disfunciones del sistema soviético, Gorbachov empezó un ambicioso y al mismo tiempo un desesperado programa de reformas encaminado a canalizar las frustraciones de la ciudadanía a favor de una apertura política y social sin precedentes en la URSS. Al fin y al cabo, las fuerzas sociales, políticas y nacionalistas que había desencadenado Gorbachov fueron demasiado potentes y contrapuestas, y llevaron a la disolución de la URSS y hundimiento de su sistema en 1991. Dos años antes, en el llamado año de los milagros, los regímenes comunistas de la Europa del Este desaparecieron uno tras otro gracias a transiciones encabezadas por los sectores reformistas de los partidos comunistas o por las presiones ejercidas por movimientos populares (y en algunos casos por la combinación de los dos factores)².

Después de cuarenta años de división, de Telón de Acero, de centenares de miles de soldados y miles de tanques y misiles nucleares desplegados en el corazón de Europa, el Viejo Continente podía reunificarse siguiendo el exitoso modelo de las democracias de Europa Occidental, integradas en la CEE. El hundimiento del comunismo no comportó el final de la historia. Las dos mitades de Europa –como comprobó Fukuyama– habían divergido demasiado durante cuarenta años como para poder fusionarse fácilmente; y el Este ya estaba más atrasado antes de la división. Además, la caída del muro (noviembre de 1989), la desaparición de los regímenes comunistas del Este y la reunificación de Alemania (octubre de 1990) cogieron desprevenida a la parte occidental. Pero la CEE, después de la euroesclerosis de los setenta, había reunido la suficiente voluntad política, gracias al liderazgo de estadistas como Jacques Delors, François Mitterrand y Helmut Kohl, para profundizar en su integración mediante la consecución del mercado común.

En efecto, la CEE estaba ocupada aplicando las directivas del Acta Única (para eliminar los controles fronterizos, homogeneizar las regulaciones de los productos, liberalizar el movimiento de capital y trabajadores), desplegando los fondos estructurales y de cohesión para los Estados Miembros y regiones más pobres (Grecia, Portugal, España e Irlanda) y ejecutando las primeras reformas serias de la Política Agrícola Común. En consecuencia, la CEE estaba digiriendo una

² Entre la abundante bibliografía existente sobre este proceso, véase: David Pryce-Jones. *The fall of the Soviet Empire, 1985-1991*. Londres: Phoenix Press, 2001.

ampliación al sur, intentando integrar sus mercados y mejorar su competitividad, reequilibrando sus presupuestos y estudiando cómo avanzar hacia una unión monetaria, cuando un grupo de países, con vocación histórica europea pero con una renta per cápita de un 40% de promedio de la UE, pidió el ingreso a la Unión.

¿Ampliación o profundización en la integración?

Los dirigentes de la UE acertaron en alejarse de la disyuntiva entre la ampliación (al Este) y la profundización en la integración. Pero el precio por avanzar con ambos procesos al mismo tiempo fue inevitablemente cometer errores. Desde 1989, los hechos se sucedieron con una velocidad que incluso los competentes líderes europeos de aquellos momentos fueron incapaces de gestionar. Aunque la reunificación de Alemania se consiguió en un tiempo récord y sin violencia, la gestión económica de la reunificación fue desastrosa³. El Gobierno de Kohl sobrevaloró los marcos de la RDA por motivos políticos y aceleró la desaparición de su aparato productivo, encareciendo así la reunificación por los alemanes occidentales y contribuyendo a provocar una recesión en Europa (1992-1993). Pero en el aspecto político, el tándem Kohl-Genscher obtuvo magistralmente luz verde para la reunificación alemana y posteriormente para la ampliación de la UE al Este mediante el compromiso más profundo de Alemania en la integración europea, que comportó la Unión Económica Monetaria acordada por el Tratado de Maastricht (1991).

La nueva Europa surgida de las transformaciones del 1981-1991 pronto comprobó que la historia no le daba ni un respiro. La Guerra del Golfo (1991) no dividió a la Alianza Atlántica pero, en la medida en que no desbancó a Sadam del poder, fue origen de futuras desavenencias. Sin embargo, los efectos positivos a corto plazo de la guerra permitieron convocar la conferencia de paz de Oriente Próximo en Madrid (octubre de 1991), que llevaría a la firma de los acuerdos de Oslo entre Israel y la OAP. A pesar de que este proceso fue liderado por Estados Unidos, la diplomacia europea fue decisiva.

Desgraciadamente, el mundo de la posguerra fría generaba más conflictos de los que Europa podía afrontar. Europa, así como Estados Unidos y Rusia, fueron incapaces de parar guerras que se produjeron a raíz de la disolución de la URSS (Armenia-Azerbaiján, Georgia-Abjasia, Moldova-Transdniestra, Chechenia). La transición de los países de Europa Central y del Este hacia la democracia y la economía de mercado progresaba, pero en los Balcanes el infierno de la guerra reaparecía en un territorio central europeo. Europa protagonizó un estrepitoso fracaso en Yugoslavia, primero al no ponerse de acuerdo sobre la declaración de independencia de Eslovenia y Croacia, y después al no saber parar la guerra y la limpieza étnica en Bosnia (1992-1995) y Kosovo (1999) sin la participación de Estados Unidos y la OTAN. Certificada la inoperancia de la UE para poner fin a un conflicto dentro de las fronteras europeas, se redoblaron esfuerzos para conseguir que la Política Exterior y de Seguridad Común, la PESC, fuese más que un acrónimo.

Durante los años noventa, la UE fue capaz de promover el Protocolo de Kyoto sobre el cambio climático (1997) y estableció acuerdos de asociación y de comercio preferencial con numerosos países (entre estos, la unión aduanera con Turquía en 1995). A pesar de que fue incapaz de prevenir o resolver los mencionados conflictos bélicos y otros como el genocidio de Rwanda (1994) y las guerras en Aceh, Sri Lanka y Sudán, la UE ya apareció en la escena internacional como un bloque con una cierta cohesión en el ámbito comercial (acuerdo de la Ronda Uruguay

³ Sobre la reunificación de Alemania y sus repercusiones en Europa, una de las obras más completas es la de Philip Zelikow y Condoleezza Rice, *Germany Unified and Europe Transformed*. Cambridge: Harvard University Press, 1997.

del GATT, 1994), ambiental, de cooperación para el desarrollo y para la defensa de los derechos humanos. Por su parte, la UE, pese a la debilidad de su PESC, contó durante los años noventa con una administración norteamericana (del presidente Clinton) comprometida con la promoción de un sistema multilateral y con el reforzamiento de la ONU y que se decantó por una diplomacia activa en el conflicto israelo-palestino y de Irlanda del Norte.

Superado el trámite relativamente sencillo de la ampliación de 1995 (Suecia, Finlandia y Austria), la UE empezó las negociaciones de adhesión de los países del Este (1997-1998) y aprobó el Tratado de Amsterdam.

De la solidaridad con Estados Unidos por el 11-S a la fractura por Irak

En 2001 se produjo un cataclismo de magnitud equivalente a las revoluciones de 1989 pero de consecuencias más imprevisibles. Los ataques del 11 de septiembre en Nueva York y Washington provocaron un cambio sustancial en la política exterior de Estados Unidos⁴.

Ataques preventivos, guerra asimétrica, guerra contra el terrorismo fueron las consignas de la unilateralista Administración Bush después del 11-S. En primera instancia, la UE y sus países miembros se unieron a Washington. El ataque no provocado contra las Torres Gemelas y la negativa del régimen talibán para entregar a los responsables de Al-Qaeda legitimaron a los ojos europeos la misión de Estados Unidos en Afganistán en octubre de 2001. Pero la decisión de la Administración Bush de vincular el derrocamiento del régimen de Saddam a la guerra contra el terrorismo fue fuertemente contestada en la mayoría de los países europeos. La población europea protagonizó multitudinarias manifestaciones contra el inminente ataque de Estados Unidos contra Irak, mientras se producía una división entre los países que decidían apoyar a Bush (el Reino Unido, España, Italia, Portugal, Países Bajos y la mayoría de los países del Este) y los que se oponían a ello (Francia, Alemania, Bélgica) (Gordon, 2004).

La guerra en Irak, iniciada por Washington en marzo de 2003, evidenció las diferencias dentro de la UE entre los Estados Miembros más atlantistas y los partidarios de una política exterior y de seguridad europea autónoma de Estados Unidos. La discrepancia sobre Irak expresó un creciente distanciamiento en la relación transatlántica que se había ido generando en décadas anteriores pero que la necesidad de unidad ante la amenaza soviética durante la Guerra Fría había encubierto. En efecto, las diferencias de opinión entre norteamericanos y europeos se extendían al ámbito socioeconómico (más énfasis en la igualdad en Europa y en la libertad en Estados Unidos), al papel de la religión, a la protección del medio ambiente y a cuestiones como el aborto, la investigación con células madre o el matrimonio homosexual. Para simplificarlo: unos Estados Unidos guerreros, individualistas y religiosos ya no se entendían con una Europa pacifista, secularizada, ecologista y satisfecha en su paraíso posmoderno⁵.

La instrumentalización de las divergencias a raíz de la guerra de Irak y su utilización política a ambos lados del Atlántico agravó las discrepancias iniciales y provocó la crisis más profunda en las relaciones transatlánticas desde el episodio de Suez (1956).

Como ya sucedió durante las guerras de los Balcanes durante los años noventa, Europa se mostró dividida. A pesar de que la PESC y la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD)

⁴ Sobre la política exterior de Estados Unidos en esta etapa, véase: Muns, Alexandre. *USA ¿Quo Vadis? Claves para interpretar el nuevo orden mundial*. Barcelona: Granica, 2003.

⁵ Sobre estas cuestiones, véase la obra de Kagan, Robert. *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order*. Nueva York: Knopf, 2003.

habían progresado, el ataque de Estados Unidos y sus aliados europeos contra Irak evidenció divergencias estructurales entre los Estados Miembros sobre el papel de Europa en el mundo: por una parte, entre quienes propugnan una UE como mercado común con alianza estrecha con Estados Unidos mediante la OTAN y, por otra, los partidarios de una Europa integrada política y económicamente y con una PESC verdaderamente independiente. El segundo grupo se resintió mucho por el hecho de que los países del Este (incorporados a la OTAN desde 1998) no sólo fuesen defensores de la posición de Washington sino, además, partidarios de políticas económicas liberales y no intervencionistas que en el ámbito europeo imposibilitan la armonización fiscal y laboral.

La ampliación al Este de 2004 ha abierto, pues, nuevas fisuras dentro de la UE; países como Polonia, la República Checa, Eslovaquia, las repúblicas bálticas y desde el enero de 2007 Rumania y Bulgaria quieren los fondos estructurales y subvenciones agrícolas de la UE pero rechazan el afán centralizador y regulador de Bruselas en materia económica, laboral y ambiental. Tienen, asimismo, relaciones muy tensas con la Rusia de Putin. El reciente veto de Polonia a la renovación del acuerdo de partenariado UE-Rusia a raíz de la prohibición rusa de importar carne polaca es un buen ejemplo.

La UE tiene los mecanismos institucionales y el incentivo (el recuerdo de los fracasos provocados por las divisiones) para adoptar y llevar a cabo políticas y actuaciones comunes en el escenario internacional. Pero hay una heterogeneidad de actitudes en la opinión pública de los Estados Miembros sobre cuestiones tan fundamentales como el objetivo final de la integración europea, las relaciones con Estados Unidos y Rusia, el diseño de una política energética común, la continuación de las ampliaciones a los países de los Balcanes y Turquía. Las otras potencias son conscientes de este hecho y a menudo fomentan las divergencias internas europeas en beneficio propio. Un ejemplo bien paradigmático es la habilidad de Putin para negociar acuerdos bilaterales con determinados Estados Miembros de la UE (que garantizan el suministro de hidrocarburos rusos a cambio del derecho de Gazprom a penetrar en el mercado de distribución de estos países) mientras las instituciones europeas claman inútilmente sobre la necesidad de formular una política energética común que permita en Europa negociar acuerdos ventajosos con sus suministradores principales (Rusia, Argelia y países del Golfo).

La actual crisis multidimensional europea

Pese a sus progresos, Europa atraviesa una crisis multidimensional. A mediados de 2004 parecía que había acuerdo sobre la integración europea. Los 15 se habían convertido en 25, el Consejo Europeo había dado luz verde al inicio de las negociaciones de adhesión de Turquía y la Convención Constitucional había elaborado un proyecto de Constitución Europea que contaba con el apoyo de los Estados Miembros. Pero el acuerdo que definía la esencia y objetivos de la UE era frágil y obviaba reticencias sustanciales por parte de la opinión pública. Los reveses sufridos por la Constitución Europea en 2005 en Francia y en los Países Bajos pusieron de manifiesto que una parte importante de la opinión pública no aceptaba ni el método ni el contenido de la Constitución.

La paralización del proceso de ratificación de la Constitución constituye la dimensión institucional de la crisis europea. Las instituciones de la UE (Consejo, Comisión y Parlamento) no funcionan eficientemente con reglas pensadas para una CEE de seis. El primer desafío importante a que se enfrenta la UE es rescatar las partes de la Constitución que mejoran el funcionamiento de las instituciones y conseguir su aprobación. La presidencia alemana de la UE está comprometida con este objetivo. Sin embargo, se necesitará mucha habilidad diplomática para vender un tratado, aligerado y reducido a las normas de funcionamiento, a una opinión pública escéptica

con las propuestas procedentes de la UE y a los Estados Miembros más federalistas que consideran la Constitución europea una herramienta indispensable para profundizar en la integración.

Cómo superar el europesimismo actual

El segundo y el tercer reto que la UE debe superar –la mejora de su rendimiento económico y la gestión de su crisis demográfica– están estrechamente vinculados. La experiencia de los últimos 50 años demuestra que los grandes saltos hacia delante en la integración sólo se producen cuando la economía europea crece y la ciudadanía da el beneficio de la duda a los proyectos europeos de sus dirigentes. No es, pues, sorprendente que el fracaso de la Constitución y la oposición a futuras ampliaciones aparezcan en un momento en que el crecimiento de las principales economías de la zona euro (especialmente Alemania, Francia e Italia) es insuficiente para mantener los elevados niveles de prestaciones de los estados de bienestar y asegurar más prosperidad y oportunidades a la población europea y a los inmigrantes acogidos. La opinión pública se muestra claramente partidaria de un mayor peso de Europa en el mundo, mediante el refuerzo de la PESC y la PESD. Pero, a la hora de la verdad, los ciudadanos no ven claro otorgar más soberanía a las instituciones europeas si unos y otros (Estados Miembros y UE) no son capaces de reducir el paro, dinamizar la economía, facilitar el acceso a la vivienda y mantener o mejorar los estándares de la educación y la sanidad. Es poco probable que una mayoría de ciudadanos de la UE recupere el deseo de avanzar en la integración si antes no recobra la confianza en las economías de los Estados Miembros y de la UE para enfrentarse con éxito a los retos de la globalización.

Ciertamente, en 2006 la UE ha registrado su tasa de crecimiento más elevada desde el año 2000. Alemania ha revivido y ha generado 500.000 puestos de trabajo en el último año. Los gobiernos de Alemania, Italia, Países Bajos y Suecia han implementado dolorosas pero necesarias reformas para incrementar la tasa de participación laboral, reduciendo prestaciones y subsidios a parados y personas que no desean incorporarse al mercado de trabajo, y retrasando la edad de jubilación. Sin embargo, sería precipitado cantar victoria en la lucha para mejorar la competitividad de la economía europea; la tasa de participación laboral europea está diez puntos por debajo de la de Estados Unidos, la productividad de los trabajadores europeos no supera la de los norteamericanos y en Europa se trabajan muchas menos horas. Estos indicadores tienen que mejorar, especialmente porque con el envejecimiento de la población y la baja natalidad pasaremos de una ratio de dependencia de cuatro asalariados por un jubilado a una ratio de dos a uno en el año 2050.

Por lo tanto, la mejora coyuntural de los indicadores macroeconómicos europeos no nos puede hacer olvidar que Europa aún se está jugando su estatus de superpotencia económica durante el siglo XXI. Invertirá sólo el 2% de nuestro PIB en I+D, mientras que Estados Unidos alcanza el 2,6% y Japón el 3%. Invertimos menos en educación superior, I+D e innovación que nuestros competidores. Los presupuestos tanto de la UE como de muchos Estados Miembros están demasiado orientados a la redistribución de recursos (subvenciones a regiones pobres y agricultura en la UE, a prestaciones sociales) y no suficientemente a enseñanza, formación, I+D e innovación que aumenten la competitividad y la creación de riqueza. La batalla sobre la orientación de los presupuestos de la UE a menudo se entrelaza con la lucha sobre el objetivo de la integración europea ya que los partidarios de unos presupuestos que enfatizan más la innovación y el incremento de la competitividad también acostumbran a ser los Estados Miembros que sólo aspiran a un mercado común, mientras los que defienden el mantenimiento de la política redistributiva son, a grandes rasgos, los que propugnan una Europa integrada política y económicamente. Como ejemplo y también como muestra de la incidencia de las

divergencias intraeuropeas en las relaciones de la UE con las potencias emergentes (China e India) los países más librecambistas comercialmente (Reino Unido, Irlanda, países escandinavos y algunos de los nuevos socios del Este) se han opuesto a la intención de los más proteccionistas (Italia, España, Portugal) de aplicar barreras comerciales para frenar las importaciones de productos textiles o calzado chino.

Si no se invierten las tendencias, la UE podría al final ser víctima de fuerzas centrífugas. Si los países del núcleo duro de la UE y la eurozona (Alemania, Francia, Italia) no se aplican económicamente, sus poblaciones temerosas de la globalización cederán la iniciativa del proceso de integración a países que por falta de vocación europeísta (Reino Unido) o por el retraso en su desarrollo (los socios del Este) no están en condiciones de asumirlo.

Falta de liderazgo político

Consecuentemente, las grandes economías de la zona euro se tendrían que enfrentar con valentía a sus problemas de competitividad, falta de competencia en sus mercados de productos y servicios, rigidez de los mercados laborales y envejecimiento de su población, sino nos arriesgamos al hecho de que la integración europea se convierta en el mínimo común denominador que los países de la periferia de la UE están dispuestos a aceptar. Este conflicto nos lleva al cuarto reto. El *impasse* actual de la UE exige como condición necesaria pero no suficiente la existencia de líderes con visión y coraje que no busquen sólo la aprobación de sus opiniones públicas y se arriesguen a tomar decisiones difíciles en materia económica, para desbloquear el debate de la Constitución, con relación a futuras ampliaciones y concretamente en el caso de Turquía. Estas decisiones tienen que permitir a Europa superar los retos económicos, demográficos e institucionales planteados y, por lo tanto, ejercer una influencia decisiva en el mundo. La tarea descrita será muy difícil, pero es evidente que las diferencias que dividen la opinión pública europea y sus Estados Miembros son demasiado profundas para que una simple gestión del statu quo permita vaticinar algo mejor que un lento pero seguro declive de Europa en un mundo que desplaza su eje principal de relaciones del Atlántico al Pacífico.

Referencias bibliográficas

GORDON, Philip y SHAPIRO, Jeremy. *Allies at War: America, Europe and the Crisis over Iraq*. Nueva York: McGraw-Hill, 2004.

dCIDOB 100.

1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

El Mediterráneo, del siglo XX al siglo XXI cambios y continuidades en una región convulsa.
Eduard Soler Lecha.

EL MEDITERRÁNEO, DEL SIGLO XX AL SIGLO XXI CAMBIOS Y CONTINUIDADES EN UNA REGIÓN CONVULSA

Eduard Soler Lecha Coordinador del Programa Mediterráneo, Fundación CIDOB

En veinticinco años el Mediterráneo ha experimentado cambios notables, algunos de ellos internos, como el nacimiento del Proceso de Barcelona o la implosión del islamismo político. Otros han sido fruto de las transformaciones del sistema internacional, especialmente con el fin de la Guerra Fría. Sin embargo, en esta región de límites difusos que llamamos Mediterráneo, hay elementos que se mantienen inalterados. El Mediterráneo continúa siendo una falla geopolítica y continúa representando un abismo en términos socioeconómicos. Simultáneamente, conflictos como el árabe-israelí, el chipriota o el del Sahara continúan abiertos y en países como el Líbano la falta de cohesión y el peligro de confrontación civil está en el orden del día. Este artículo se centra en el análisis de estos cambios y continuidades lanzando, en la parte final, una mirada hacia el futuro de la región.

Un Mediterráneo en transformación

Como decíamos, una de las transformaciones más importantes que ha vivido el Mediterráneo se deriva de un cambio en el sistema internacional. Del mundo bipolar de la Guerra Fría, con dos superpotencias como la URSS y Estados Unidos que procuraban contenerse mutuamente y que indirectamente se enfrentaban en diferentes lugares del planeta, se pasó, con la caída del muro de Berlín y el derrumbamiento de la URSS, a un sistema unipolar. En esta nueva etapa, Estados Unidos aspiraría, en palabras del antiguo ministro francés Hubert Védrine, a convertirse en una superpotencia. Sin embargo, más que provocar cambios radicales, el fin de la Guerra Fría aceleró procesos que se habían iniciado antes de la caída del muro de Berlín.

Podemos observar que la desaparición de la fractura este-oeste dio más relevancia a la fractura norte-sur ya existente. Simultáneamente, el peligro rojo fue sustituido en algunos sectores por un peligro verde, es decir, por un indeterminado peligro islámico que ya se había expresado en el año 1979 con la revolución islámica en Irán. Así, durante los últimos veinticinco años el terrorismo de tipo islamista ha aumentado y, a pesar de que está asociado a la fatídica fecha del 11 de septiembre, esta lacra ha afectado a ciudades como Estambul, Casablanca, Londres, Madrid o Sharm-el-Sheikh.

Así pues, pasados veinticinco años, se ha producido un cambio en los protagonistas y la naturaleza de la amenaza terrorista en el Mediterráneo. Grupos con una retórica religiosa y misionera como las diferentes células de Al Qaeda han tomado el protagonismo a grupos con reivindicaciones territoriales y con una ideología próxima al marxismo (PKK, ETA y grupos de la OAP). Estos grupos, aún activos, se han visto obligados incluso a cambiar su estrategia ante este hecho.

Otro elemento de cambio está vinculado al papel de la Unión Europea (UE). La UE del año 2007 ha cambiado significativamente respecto de la del año 1983. La UE se ha ampliado, se ha dotado de una incipiente política exterior y de defensa, ha intentado sacar adelante un proyecto de constitución europea. Paralelamente a estos cambios globales, la UE se ha mediterraneizado en dos sentidos. En primer lugar, porque se han adherido diversos países mediterráneos, como España y Portugal (1986) y Eslovenia, Malta y Chipre (2004). Hoy en día, la UE tiene frontera terrestre con Marruecos y se encuentra a un centenar de kilómetros de la costa siria. En segundo lugar, porque ha desarrollado una política mediterránea más potente. Bajo el impulso de uno de los nuevos socios mediterráneos –España–, nació en el año 1995 en Barcelona el Partenariado Euromediterráneo. Doce años después está lejos todavía de alcanzar los objetivos de paz,

prosperidad e intercambio humano y, además, el Partenariado tiene que ser compatible con novedosas políticas como la de vecindad. Sin embargo, el Proceso de Barcelona continúa vivo y proporciona, sobre todo, un marco de diálogo a múltiples niveles, inexistente veinte años atrás.

Finalmente, otro cambio significativo está vinculado al replanteamiento de la identidad europea y de las identidades locales en muchas sociedades de la ribera norte del Mediterráneo. En las últimas décadas, España, Portugal o Italia han dejado de ser emisores de emigrantes para pasar a ser receptores. Así es como las sociedades española, portuguesa o italiana han ido descubriéndose cada vez más plurales, y cómo ciudades como Barcelona han tomado el relevo como referentes cosmopolitas en Alejandría o Tánger. Este cambio ha sido acelerado y, en algunos casos, repentino. Comienza a plantear retos y seguramente todavía planteará más retos y más complejos en un futuro no demasiado lejano. En todo caso, a través de estos nuevos ciudadanos, Barcelona o Cataluña se sienten más atadas que nunca a Marruecos y a ciudades mucho más lejanas como Karachi o Lahore. Por lo tanto, las migraciones han reducido las distancias y han hecho del Mediterráneo y del mundo entero un espacio más pequeño e interconectado.

Continuidades y retos compartidos

Pese a la importancia de estas transformaciones, podemos observar que, en los últimos años, los cambios han sido menores en otros campos. Estas continuidades no son siempre positivas. En primer lugar, cabe destacar que el Mediterráneo continúa siendo escenario de una de las mayores fracturas socioeconómicas del planeta. Los niveles de riqueza, bienestar y desarrollo de la ribera norte están lejos de ser alcanzados por las sociedades del sur y del este del Mediterráneo, donde el analfabetismo es aún una lacra, el sistema sanitario y educativo deficiente, la pobreza generalizada, el crecimiento económico fluctuante y el paro juvenil un caldo de cultivo de conflictos sociales e incluso políticos. Hoy en día, las desigualdades entre Marruecos y España tienen pocos referentes de comparación aparte del de las dos Coreas y lo que es más grave es que en algunos aspectos las desigualdades aumentan en vez de disminuir.

A esta fractura socioeconómica es preciso añadir que el Mediterráneo es una falla geopolítica. A pesar del voluntarismo del Proceso de Barcelona, el Mediterráneo no es aún una región integrada y mucho menos una comunidad de seguridad, es decir, un espacio en el cual sus miembros han dejado de concebir el uso de la violencia como un instrumento para poder resolver los conflictos. Una violencia que, en muchos casos, no se utiliza tanto para luchar o protegerse del enemigo externo como de los enemigos internos. Así pues, la seguridad nacional y la seguridad de los regímenes tienden a confundirse en los países del sur y del este del Mediterráneo.

Mientras la democracia se consolida en la ribera norte, los progresos en este campo por parte de muchos regímenes del sur son escasos cuando no inexistentes. En algunos casos, el más flagrante de los cuales es Túnez, la calidad democrática y el respeto de los derechos humanos incluso han retrocedido en las últimas décadas. Esta es una de las principales continuidades de la región: la democracia continúa siendo la excepción y no la regla en el sur y este del Mediterráneo. Además, ello contrasta con otras latitudes como Europa del Este, América Latina o incluso algunos lugares de la África Subsahariana donde ha habido avances democráticos sustanciales durante el último cuarto de siglo. Siguiendo, sin embargo, con las continuidades, debemos destacar que si Europa no tenía suficiente credibilidad para promover la democracia en el mundo árabe durante los años ochenta debido al lastre de su experiencia colonial, continúa sin tenerla en el año 2007. A modo de ejemplo, después de su agria reacción a la victoria de Hamas en las elecciones palestinas, las más transparentes de la historia del mundo árabe, el papel de

Europa como ente democratizador se ha puesto en tela de juicio entre los demócratas de la región.

Una de las continuidades más dramáticas es el mantenimiento de conflictos abiertos o latentes en diferentes lugares del Mediterráneo. El más significativo es el israelo-palestino que más allá de las repercusiones que tiene para los ciudadanos de los dos países, contamina cualquier proyecto para conseguir mayores cuotas de integración política, económica y social en el Mediterráneo. En los años noventa, con la conferencia de paz de Madrid (1991) y los Acuerdos de Oslo (1993), se abrió una ventana a la esperanza, cerrada, a finales de siglo, con la segunda intifada. En 2005 diferentes factores dejaban divisar una nueva etapa de esperanza: la inicial retirada israelí de Gaza, la elección de Mahmud Abbas e iniciativas como los Acuerdos de Ginebra promovidos por miembros de la sociedad civil palestina e israelí. Una vez más, sin embargo, estas esperanzas se rompieron. No sólo eso, sino que la crisis iniciada con la victoria de Hamas se extendió a un país, el Líbano, que comenzaba a levantar cabeza después de décadas de guerra civil, ocupación israelí y tutela siria. La guerra entre Israel y Hezbolá del verano de 2006, con la amenaza de Ehud Olmert de retornar al Líbano a la situación de dos décadas antes, muestra la fragilidad de la situación en Oriente Próximo y evidencia que el conflicto israelo-palestino es sólo uno de los componentes de un conflicto árabe-israelí más amplio.

Con todo, el conflicto en el Próximo Oriente no es ni mucho menos el único que permanece latente desde hace más de un cuarto de siglo. En el Magreb destaca el del Sahara Occidental. Este conflicto, iniciado con la Marcha Verde a mediados de los años setenta, tiene como principal lastre el drama humano de los refugiados de Tinduf y continúa paralizando una mejora en las relaciones entre Argelia y Marruecos, indispensable para avanzar hacia un Magreb más integrado. En el Mediterráneo Oriental todavía no se ha resuelto el conflicto de Chipre. Pese a su adhesión a la UE (2004), la isla continúa dividida después del fallido referéndum sobre el plan Annan y, hoy por hoy, los intentos de solución del conflicto parecen aún más difíciles. Finalmente, no debemos olvidar los Balcanes. Los años noventa fueron dramáticos para esta región pero la solución a las reivindicaciones independentistas de Kosovo o la falta de cohesión en Bosnia son aún temas que se deben resolver y que podrían desembocar en nuevas crisis.

Una última tendencia que se mantiene es el hecho de que los países mediterráneos son más un objeto que un sujeto en el terreno internacional. Puede observarse cómo actores externos en la región, principalmente Estados Unidos, Irán y las monarquías del Golfo Pérsico, tienen una gran influencia en la seguridad y la política de esta región. Una tendencia que incluso se ha reforzado. Así, Estados Unidos continúa tutelando o cuando menos siendo una ayuda esencial para los regímenes que desde Washington se llaman *gobiernos árabes moderados* como el de Jordania o el egipcio. La intervención iraní en el conflicto libanés o la creciente influencia de los medios de comunicación del Golfo como *Al Jazeera* o *Al Arabiya* son otros ejemplos de esta tendencia.

Una mirada hacia el futuro

El futuro del Mediterráneo dependerá tanto de la voluntad de sus habitantes y de sus gobiernos como de factores de orden global. Por lo tanto, es preciso llevar a cabo una reflexión serena sobre cómo aprovechar las oportunidades y cómo hacer frente a algunas de las amenazas que hemos mencionado en este artículo. Con una perspectiva a largo plazo, las sociedades y los gobiernos mediterráneos tendrán que hacer un esfuerzo para anticiparse a los acontecimientos y pensar qué nuevos factores pueden condicionar la agenda mediterránea del siglo XXI. Por ejemplo, factores de orden global como el cambio climático pueden generar nuevas crisis y

nuevos conflictos. El Mediterráneo es particularmente vulnerable al cambio climático y a sus consecuencias de desertificación, éxodo rural y crisis del modelo turístico imperante en muchos países. Además, los pocos recursos de cualquier tipo (suelo, agua, pesca, hidrocarburos) serán algunas de las principales fuentes de inestabilidad si no se toman las medidas para atenuar sus efectos.

A todo ello hay que añadir la intervención de las potencias no-mediterráneas. En las próximas décadas y pese al desplazamiento de la centralidad internacional hacia el área de Asia-Pacífico, Estados Unidos continuará ejerciendo influencia en esta región a pesar de que muy probablemente tenga que competir con otros actores externos. China, por ejemplo, está reforzando sus lazos políticos y económicos con los países de la región y con el conjunto del continente africano. Rusia, aunque limitado al ámbito energético, probablemente también fortalecerá su política árabe, sobre todo en dirección a Argelia con quien podría formar un cartel argelo-ruso capaz de controlar el abastecimiento de gas de Europa. Finalmente, es muy probable que Irán continúe reforzando su implicación en la vida política de la región a pesar de que la estrategia dependerá de su imprevisible evolución interna.

También se perfila un desdibujamiento de las fronteras entre el Mediterráneo y el África Subsahariana. A raíz de los movimientos humanos de difícil control en la zona sahariana, los países de la ribera sur y este del Mediterráneo recibirán con mucha más intensidad las consecuencias de los conflictos políticos, de las crisis económicas, del subdesarrollo, de los desastres naturales y las crisis humanitarias de un continente que presenta los peores indicadores del conjunto del planeta. Unos efectos que, de rebote, se dejarán sentir en Europa. En este contexto, la UE se tendrá que repensar en tres dimensiones: la ampliación, la integración y la política exterior y de defensa. En lo que concierne al primer tema, la UE tendrá que decidir si Turquía, los Balcanes, Ucrania, Moldavia y tal vez incluso el Cáucaso pueden aspirar, aunque sea a largo plazo, a la plena integración en la UE. Esta decisión, de orden estratégico, es clave. Las ambigüedades, los dobles baremos, las falsas esperanzas y las promesas rotas son el peor obstáculo para que los procesos de reforma tomen fuerza, y son el revulsivo más eficaz para desencadenar la inestabilidad y el retorno al nacionalismo más agresivo en el sureste de Europa, es decir, en el Mediterráneo nororiental.

En cuanto a la integración se debería resolver la situación de *impasse* creada con los fallidos referendos sobre el tratado constitucional en Francia y Holanda. Es preciso encontrar una solución para desvanecer la actual sensación de crisis. Sin una mayor confianza en ellos mismos y un cierto optimismo respecto a su futuro, los europeos no serán capaces de afrontar grandes retos como el de la adhesión turca. También es necesario para facilitar el proceso de toma de decisiones en una UE con cada vez más miembros.

Uno de los ámbitos en los que se hace más patente la inoperatividad del sistema de toma de decisiones existente y de la falta de recursos e instituciones es el de la política exterior y de defensa. En la agenda europea de los próximos años se tendrá que estudiar si es viable y conveniente crear la figura del ministro de Asuntos Exteriores con independencia de la aprobación de la Constitución. Los próximos años también serán clave para observar el efecto de la puesta en marcha de nuevos instrumentos en el marco de la Política Europea de Seguridad y Defensa (PESD), como los grupos de combate (*battle groups*) que podrían ser utilizados en el Mediterráneo. Sin embargo, la culpa de la inacción de la UE en muchos campos no se puede atribuir sólo a la falta de instrumentos o al proceso de toma de decisiones, sino a una falta de voluntad política, absolutamente necesaria para llegar a consensos en los temas más complejos. El caso más claro es el del conflicto árabe-israelí, en el cual se hace evidente que, de cara al

futuro, será esencial que la UE haga más esfuerzos para acordar y mantener una posición común y sea capaz de anticipar su reacción ante eventuales crisis como la vivida en verano de 2006 en el Líbano.

Esta reflexión nos lleva a hablar de los conflictos abiertos en el Mediterráneo. Tampoco en este campo no predomina el optimismo. En cuanto al conflicto palestino-israelí no existe actualmente ningún elemento que haga presagiar una solución durante los próximos años. Esta se debería construir basándose en un acuerdo entre el Gobierno israelí y todas las facciones palestinas, incluida Hamas, en la línea de la declaración de la Liga Árabe que proponía a Israel el reconocimiento del mundo árabe en bloque siempre y cuando se llegase a una solución de dos estados con las fronteras del año 1967. En cuanto al conflicto del Sahara, hay más posibilidades de que se llegue a un final negociado en el próximo cuarto de siglo. Será un proceso largo y que será vivido con frustración por aquellos que apoyan al Polisario que lo verán como una claudicación de la comunidad internacional. Sin embargo, una perspectiva de solución real dependerá de la capacidad de Marruecos para garantizar una autonomía política suficiente al Sahara y del buen entendimiento entre Argelia y Marruecos, factores por ahora inexistentes.

También es muy probable que los próximos años las dos riberas mediterráneas se vean inmersas en crisis sociales y políticas de envergadura. Uno de los hechos más preocupantes es un repliegue en identidades excluyentes, que, en una u otra dirección, perciben aquello como una amenaza. En el sur toma a menudo la forma de un fundamentalismo religioso, a veces de expresión violenta. En la ribera norte, este repliegue identitario se traduce en el ascenso de la extrema derecha y el racismo. Durante los últimos años han habido indicios de este peligro: el Frente Nacional en Francia llegó a la segunda vuelta de las elecciones de 2002; la extrema derecha formó parte del Gobierno austriaco; en Flandes el *Vlaams Velang* muestra una vitalidad preocupante; e incluso en nuevos países miembros, como Bulgaria y Rumania, han arraigado movimientos de dicho tipo.

La población musulmana europea es uno de los principales objetivos de estos movimientos y, por tanto, su crecimiento envenenará las relaciones entre las dos riberas del Mediterráneo. Para hacer frente a los radicalismos y conseguir una mayor cohesión social y armonía en la región se necesitará, por un lado, que el islamismo político pueda integrarse en el juego político con normalidad y moderación, con posibilidades de convertirse incluso en un factor de modernización y democratización como en su tiempo lo fue la Democracia Cristiana. Por otro, se tendrá que ir a la raíz de los problemas políticos y sociales para prevenir que la xenofobia y la islamofobia vayan en aumento en el continente europeo.

Conclusiones

De las continuidades y cambios que acabamos de observar se deriva una conclusión: pese a las transformaciones experimentadas, los objetivos que el Proceso de Barcelona se marcó en 1995 continúan siendo completamente válidos. La paz, la democracia, la prosperidad compartida y el intercambio humano son prioridades esenciales para el Mediterráneo. Sin embargo, los instrumentos pensados hace doce años se tienen que actualizar. Por ejemplo, una política mediterránea eficaz se debe complementar con una política africana potente y con una mayor atención hacia Oriente Medio, especialmente hacia Irán. Los gobiernos y sociedades de la región tampoco tienen que olvidar el peso creciente de China y que factores globales como el cambio climático los hacen especialmente vulnerables.

Una Europa más fuerte, un Mediterráneo más integrado, una concienciación de la urgencia para hacer frente a las disparidades socioeconómicas, un esfuerzo colectivo para solucionar los

conflictos aún abiertos, una voluntad de defender en común los intereses en el ámbito internacional, un trabajo continuado de lucha contra los extremismos y una defensa de la democracia y del respeto a los derechos humanos son elementos que pueden garantizar que el Mediterráneo del año 2032 sea más seguro y próspero que el del año 2007 y el de 1983.

Referencias bibliográficas

BALTA, Paul. *El Euromediterráneo: desafíos y propuestas*. Madrid: Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 2005.

BARBÉ, Esther. "Turbulencia en el Mediterráneo: desafíos globales, conflictos locales y espacios regionales". *Derecho Internacional y Relaciones Internacionales en el Mundo Mediterráneo. XVII jornadas 1997* (1999). Madrid: Boletín Oficial del Estado.

HALLIDAY, Fred. *Middle East in International Relations, power, politics and ideology*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005.

JÜNEMANN, Annette (ed.). *Euro-Mediterranean Relations after September 11, International, Regional and Domestic Dynamics*. London: Frank Cass, 2004.

MAHJOUR, Azzam. "La politique européenne de voisinage: un dépassement du partenariat euro-méditerranéen". *Politique Étrangère*, 3/2005: 535-544 (2005).

dCIDOB 100.
1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

El largo camino del postsovietismo.
Carmen Claudín

EL LARGO CAMINO DEL POSTSOVIETISMO

Carmen Claudín Adjunta a direcció, Fundació CIDOB

Rusia ha dominado la historia del siglo XX de forma singular y destacada. Los “Diez días que conmocionaron el mundo”, como llamó John Reed a la revolución rusa de octubre de 1917, abrieron paso a la instauración del sistema soviético y a su expansión en el mundo -en particular, con la ocupación de los estados europeos limítrofes- y, tras la Segunda Guerra Mundial, a la emergencia de la llamada Guerra Fría y de un mundo bipolar, simbolizados (tardíamente) por el muro de Berlín. La desaparición de ese sistema internacional y la emergencia del mundo multipolar se encadenaron de la misma manera a partir de Rusia: la caída del muro de Berlín en noviembre de 1989 se inició de hecho unos años antes con la puesta en marcha de una política de reforma, conocida como *perestroika*, propiciada por la llegada al poder de un nuevo equipo dirigente en Moscú. La evolución del proceso de cambio abierto por la *perestroika* ha supuesto una conmoción no menor a la de 1917 tanto para el mundo como para las sociedades de la región que han pagado el precio más alto de la transformación.

La descomposición del Estado soviético: Gorbachov y la *perestroika*

El incontestable mérito histórico de la *perestroika* fue que puso en marcha un proceso de cambio sistémico si bien éste no era, de hecho, lo que esa política perseguía. El objetivo de Mijaíl Gorbachov era intentar reformar el sistema soviético democratizándolo –en su dimensión política y económica- sin cambiar la naturaleza “socialista” de ese sistema. En otras palabras, el propósito era alcanzar un socialismo democratizado y modernizado, que compartiera con el mundo occidental intereses y valores comunes, en particular en el marco de lo que Gorbachov llamó la “casa común europea”. Este planteamiento se basaba en un análisis muy negativo de la realidad soviética en el plano interior e internacional, un análisis al que contribuyeron destacadas personalidades, como el político Alexandr Yákovliev –al que se considera como el verdadero teórico de la *perestroika*- o la socióloga Tatiana Zaslávskaya con su famoso Informe de Novosibirsk de 1983. La dimensión internacional también fue un factor determinante en la decisión de emprender reformas en la medida en que alertaba de que el modelo soviético había agotado su capacidad para seguir en la carrera armamentística de la Guerra Fría, en particular la Iniciativa de Defensa Estratégica, denominada entonces “guerra de las galaxias”, anunciada en 1983 por el presidente estadounidense, Ronald Reagan.

En marzo de 1985, Gorbachov llega al poder gracias, en particular, al apoyo recibido por el anterior secretario general del partido y ex jefe del KGB, Yuri Andrópov. Empiezan entonces las primeras medidas internas de reforma del sistema: introducción de la libertad de expresión (la conocida *glasnost*) y cierta liberalización de la actividad económica, en particular, instauración de limitados mecanismos de mercado (ley sobre las cooperativas). En el plano internacional, Gorbachov inicia una política de apertura y diálogo con Occidente. Desarrolla una diplomacia muy exitosa encaminada a cambiar la imagen de la URSS de enemigo y competidor a interlocutor fiable, partidario del diálogo y de las soluciones pacíficas. Los hitos más destacados de la nueva política se plasman con la retirada de las tropas soviéticas

de Afganistán (1989) y de Europa Central (1991), seguida por la disolución del Pacto de Varsovia.

Las elecciones generales de marzo-abril de 1989 son las primeras en poder ser consideradas democráticas de toda la historia soviética: el PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética) seguía siendo el partido único, pero candidatos independientes tuvieron la posibilidad de presentarse y cosecharon resultados notables, como fue el caso del entonces muy popular Borís Yeltsin, apartado en 1987 de la dirección del PCUS por sus duras críticas a la lentitud de las reformas, o del disidente recientemente liberado de su confinamiento, Andréi Sájarov. Por vez primera, la sociedad tenía a representantes políticos independientes que luchaban abiertamente contra la hegemonía del partido comunista. A principios de 1990, Mijaíl Gorbachov es elegido presidente de la Unión Soviética, un cargo nuevo que se impone para contrarrestar al sector conservador del PCUS. Pero muy pronto el desarrollo de los acontecimientos internos desborda los planteamientos iniciales y la capacidad de los dirigentes reformistas de controlar la dinámica abierta. Una de las expresiones más claras de la voluntad de ir más lejos es el desencadenamiento de posiciones soberanistas en las llamadas repúblicas socialistas soviéticas, muy en particular Ucrania, Georgia y las bálticas, declarando la primacía de las leyes republicanas sobre las de la URSS.

A finales de 1989 se abre un desfase creciente entre la dinámica interna de cada república y la situación inmovilista de las estructuras centrales. Se va profundizando una realidad contradictoria en la que el PCUS ha perdido tanto su papel formal/constitucional de partido dirigente de la sociedad como su práctica cotidiana de poder hegemónico, pero -por las propias características del sistema soviético- sigue dominando el aparato administrativo del Estado, y por consiguiente obstaculizando cualquier reforma significativa. A ello, se añade el factor personal de Gorbachov que sigue empeñado en ver en el PCUS, o sea en su renovación, el mecanismo privilegiado de reforma, incapaz de percibir que todo el movimiento social de fondo apunta ya claramente a una voluntad de cambio radical.

Se inicia entonces, durante todo el año 1990, una situación de caos y parálisis del poder, a la que Gorbachov responde, en octubre-noviembre, con un giro conservador. Tras la represión de las manifestaciones independentistas en los países bálticos en enero de 1991 y el posterior referéndum sobre la Unión en marzo, Gorbachov empieza a percibir su error de evaluación y cambia de táctica: inicia negociaciones con las repúblicas y alcanza un acuerdo que tenía que desembocar en la firma, el 20 de agosto, del Tratado de la Unión. La adopción de ese tratado hubiera representado un cambio radical en las estructuras de poder del sistema. Esta perspectiva es el motor principal del intento de "golpe de Estado" que se produce el 19 de agosto de 1991. La paradoja de la historia es que las fuerzas implicadas en el golpe consiguen acelerar, y de manera irreversible, aquello que precisamente querían evitar. En Moscú, la gente se moviliza tres días alrededor del Parlamento, apoyando a Yeltsin que en junio, con el 57% de los votos, acababa de ser elegido presidente del legislativo ruso y encarnaba la resistencia al golpe. El encadenamiento de declaraciones de independencias de varias repúblicas –en particular Ucrania, donde un referéndum nacional apoya con más del 90% la independencia (es decir, también con el apoyo mayoritario de la población rusa del país)- acaba de asestar un golpe final al Estado soviético: el 5 de diciembre, el PCUS es disuelto y, el 21 de diciembre, Gorbachov anuncia el final de la URSS y su sustitución por la Comunidad de Estados Independientes (CEI). Con ello Borís

Yeltsin se convierte en presidente de la nueva Rusia independiente, poniendo fin a la confusión que había durado tres cuartos de siglo entre lo "ruso" y lo "soviético".

El primer período postsoviético: la estable turbulencia de los años Yeltsin

En apenas dos años, Rusia pasa de 75 años de partido único a una constelación de partidos que ocupan el vacío dejado por el espectacular desplome del PCUS en la arena política y en las estructuras de poder. Pero ello se produce en un contexto de desconocimiento agudo, tanto entre los responsables políticos como entre la población, de una cultura democrática adecuada a la nueva situación. Esta inmadurez del sistema político contribuye a perpetuar uno de los rasgos históricos de la tradición rusa, a saber, la personalización de la práctica política. La indefinición del sistema político (presidencialismo o parlamentarismo) y la debilidad de los partidos generan una actividad política polarizada alrededor de las relaciones o, mejor dicho, de la pugna entre el Legislativo y el Ejecutivo, que se van neutralizando uno a otro.

La composición del primer Gobierno Yeltsin, dominado por personalidades liberales en ámbitos tan sensibles como la economía o la política exterior, provoca de entrada la hostilidad de numerosos grupos políticos parlamentarios. A finales de 1992, la parálisis de las estructuras del poder central (y su consiguiente autonomización del poder local) es casi total y desemboca en una crisis constitucional que marca un punto de inflexión en la corta historia de la Rusia postsoviética, despertando el fantasma del peligro de guerra civil. La espiral de la crisis estalla abiertamente el 21 de septiembre de 1993 tras la decisión de Yeltsin de disolver por decreto el Congreso de los Diputados del Pueblo a lo que un gran número de diputados responde encerrándose en la sede del Parlamento. La situación, que permanece bloqueada durante varios días, cambia cuando grupos afines a los diputados rebeldes intentan atacar el Ayuntamiento y la televisión. La drástica respuesta del Gobierno, el 3 de octubre, consiste en bombardear el Parlamento y detener a los diputados que aún quedaban en el edificio, con un saldo de varias decenas de muertos en los enfrentamientos.

Por otra parte, siendo Rusia ella misma un Estado federal, la desaparición del PCUS ha significado un golpe final a las ya muy debilitadas estructuras centrales, y ha llevado a la necesidad de existencia de un centro al corazón del debate político. Al final de los años ochenta, el PCUS era la única estructura que mantenía la ilusión de una verticalidad y centralidad del poder. Con su desaparición, las fuerzas democráticas se encuentran confrontadas con la necesidad de presentar propuestas creíbles para los demás miembros de la federación. Las negociaciones que Yeltsin inicia con los futuros "sujetos" de la Federación demuestran que su margen de maniobra es tan estrecho como frente al Legislativo. El 31 de marzo de 1992 la adopción de un tratado que reconoce a 89 sujetos de la Federación institucionaliza el nuevo edificio estatal, pero Chechenia se niega a suscribir el acuerdo y se declara Estado independiente. Aún así, las tensiones centro-periferia serán el otro vector de la lucha política durante todo el mandato de Yeltsin ya que, aprovechando las luchas en la capital, las regiones se convierten en verdaderos centros de poder. Esta situación hace que, de hecho, los años Yeltsin han sido el período de mayor descentralización real de toda la historia soviética y postsoviética.

Pero las continuas reclamaciones territoriales alimentan a su vez, en muchos políticos y en la población, el temor de que Rusia pueda conocer la misma suerte

que la Unión Soviética y revivir el trauma del desmembramiento. Ese sentimiento, ligado al difícil problema de los 25 millones de rusos que tras la disolución de la URSS han quedado en el “extranjero”, ha ido acrecentando el atractivo de la bandera del patriotismo que la ultraderecha ya no es la única en esgrimir. La defensa de las minorías rusas fuera del territorio se convierte así en uno de los pocos temas de consenso social y legitima una tendencia cada vez más marcada a considerar natural el papel preponderante de Rusia en el control global de la evolución de la CEI. En línea con esta percepción emerge la idea de que es necesaria una defensa del paneslavismo como, por ejemplo, en el caso de la guerra en la ex Yugoslavia.

Esta simpatía ambiental por posiciones nacionalistas empuja a un Yeltsin agobiado por un año sombrío (el 11 de octubre de 1994, el “martes negro”, el rublo cae en picado) a creerse a los mandos militares que le presentan la intervención en Chechenia como un paseo que le reportaría beneficios políticos inmediatos. La situación en Chechenia se había efectivamente deteriorado de forma alarmante y las divisiones internas habían desembocado en una guerra civil larvada. Pero la aventura militar, que se inicia en diciembre de 1994, se topa con una durísima resistencia en el terreno y, al contrario de lo que sucedería con la segunda guerra de Chechenia, despierta considerables críticas y protestas en la calle como en los medios de comunicación. Pero el mal ya estaba hecho y la tragedia de Chechenia ha marcado, sin duda, la involución más cargada de consecuencias negativas para una perspectiva democrática en Rusia.

Entre 1998 y 1999, Yeltsin cambia hasta cinco veces de primer ministro, el último de los cuales es Vladímir Putin, un ex agente del KGB que hace carrera política al lado del conocido alcalde demócrata de San Petersburgo, Anatoli Sobchak. El 31 de diciembre, Borís Yeltsin acaba cediendo a las presiones de su entorno y dimite oficialmente por razones de salud. El balance de la era Yeltsin es poco apreciado por una población exhausta por los cambios económicos, la constante confrontación de la vida política, el aumento espectacular de las formas violentas de criminalidad mientras que otra lacra endémica, la corrupción, sigue inatacada. Todo ello crea un terreno abonado para la buena aceptación de Putin que aparece como una personalidad fuerte, capaz de satisfacer las ansias de estabilidad de una población que se ha formado históricamente en una cultura que concede más valor al orden que al derecho.

Putin ¿una modernidad neosoviética?

Los primeros pasos de Putin se orientan a retomar el control del aparato del Estado y restablecer la gobernabilidad del país imponiendo la “vertical del poder”. Sus declaraciones iniciales ponen siempre el acento en la necesidad de desarrollar la economía, integrándola en el sistema globalizado, y convertir a Rusia en un actor central del orden internacional, un discurso encaminado a que la población rusa recupere un orgullo colectivo perdido de hace años.

Aprovechando un Parlamento mucho más dócil, Putin modifica las relaciones centro-periferia a favor del poder central y consigue rebajar el estatuto y los poderes de las élites regionales de forma que el Consejo de la Federación pierde la capacidad de incidir directamente sobre la política del centro. Tras las regiones, el presidente ruso se concentra en los grandes medios de comunicación privados, en particular los canales de televisión de cobertura federal. La “Doctrina de seguridad en la

información”, de septiembre de 2000, reconoce el derecho a la libertad de expresión y de información pero detalla peligros para el interés nacional, en particular, la circulación de información “falsa” respecto a la política rusa y las actividades de los órganos dirigentes así como respecto a acontecimientos dentro y fuera de Rusia. Los medios independientes no desaparecen pero, a partir de 2003, todos los canales de televisión de audiencia federal se encuentran bajo el control directo o indirecto del Estado, en contraste con la ebullición del período de Yeltsin.

Además de las regiones y los medios de comunicación, la ofensiva de la “vertical del poder” alcanza a destacados oligarcas, amos de imperios mediáticos. En octubre de 2003, la Justicia rusa emprende una operación contra la empresa Yukos y lleva a la cárcel a su dueño, el magnate Mijaíl Jodorkovski. Sobre telón de fondo del modo de privatización de la propiedad estatal y la dureza de la transición, la población rusa acoge con mucha simpatía la lucha contra los oligarcas sin prestar mayor atención al hecho de que ésta es claramente selectiva y políticamente motivada, o sea, destinada a enviar un mensaje inequívoco al resto de los grandes empresarios que pudieran abrigar también ambiciones políticas. Mientras tanto, los propios partidos políticos que ya antes tenían un peso poco significativo se ven crecientemente reducidos a un rol más testimonial que real, mientras un “partido del poder” asegura la estabilidad parlamentaria antes inexistente.

En este panorama de apaciguamiento de la vida pública, Chechenia es, de hecho, la única nota discordante con su reguero de sangre tanto en territorio checheno donde las Fuerzas Armadas rusas operan sin ningún control, como en suelo ruso donde los actos terroristas se multiplican, con tragedias como los asaltos del teatro Dubrovka (octubre de 2002) o de la escuela de Beslán (septiembre de 2004). La guerra en Chechenia acaba oficialmente en 2003 con un referéndum en marzo y unas elecciones en octubre que instauran una administración local chechena prorrusa. Pero la situación de ni guerra ni paz sigue en Chechenia hasta el día de hoy.

La gran baza electoral de Putin ha sido sin duda la consecución de una estabilidad profundamente anhelada por la población y del despunte de un desarrollo económico aún demasiado dependiente de la exportación de crudo pero que ya empieza a hacerse notar en amplias capas de la población. La sociedad rusa ciertamente ha empezado a cambiar de forma notable, sobre todo en las grandes ciudades. El país se ha abierto al exterior, la vida cultural y artística está en plena ebullición, y la incipiente clase media está creciendo. Pero la imagen de Rusia en el mundo se ha deteriorado de forma dramática tanto por la percepción de un régimen crecientemente autoritario, nuevamente centralizado y arbitrario, como por la constatable inseguridad del imperio de la ley, ilustrada por asesinatos de empresarios y periodistas, el más destacados de ellos, el de Ana Politkóvskaya que se había convertido en azote del régimen por sus exacciones en Chechenia y su corrupción. En el ámbito exterior, la política rusa tampoco ha ayudado a mejorar esa imagen. El maná del alto precio del crudo ha propiciado el desarrollo de una actitud de suficiencia hacia los interlocutores internacionales y de un tono de gran potencia que casi estaba olvidado; el discurso antioccidental vuelve a dominar la vida pública y el comportamiento con los socios de la CEI es cada vez más neoimperial (como lo demostró la inútil interferencia en el proceso electoral ucraniano a principios de 2004, provocando la alarma en toda Europa por el corte del suministro del gas ruso a Ucrania en enero de ese mismo año). No se puede evitar percibir un resabio neosoviético en la evolución de la Rusia de Putin que deja la verdadera democratización del país en una apuesta de futuro.

dCIDOB 100.

1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

Las potencias emergentes y la nueva dimensión internacional de Asia
¿marcará el ascenso de Asia el declive de la era Euro-Americana?
Alex González.

LAS POTENCIAS EMERGENTES Y LA NUEVA DIMENSIÓN INTERNACIONAL DE ASIA ¿MARCARÁ EL ASCENSO DE ASIA EL DECLIVE DE LA ERA EURO-AMERICANA?

Alex González Coordinador del Programa Asia, Fundación CIDOB

Pocos fenómenos originados en Asia pueden igualarse, en capacidad transformadora del sistema internacional, al del crecimiento económico experimentado por algunos de los países del área durante la segunda mitad del siglo xx, que ha culminado con la emergencia de dos grandes potencias económicas como China y la India y que ha dotado al continente de una mayor dimensión internacional a principios del nuevo siglo.

Al vigoroso crecimiento que inició Japón durante los años cincuenta, repetido a considerable escala por países como Corea del Sur, Taiwán o Singapur, se ha añadido durante el período que nos ocupa la aparición de repúblicas independientes y ricas en recursos energéticos en Asia Central (el pivot geográfico de la historia según Mackinder¹), la trayectoria ascendente de otras economías asiáticas como la de Indonesia o Vietnam y, sobre todo, la emergencia de la India y China, con poblaciones que conjuntamente suman cerca de la mitad de los habitantes del planeta.

En un contexto marcado por la liquidación del orden bipolar, por la progresiva transición de economías planificadas a economías de mercado y por la creciente interdependencia de los actores internacionales, la evolución que han descrito estos últimos países los sitúa como nuevos centros de la atención estratégica mundial, a medida que el continente va aumentando su capacidad productiva, peso comercial, inversiones y reservas de divisas y, sobre todo, a medida que amplía su inserción en los mercados internacionales. En este contexto, especialmente India y China se han ido expandiendo militarmente (recuperando incluso elementos de la carrera armamentística al espacio lanzada por Ronald Reagan en 1983) y ganando capacidad de ejercer influencia política y de proyectarse globalmente, en buena medida por la necesidad de asegurar sus requerimientos de recursos naturales y energéticos.

Existe un vivo debate sobre el grado de reajuste que este dinamismo asiático impone al resto de países, especialmente a los de renta media en Asia y América Latina. En perjuicio de Europa, esta dinámica puede suponer el reforzamiento del eje Pacífico y un inevitable desplazamiento del centro de gravedad de los asuntos mundiales hacia Asia. De hecho, podríamos encontrarnos actualmente en un momento de progresiva pérdida de protagonismo del mundo euro-americano, que –construido sobre la base de la revolución industrial y de la Ilustración y habiendo obtenido su ventaja con el necesario concurso de la expansión colonial– podría estar augurando su decadencia como “escritor de la historia”, con respuestas reactivas o adaptativas al advenimiento de un mundo multipolar.

Desde una dimensión más amplia, la emergencia de China e India nos obliga a cuestionar el modelo de desarrollo que con tanto éxito se ha exportado desde Occidente, en un momento en que ya debemos hacer frente a los graves problemas ambientales que se derivan de ello, como el cambio climático o la contaminación, y que se agudizarán si durante la próxima década estos países siguen incrementando sus ingresos per cápita hasta protagonizar un auténtico *boom* del consumo.

¹ N. del ed.: Halford John Mackinder (1861-1947), geógrafo británico, contribuyó a difundir la disciplina de la geografía en el ámbito académico, con sus trabajos con el Imperio Británico y sobre política internacional, que pusieron énfasis en la centralidad de Eurasia. Considerado por algunos el padre de la geopolítica británica.

En cualquier caso, el alcance de este fenómeno y la propia transformación del sistema internacional, con nuevos juegos de alianzas sobre el mostrador, dependerá en buena medida de si estas potencias emergentes actúan cooperativa o competitivamente entre sí y con los principales actores de la escena internacional.

La reemergencia de Asia Oriental con China de nuevo en el centro

Nos encontramos en un momento histórico en que Asia Oriental en particular –con el centro de gravedad en China– está recuperando la preeminencia económica mundial que comenzó a perder a partir de mediados del siglo XVIII. Es entonces –según historiadores como Andre Gunder Frank, Karou Sugihara o Keneth Pomeranz– cuando se inicia la “gran divergencia” entre el sistema económico europeo, que se industrializó, y el de Asia Oriental que, habiendo sido la base de un mercado más importante, se mantuvo atado al uso intensivo de los recursos.

La *Pax Americana* está en el origen de la re-emergencia de Asia Oriental. Y es que, para contener la expansión del comunismo en Asia, Estados Unidos garantizó en Japón unas condiciones muy favorables de acceso a las materias primas y para vender sus productos a Occidente, dando un renovado impulso a la modernización que se había iniciado en los últimos años del siglo XIX, deudora de Occidente y encaminada entonces a conjugar riqueza con un ejército poderoso. Basado en la exportación de productos de progresivamente mayor valor añadido, el modelo japonés estuvo al frente de toda una serie de “milagros económicos” que protagonizaron Corea del Sur y otros países como Taiwán o Singapur a partir de los años sesenta, y China a partir de los años ochenta, con gran éxito.

Japón, con su comercio, fue el principal agente para la expansión económica regional antes de que, con la mejora previa a principios de los años setenta de las relaciones entre Estados Unidos y China, este último país comenzase a disputar en Japón la condición de máximo impulsor de la economía regional movilizándolo su diáspora capitalista y recuperando algunas características del poderoso sistema comercial de tributos que funcionó durante las dinastías Ming y Qing y que tenía a China en el núcleo de un sistema de comercio tributario en Asia Oriental, como deja entrever su nombre en chino, *Zhong Guo* o Reino del Centro.

Desde entonces, la estabilidad regional depende en gran medida de cómo interactúan los principales actores (Japón, China y Estados Unidos). Cada potencia da muestras de estar estudiando el papel que tiene en la región sobre la base de una creciente rivalidad entre China y Estados Unidos, obligados de todos modos a cooperar para no perjudicar sus economías interdependientes. Estados Unidos, con un papel históricamente importante en la seguridad de la región, ha visto menguada su credibilidad y su capacidad de influencia bajo el mandato unilateralista de George W. Bush, estancado en Irak, con la aparición de sentimientos populares de rechazo hacia aliados tradicionales como Japón y Corea del Sur, y de divergencias con otros aliados como Filipinas, Malasia o Indonesia.

De cómo gestione Estados Unidos sus relaciones con el Asia emergente dependerá en buena medida el mantenimiento de su hegemonía, que en su estrategia regional ha optado por reforzar las relaciones con países como Japón que pueden equilibrar la influencia de China, pese a los estrechos vínculos económicos existentes y que hacen de China su primer socio comercial. Japón, país expuesto al envejecimiento de la población y que ha visto confirmada la imposibilidad de hacer suya la centralidad regional de China a raíz de su “década perdida” en el estancamiento económico de los años noventa, ha ido reinterpretando el principio pacifista consagrado a su Constitución y ha convenido reforzar su alianza estratégica con Estados

Unidos, dando un nuevo giro a la cooperación militar y estableciendo objetivos estratégicos comunes.

Por su parte, China, en su autoproclamado “ascenso pacífico”, y los países vecinos dan actualmente algunas muestras de estar recuperando el sistema comercial de tributos, en el cual tradicionalmente el centro otorgaba más beneficios de los que recibía para configurar un entorno estable y seguro.

La posible centralidad de China colisiona, sin embargo, con obstáculos internos. Indudablemente, de manera gradual y manteniéndose firmes sus instituciones pese a las críticas recibidas por la falta de una transición política hacia la democracia, el país ha hecho con gran éxito su transición de la economía planificada a la economía de mercado, a diferencia de los países de la Europa del Este y de la antigua URSS, que han sufrido graves caídas de producción, con las importantes consecuencias que ello ha provocado en la calidad de vida de sus habitantes.

El proceso de apertura del país, que marcaba un hito con la adhesión a la OMC en 2001, ha propiciado que China hoy, con un crecimiento económico medio próximo al 10% anual desde el inicio de las reformas en 1978, se haya convertido en la cuarta mayor economía y en la tercera potencia exportadora mundial. Sin embargo, China es aún un país en vías de desarrollo, con grandes incertidumbres por delante como la de la evolución de su sistema político y que, además, debe afrontar múltiples fracturas sociales y ambientales derivadas de su industrialización y de la asunción de mecanismos propios del neoliberalismo económico.

Además de retos como el del envejecimiento de la población, fruto de la política del hijo único, con el problema de género añadido, o como los que suponen las epidemias, la corrupción, la fragilidad del sistema financiero o la contaminación, China se enfrenta al riesgo de ser uno de los países con mayor desigualdad de renta en el siglo XXI si no tiene éxito la cuarta generación de dirigentes encabezada por Hu Jintao en su propósito de construir una “sociedad armoniosa” moderando el énfasis en el crecimiento y dedicando más recursos al campo y a los servicios sociales, con mayores gastos en sanidad y educación que podrían contribuir a desarrollar en mayor medida el mercado interior chino y a depender menos del comercio exterior.

Al intentar reducir el consumo de recursos, se impulsa actualmente un modelo de crecimiento en el cual se pretende que los avances tecnológicos permitan hacer del país no sólo un centro de producción (“el taller del mundo”), sino también un centro de innovación que tiene ya como objetivo prioritario crear estándares tecnológicos propios que contribuirán a moderar la dependencia tecnológica y que podrían marcar tendencias de alcance regional o incluso mundial. Y es que hasta ahora el crecimiento de China se ha basado, en buena parte, en la industria pesada y química, perjudicial para el medio ambiente, intensiva en capital y en consumo de recursos naturales que –absorbidos también por la urbanización intensiva– se han multiplicado de precio poniendo en peligro la estabilidad de su crecimiento.

De esta manera, con dependencia externa de recursos naturales y energéticos y con una población que supera los 1.300 millones de habitantes, China ha tenido que recorrer a los mercados internacionales y utilizar su *soft power*² para construir un sistema propio de alianzas

² N. del ed.: Concepto acuñado por el profesor Joseph Nye en los años noventa. Según sus propias palabras: “el *soft power* es la capacidad para obtener lo que queremos seduciendo y persuadiendo a los otros para que adopten nuestros objetivos. Se diferencia del *hard power* en la capacidad para utilizar los incentivos y las amenazas de la

en Asia-Pacífico que le asegure el acceso a los recursos y que evite que se quede aislada por Estados Unidos y sus aliados, un hecho que –temen los líderes chinos– podría poner en peligro la continuidad del crecimiento económico. Es el caso de la política de la “sarta de perlas”, con un incremento de la presencia china en “el arco de inestabilidad” que, desde Oriente Medio hasta las costas de China, conecta con los proveedores de recursos energéticos.

Esta es una dinámica que, en todo caso, desafía la capacidad de influencia de Estados Unidos en la región, como ejemplifica su exclusión de la Cumbre de Asia Oriental que se celebró en Kuala Lumpur en 2005, en la cual los países de la ASEAN+3³, con India, Australia y Nueva Zelanda, y Rusia como observador, se comenzaron a plantear la ambiciosa propuesta de crear la mayor área de libre comercio del mundo, y que superaría en dimensión a la que China y la ASEAN se comprometieron a establecer para el año 2010.

El regionalismo es, a partir de la segunda mitad de los años noventa, y acentuado como reacción a la crisis financiera de 1997, una de las actuales tendencias clave que puede estar en la base de un nuevo orden regional; tendencia eminentemente económica que ha ido acompañada, no obstante, del debate sobre los “valores asiáticos”, que prefiguran una posible ideología cohesionadora en la dimensión más política. Sin embargo, habrá que avanzar en los procesos de reconciliación, y es que en el noreste de Asia la integración regional se ve desafiada por las heridas abiertas de la historia y por los nacionalismos que se activan no sólo entre China y Japón, sino también en la península coreana, pese al acercamiento que ha supuesto la *Sunshine Policy*⁴. También continúan existiendo tensiones entre la península coreana y Japón, una relación que mejoró a raíz de la organización conjunta del mundial de fútbol de 2002 entre Seúl y Tokio pero que continúa marcada por la ocupación japonesa de comienzo de siglo y por la pervivencia de la Guerra Fría con Corea del Norte, con la incógnita nuclear que la agrava, desde que Pyongyang abandonó el programa de no proliferación en 2003.

Finalmente, en el regionalismo asiático intervienen también los vectores que otras potencias intenten introducir, como por ejemplo la Unión Europea, en la promoción de un regionalismo abierto e inclusivo que evite la pérdida de acceso a mercados tan importantes, ya que las oportunidades de proyectar el propio poder sólo están presentes si se mantiene la estabilidad y no se institucionalizan bloques regionales cerrados, competidores con la propia UE. Estados Unidos, en cambio, puede tener, respecto al regionalismo asiático, la preocupación añadida de que este conduzca a la configuración de una “gran China” en la que Beijing llegue a hacer del yuan divisa de comercio internacional alternativa al dólar, como de hecho ya podrían estar dispuestos a aceptar los países de la OPEP, que de esta forma vería incrementada su centralidad regional y la posibilidad futura de cuestionar la hegemonía norteamericana en el sistema internacional.

¿Y la India?

política económica y militar para que los otros se sometan a nuestra voluntad”. *International Herald Tribune*, 10 de enero de 2003.

³ N. del ed.: ASEAN+3, proceso iniciado en 1997, es uno de los marcos más importantes del nuevo regionalismo asiático; el fórum donde se articula la cooperación entre la ASEAN (Asociación de Países del Sureste Asiático) y tres países del noreste asiático: Japón, China y Corea del Sur.

⁴ N. del ed.: Política de acercamiento y cooperación de Corea del Sur hacia Corea del Norte encaminada a alcanzar la reconciliación en la península coreana y la posterior reunificación. Esta nueva doctrina se inició en 1998 por el entonces presidente surcoreano Kim Dae Jung, a quien en el año 2000 se le concedió el Premio Nobel de la Paz en reconocimiento a esta iniciativa.

La mayor parte de los indicadores económicos sitúan a China por delante de la India, en parte porque este país inició más tarde su proceso de apertura económica: a comienzos de los años noventa y de la mano del actual primer ministro, Manmohan Singh. Sin embargo, se espera que la India sea capaz de hacer frente a retos como el de la persistente pobreza, las tensiones comunales –con un incremento del fanatismo religioso–, o el de las epidemias, y que mantenga las altas tasas de crecimiento de los últimos años hasta consolidarse como polo económico regional y actor de primer orden en la economía mundial, como ya parece indicar su protagonismo creciente en el Foro Económico de Davos.

A pesar de que la industria no se ha desarrollado tanto en la India, en parte por la falta de infraestructuras y en parte por las dificultades que genera su burocracia, en comparación a China, encontramos a su favor algunos elementos como el demográfico, con una población en edad de trabajar que continuará creciendo; el tecnológico, con posiciones pioneras en sectores como el de la biotecnología o el de las tecnologías de la información; o el del sistema político, que hace de la mayor democracia del mundo un país aparentemente menos vulnerable a la inestabilidad política.

En cualquier caso, el dinamismo económico de la India ha ido acompañado de una nueva inserción al concierto internacional; con un papel más activo y extravertido, tal y como demuestra su candidatura para obtener un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, una de las más sólidas. Pese a que había adoptado la posición de no alinearse durante la Guerra Fría, la India mantenía estrechos vínculos con la URSS, de tal manera que –con su desmembramiento– se vio obligada a emprender las reformas que una década antes había iniciado China, apostar más por el regionalismo y diversificar sus relaciones exteriores.

Una de las dimensiones más nuevas de la política exterior de la India es la de las relaciones con Estados Unidos, tradicionalmente fría, pero que el Gobierno de la derecha nacionalista del BJP comenzó a encarar con mayor pragmatismo y que Estados Unidos, por otro lado, impulsó a raíz del 11-S y, en parte, para contener a China en el Índico. Las sombras que ponen en cuestión el futuro de este eje, como las relaciones estratégicas de Estados Unidos con Pakistán o las dificultades que este vínculo impone a las relaciones de la India con Irán, importantes en clave energética, no impiden avances tan importantes como el del fin del embargo que se decretó a causa de las pruebas nucleares de 1998. El acuerdo histórico firmado en 2006 da acceso a la India a tecnología y combustible nuclear de uso civil norteamericanos, pese a que, viéndolo como una aceptación tácita de la condición de la India como potencia nuclear, este es un paso atrás en los esfuerzos de no proliferación en Asia, introduciendo además un criterio diferente respecto a Irán o Corea del Norte.

También es nueva la mejora de las relaciones con China, que en cierta forma responde así al acercamiento norteamericano al Índico. Después de décadas de una India “pinzada” por China y Pakistán, y de la guerra que las enfrentó en 1962, China e India progresan en el paulatino restablecimiento de las relaciones desde 1998 (cuando el ministro de Defensa de la India calificó a China de “amenaza número uno” para justificar los ensayos nucleares) sobre la base de potenciar el comercio bilateral, de solucionar problemas territoriales y políticos pendientes y de evitar los conflictos por el aprovisionamiento energético, conscientes sus líderes de que con la cooperación pueden ganar mucho. Y es que, con la complementariedad de sus economías, China, manufacturera y constructora de infraestructuras (el *hardware*), e India, especializada en servicios atados a las tecnologías de la información (el *software*), a pesar de que con posiciones cada vez más destacadas en el sector textil y farmacéutico, pueden tener conjuntamente un

papel de gran importancia en el escenario internacional; un elemento que hay que tener en cuenta y que últimamente se ha denominado "Chíndia".

Epílogo: las potencias emergentes y el papel de la UE

En un informe de 2003 del banco de inversiones Goldman Sachs se afirma que en menos de 40 años las economías de las principales potencias emergentes, las denominadas BRIC (Brasil, Rusia, India y China) podrían sobrepasar el volumen del G6 (Reino Unido, Francia, Alemania, Italia, Japón y Estados Unidos), con China e India como primera y segunda economías mundiales respectivamente, según las últimas actualizaciones del informe.

Con este posible escenario por delante, la UE ha elevado a la categoría de estratégicas sus relaciones con China (desde 2003) e India (desde 2004) con el reto añadido de que, en un momento de *impasse* en la construcción política europea, las relaciones bilaterales de los Estados Miembros con las potencias emergentes puedan dañar la solidez del conjunto como actor internacional de una sola voz y la credibilidad del proyecto europeo como modelo de gobernanza global o regional para las potencias emergentes.

Además del hecho de que comercialmente Europa tenga que hacerse valer en aquellos sectores en los cuales tiene posiciones avanzadas, como por ejemplo el de la tecnología y la ciencia, la emergencia de nuevas grandes potencias económicas ofrece elementos de reflexión sobre posibles respuestas a los retos que plantea la globalización y también ejemplos de cómo la UE y sus Estados Miembros pueden tomar parte en la modulación del sistema internacional. El espacio que queda nos permite dar alguna muestra de ello.

Un ámbito en el que Europa está ejerciendo su *soft power* con un éxito considerable es el de Asia Oriental. Ante el multipolarismo que puede implicar la emergencia de China, la UE no sólo ha promovido la cooperación regional de la ASEAN+3 para integrar diferentes voces en un único interlocutor, sino que, además, ha fomentado la construcción de marcos de diálogo multilaterales e interregionales como el ASEM (*Asia Europe Meeting*), que ofrecen la oportunidad de definir conjuntamente las normas y principios que tienen que regir la integración de una gran potencia emergente como China en el nuevo orden internacional. A pesar de que Europa tiene que tener en cuenta la dimensión transatlántica en sus relaciones con Asia Oriental, como se demostró en la marcha atrás en el levantamiento del embargo a la venta de armas a China, existe la oportunidad de ejercer una política propia a favor de un conjunto eurasiático más integrado; una política más compleja y multidimensional que la de Estados Unidos, que tiene una aproximación más "dura" y que gira en torno a un dilema compromiso-contención con China, sin tener en cuenta los condicionantes regionales ni suficiente confianza respecto al *soft power* que China desarrolla en la región.

Ciertamente, desde Europa se pueden ofrecer experiencias que pueden ser inspiradoras para los países asiáticos como, por ejemplo, el del Estado de Bienestar en la conjugación de la economía de mercado con el principio de la redistribución de la riqueza, la reconciliación franco-alemana como ejemplo de superación de las heridas del pasado, la reunificación de Alemania para el caso de la península de Corea o experiencias de transición política como la española para los regímenes que tienen pendiente una democratización del sistema político.

El gran dinamismo asiático, por su parte, ofrece a los europeos algunas claves para mantener un papel importante en la economía global. Y es que casos como el de Singapur nos muestran la importancia de poder consensuar proyectos de futuro y de emprender las acciones necesarias

para alcanzarlos, ya que, al contrario, será muy difícil para las democracias occidentales competir con países que –ya sea por las características de sus sistemas políticos o por la importancia de determinados valores socioculturales– son capaces de invertir estratégicamente en ámbitos que no ofrecen réditos electorales inmediatos, como por ejemplo los de la educación o la I+D. Este es uno de los retos que el ascenso de Asia plantea a Europa.

Referencias bibliográficas

DD.AA. *El milagro chino visto desde el interior. Puntos de vista de autores chinos*. Madrid: Editorial popular, 2006.

FRANKEL, Francine R. (ed.). *Transforming India: Social and Political Dynamics of Democracy*. Nova Delhi: Oxford University Press, 2000.

GOLDEN, Seán y SPOOR, Max (eds.). *Desarrollo y transición en Asia*. Barcelona: Edicions CIDOB, 2005.

GUNDER Frank, Andre. *ReOrient. Global Economy in the Asian Age*. California: University of California Press, 1998.

WILSON, Dominic y PURUSHOTHAMAN, Roopa. *Dreaming With BRICs: The Path to 2050*. Global Economics paper 99. Goldman Sachs, 2003.
www2.goldmansachs.com/insight/research/reports/99.pdf

dCIDOB 100.

1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

20 años de cooperación al desarrollo reflexiones en torno a un debate inacabado.

Josep Ribera.

20 AÑOS DE COOPERACIÓN AL DESARROLLO REFLEXIONES EN TORNO A UN DEBATE INACABADO

Josep Ribera Director de la Fundación CIDOB

A lo largo de los últimos años, la Cooperación al Desarrollo ha alcanzado una madurez conceptual que contrasta con la gran dificultad de llevarla a cabo. Así se ha puesto de manifiesto con los programas de acción de las grandes conferencias de Naciones Unidas de los años noventa del siglo pasado o con la última formulación de los Objetivos del Milenio para el año 2015. A pesar de la elaboración de un discurso más o menos vertebrado sobre la cooperación al desarrollo, la realidad es que ni la buena voluntad, ni los acuerdos firmados en las múltiples conferencias internacionales que se han celebrado durante las últimas décadas han sido suficientes para que la cooperación internacional consiga la emergencia de las sociedades más desfavorecidas del planeta.

A lo largo de este artículo, y partiendo de la experiencia catalana y española, se presentan una serie de reflexiones y análisis sobre diferentes aspectos de la cooperación que permiten explicar el porqué de esta aparente paradoja, así como unas pinceladas sobre algunos elementos que deberíamos tener presentes.

De las ONGD a la sociedad

Si miramos atrás en el tiempo podemos constatar el importante papel que han desempeñado las Organizaciones No Gubernamentales para el Desarrollo (ONGD) en el campo de la cooperación al desarrollo. Han anunciado y denunciado ante la sociedad y los gobiernos la situación de desigualdad existente entre los países del Norte y del Sur, así como la injusticia que ha permitido crear y mantener esta condición.

Esta actividad de crítica y denuncia se ha hecho cada vez con más profesionalidad y conocimiento. La visión redentora-salvadora de la primera época de la cooperación, con un elevado componente de voluntarismo y bajo el paraguas eclesial, ha sido sustituida –sin menospreciar a la precedente– por un perfil de nivel más técnico que, eso sí, olvida a menudo la empatía de la cooperación bajo una querida costra de asepsia. Paralelamente, las organizaciones de los países donde se coopera se han hecho cada vez más cómplices de las ONGD y participan, a diferentes niveles, en el propio proceso de cooperación, pese a que se trata sólo raramente de una colaboración entre iguales.

Estas dos tendencias que ha experimentado la cooperación realizada por las ONGD –en principio positivas– no han conseguido disimular las limitaciones del instrumento por excelencia utilizado en la cooperación: el proyecto. La poca flexibilidad de esta herramienta y su caducidad, la han convertido demasiado a menudo en una manera menos fría –pero no necesariamente más eficaz– de transferir recursos de las entidades donantes (las que financian y quieren una rápida visibilidad de los resultados y el control de sus donaciones, hecho que favorece el encorsetamiento del proyecto) a las entidades, instituciones o sociedades receptoras.

Viendo las limitaciones propias a su naturaleza, con el tiempo el proyecto se ha incorporado a una realidad más compleja y más ambiciosa, el programa, donde junto con otros proyectos contribuye a dar una imagen de actuación más integral y más perdurable en el tiempo. La realidad es que, con honrosas pero escasas excepciones, la mayor parte de programas no han conseguido alcanzar los objetivos para los que fueron pensados y diseñados más allá del tiempo

en que se ha mantenido un apoyo externo, tanto económico como humano. Hay que añadir a esta reflexión la pérdida de horizontes que llegan a sufrir muchas entidades de cooperación que acaban confundiendo la herramienta con el objetivo, de manera que se cae en el riesgo de que el proyecto sea la razón final de la existencia de la ONGD y el objetivo por el que se trabaja, y no el medio para alcanzar un fin.

La cooperación se percibe como insuficiente *per se* y es necesario hacer una pausa para la reflexión, autocrítica y comenzar a pensar y elaborar un vínculo más claro con el desarrollo, proceso no ausente de complejidad y dificultades diversas. El objetivo de reducir la pobreza y de establecer unas relaciones de más equidad entre los países y pueblos, reiterado a lo largo del debate sobre la cooperación, se estrella una vez tras otra, con las limitaciones de las propias ONGD y de sus herramientas. La distancia entre objetivo y realidad se mantiene –e incluso se incrementa– pese a los generosos esfuerzos humanos y económicos. La incoherencia entre las políticas llamadas de cooperación y las comerciales o financieras entre países es la razón y la causa principal para entender este fracaso.

Llegados a este punto, podemos concluir que el desarrollo no se consigue únicamente a partir del esfuerzo de las entidades no lucrativas, el personal voluntario, las donaciones y las subvenciones. El desarrollo es responsabilidad de cada comunidad y de cada país. Sin la implicación de las instituciones públicas que lideren el diseño y la ejecución de las políticas de desarrollo no hay garantías de sostenibilidad de la ayuda que llega desde fuera. Más aún, antes de aceptar contribuir al desarrollo de otros países, voluntarios y cooperantes deberían asumir su responsabilidad en el desarrollo de su país. Sólo con el liderazgo institucional y la participación social la ayuda dejará de ser una huida, y podrá convertirse en una verdadera cooperación al desarrollo.

La cooperación cuestiona nuestro desarrollo

La cooperación al desarrollo cambiará y podrá ser eficaz en la consecución de sus objetivos en el momento en que personas comprometidas y experimentadas en su profesión, vinculadas a la acción cívica y política de su propio país, colaboren con personas igualmente comprometidas en otro país, y que en su acción se comprometan también las instituciones en las cuales trabajan. La colaboración que se establece entonces entre personas, entidades y organizaciones es una colaboración entre iguales –verdadera cooperación– a través de la cual se identifican los objetivos comunes y se intercambian los conocimientos y las personas adecuadas por su experiencia para llevarlos a buen puerto. De esta manera, aquello que se pone en relación son las instituciones que están de acuerdo en colaborar en acciones conjuntas para mejorar lo que ya están haciendo. Si en este proceso –que es en sí mismo cooperación al desarrollo– se llega a la conclusión de que es necesario elaborar conjuntamente un proyecto o realizar una determinada transferencia de recursos entre las entidades, éstos recuperarán el papel primigenio de herramientas de cooperación, pero no serán los objetivos finales de la acción.

Esta nueva perspectiva que se ofrece es mucho más abierta y obliga a una reflexión más global. La cooperación así entendida nos lleva a descubrir y cuestionar nuestro desarrollo –nuestro nivel de vida– en relación con el de aquellas personas e instituciones con las cuales hemos aceptado trabajar de una manera continuada y que para hacer lo que pretendemos –modestamente, ir cambiando las cosas– nos necesitamos mutuamente. La inevitable comparación nos obliga a repensar la situación que ambos vivimos y disecar los elementos que se retroalimentan y perpetúan el *statu quo*.

No podemos decir que el trabajo llevado a cabo hasta ahora no haya servido de nada. Lo que se está haciendo es válido y debemos continuarlo, más y mejor, pero al mismo tiempo tenemos que aprender a encauzar las reacciones de solidaridad hacia la transformación de nuestra realidad a través de medidas que respeten los intereses de todos. En caso contrario, las cosas continuarán tal y como están.

En este sentido, las manifestaciones de nuestros gobernantes y de las instituciones multilaterales sobre cómo reducir la pobreza, disminuir el hambre, o los numerosos y reiterativos programas sobre África no son creíbles porque no hay suficiente fuerza democrática dentro de cada país, ni en el ámbito internacional, que lo exija. Sus proclamas y sus programas no dejan de ser expresiones de buena voluntad fruto de esta reacción primaria que sentimos todos ante la situación tan degradada en la cual viven más de dos terceras partes de la humanidad. El cambio real sólo puede venir de la disposición a cambiar de las sociedades acomodadas del mundo. Los tejidos social y económico y su articulación política no quieren estar sin hacer nada pero tampoco quieren arriesgar su nivel de vida con *aventuras tercermundistas*. De aquí las donaciones de dinero, de excedentes alimenticios, de años y de ilusiones de la juventud que se ha desplazado voluntariamente para ejercer su vocación de cooperante.

Al final de los años sesenta y principios de los setenta esta visión que relativizaba el papel de la cooperación si no se confrontaba con el cambio de desarrollo en las sociedades ricas, había tomado fuerza en el pensamiento de muchos actores de la cooperación. Es en esta época cuando, consecuentemente, nacen muchos centros e institutos dedicados al desarrollo y a las relaciones internacionales, entre los cuales el CIDOB, aún no constituido como fundación.

Marcos legales y liderazgo: complicidad en la cooperación

A mediados de los años ochenta del siglo pasado, el proceso de integración de España a la Comunidad Europea estimuló la revisión de las relaciones que hasta ese momento se establecían entre España y muchos países en desarrollo, en especial de América Latina y del Magreb. El crecimiento económico del cual gozaba España durante aquellos años llevó a exportar a otros países parte de los beneficios de su propio desarrollo, pero fueron sobre todo la presión interna de la sociedad civil y las obligaciones contraídas al convertirse en miembro del Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) (diciembre 1991), los verdaderos detonantes de este cambio de perspectiva.

Se puede decir que, a pesar de relaciones previas con los países en desarrollo de estas áreas geográficas, la política española de cooperación al desarrollo comienza a definirse con la puesta en marcha del Plan de Cooperación Integral para América Central (1984). Posteriormente, y paralelamente a su política exterior, se crean la Secretaría de Estado de Cooperación Internacional y para Iberoamérica (SECIPI) (1985), la Comisión Interministerial de Cooperación Internacional (1986) y la Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI) (1988). A pesar de estos avances aún deberemos esperar varios años antes de que se elabore la Ley de Cooperación Internacional para el Desarrollo (1998) y la concreción de la proyección internacional de la cooperación a través del Plan Director de la Cooperación Española 2005-2008 (SECIPI, 2005).

En Cataluña la cooperación que se realiza a partir de la recuperación de la democracia se acaba definiendo a partir de la creación del Consejo Asesor de Cooperación al Desarrollo (1995), órgano colegiado consultivo y de participación externa, adscrito al Departamento de Presidencia a través de la Dirección General de Relaciones Exteriores; y con la ley de Cooperación al Desarrollo (2001).

La elaboración de estas leyes de cooperación estatal, catalana y de la mayoría de comunidades autónomas, así como de sus respectivos planes directores, encontró bastantes dificultades a la hora de encontrar el momento de ponerse a trabajar; en cambio, su redacción fue fácil pero se hizo –por su urgencia– con excesiva precipitación. Se trataba básicamente de recoger los principios, valores, mecanismos e instrumentos de cooperación, cosa que ya estaba hecha a partir de la experiencia decana de muchos países y había llegado a los debates de Naciones Unidas, del CAD y a la misma UE. Su adaptación al marco español o catalán se ha hecho sin problemas, pero ha faltado el debate necesario más allá del existente sobre sectores y países prioritarios, o sobre el compromiso de los gobiernos en torno a la partida presupuestaria y al objetivo de que la ayuda económica llegue al 0,7% del PIB.

Los debates de fondo se están haciendo y necesitan tiempo y el esfuerzo de todos. Ya hemos visto antes cómo las limitaciones del sistema de cooperación obligan a reflexionar sobre nuestro desarrollo como sociedades ricas. La política de cooperación, si no quiere vaciarse de contenido, tiene que consensuarse con los actores más implicados y llegar al tejido social, económico y político, que es el que tiene que conocerla y seguirla. Sin contar con éstos no será posible conseguir coherencia entre la política de cooperación y las otras políticas que dificultan o, incluso, se contradicen con el desarrollo buscado con la cooperación.

Es importante que la política pública de cooperación lidere el proceso, sea un referente para la sociedad en su conjunto y para todos los actores de la cooperación en particular ya que, pese a las dificultades, es la única que puede mantener el desarrollo como objetivo. Una política pública de cooperación al desarrollo, democráticamente establecida, puede liderar el conjunto de la cooperación buscando convergencias entre todos los actores y evitando la dispersión actual existente. Los consejos asesores, formados por técnicos gubernamentales, municipales, de las ONGD, los sindicatos, las organizaciones empresariales, las universidades y expertos, y creados para la consulta y la potenciación de la participación externa en cooperación, se mueven en esta dirección y tienen un papel clave al conseguir, mediante el impulso, la iniciativa y el asesoramiento, la obtención de este liderazgo.

Epílogo: de la educación a la cooperación

El paso a la cooperación internacional no se puede realizar sin más. Es necesario un trabajo y una reflexión previos sobre el papel desempeñado en la sociedad de origen antes de levantar la mirada y el vuelo hacia el exterior. Y éste es un gran reto aún por resolver, ya que hay una gran falta de proceso educativo interno, de educación cívico-política de cara a la implicación en el propio país. Si el ciudadano no ha adquirido un compromiso con su sociedad y las estructuras de su país, si no hay una consideración hacia el bien común propio, ¿cómo se puede justificar y garantizar el paso hacia la esfera internacional? En este punto se podría pensar en dar más amplitud al papel de los consejos asesores de manera que fueran los impulsores de una cultura política. Una vez recogidas las inquietudes de los tejidos social, económico y político que conforman los consejos, es preciso que se convierta en la base de la educación cívico-política necesaria, que permita, una vez asimilada en el ámbito de la ciudadanía, vincularla con la cooperación internacional.

Referencias bibliográficas

SECIPI. *Plan Director de la Cooperación Española (2005-2008)*. www.aeci.es/01aeci/6normativa/1admon/ftp/1planes/pd_esp.pdf, 2005.

dCIDOB 100.

1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

Una aproximación a las migraciones internacionales la complejidad y diversidad de la movilidad humana a finales de siglo.
Gemma Pinyol.

UNA APROXIMACIÓN A LAS MIGRACIONES INTERNACIONALES LA COMPLEJIDAD Y DIVERSIDAD DE LA MOVILIDAD HUMANA A FINALES DE SIGLO

Gemma Pinyol Coordinadora del Programa Migraciones, Fundación CIDOB

[del II. migrare]: una constante histórica

Migrar describe sencillamente la acción de ir de un lugar a otro: una actividad presente a lo largo de la historia de la humanidad y con una capacidad notable de transformación social. Sólo debemos recordar los movimientos humanos acontecidos durante la revolución neolítica y los desplazamientos de población que acompañaron la construcción de los grandes imperios de la época clásica, así como el ingente trasvase de población rural hacia las concentraciones urbanas que acompañó a los procesos de industrialización, o los movimientos forzados de población que caracterizaron el período de la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de que los movimientos humanos son una constante histórica, lo cierto es que, en estas últimas décadas de entresiglos, estos han adquirido unas dimensiones y una notoriedad desconocidas. En un mundo globalizado, con economías fuertemente relacionadas e interdependientes, con importantes movimientos transfronterizos de capitales y mercancías y con nuevas tecnologías que facilitan los flujos y las comunicaciones entre diferentes partes del mundo, el factor humano se ha convertido en uno de los grandes protagonistas transnacionales de la mundialización.

Según datos de Naciones Unidas, actualmente cerca de 200 millones de personas son migrantes internacionales, lo que convierte a este colectivo heterogéneo y diverso en la quinta *nacionalidad* del mundo, con un volumen de población numéricamente similar a la de Brasil. Es importante, sin embargo, señalar que pese a la importancia de la cifra, sobre una población global próxima a los 6.500 millones de habitantes, el número de personas que viven y trabajan en lugares diferentes a los que han nacido es muy inferior a lo que podríamos pensar, y relativamente inferior a los movimientos de personas que se produjeron en siglos anteriores. Actualmente, poco más de un 3% de la población mundial es migrante¹.

Las migraciones son un fenómeno diverso y complejo, multidimensional y multicausal. Sería osado intentar analizar todas las facetas de un fenómeno que está en constante evolución y que es, a la vez, un factor determinante para explicar muchas de las transformaciones políticas, sociales y culturales que viven las sociedades de origen y de destino. El objetivo de estas líneas es, por lo tanto, mucho más modesto: proporcionar una perspectiva general que permita conocer las principales teorías en torno a las dinámicas migratorias internacionales y cómo se ha rediseñado, en las últimas décadas, el mapa global de las migraciones.

Aproximaciones teóricas sobre las migraciones

A pesar de la dificultad inherente para intentar explicar el acto, individual o colectivo, de migrar, y que desde la perspectiva demográfica se define como de carácter renovable y no fatal –es decir, que se puede llevar a cabo más de una vez y no es inevitable–, diferentes teorías han intentado comprender y analizar el fenómeno de las migraciones a lo largo de la historia.

¹ No está de más recordar que los equívocos que siempre existen cuando se intentan plasmar los flujos migratorios en cifras se acentúan notablemente cuando se hace referencia a su dimensión planetaria.

En realidad, estas teorías pretenden definir cuáles son los factores *push/pull* que explican las causas de las migraciones. Por una parte, los factores *push*, o de expulsión, son aquellos que se producen en el país de origen del migrante y que condicionan su partida, mientras que, por otra, los factores *pull*, o de atracción, hacen referencia a las condiciones que se dan en los países de destino y que son suficientemente atractivas para que se inicie un proyecto migratorio. En general, los factores de atracción y de expulsión se ajustan a las condiciones socioeconómicas y demográficas (paro, nivel salarial, etc.), a razones políticas y culturales (derechos cívicos, políticos y culturales, percepción de seguridad, credibilidad institucional, etc.) y, más recientemente, a motivos ambientales (desastres naturales, acceso a los recursos hídricos, etc.). Las políticas migratorias, en la medida en que incentivan o limitan la circulación de personas, también son un factor determinante para explicar las dinámicas migratorias.

A finales del siglo XIX, E.G. Ravenstein publicó *Las leyes de las migraciones*, en que señalaba que la economía era el factor clave que explicaba las migraciones y afirmaba que estas crecían en la medida en que mejoraban el desarrollo industrial y los medios de transporte. En *Una teoría de las migraciones* de 1966, E.S. Lee afirmaba que la migración era el resultado de la ecuación entre beneficios y costes de los factores de atracción y de expulsión, que eran básicamente, pero no únicamente, de carácter económico.

Desde una perspectiva económica, articulada a través de la teoría neoclásica, se analizarán los flujos migratorios hasta la década de los setenta. Según esta teoría, la decisión de migrar es el resultado de la valoración racional de factores como las diferencias salariales y la maximización del rendimiento del trabajo. La desigual distribución espacial de factores como el capital y el trabajo explica los movimientos de trabajadores que se dirigen de los países con mano de obra abundante y salarios bajos a países con mano de obra escasa y salarios elevados. Según la teoría neoclásica, las migraciones supondrían la corrección de las desigualdades originales, y se cerraría el círculo en la medida en que, gracias a la equiparación de salarios, las migraciones dejarían de tener sentido.

El crecimiento económico que se vivió después de la Segunda Guerra Mundial, la globalización incipiente de la economía y los procesos de desarrollo unidos a la descolonización sustentaron la validez de este paradigma, en la medida en que la teoría neoclásica describía efectivamente la mayoría de flujos migratorios de la época. Los motivos económicos servían para explicar las migraciones internacionales que se dirigían a los tradicionales países de inmigración y a buena parte de los estados europeos durante las décadas de los cincuenta y sesenta. Quedaban, así, en segundo término, las razones políticas y étnico-culturales que, por ejemplo, explicaban los importantes movimientos forzados de población acaecidos durante el período de entreguerras e inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial². En este escenario, surgen nuevas fórmulas que inciden en la vertiente económica de las migraciones, como el concepto de *guestworker* o trabajador invitado³. El Gobierno alemán, por ejemplo, llevó a cabo el *Gastarbeiterprogramm* durante los años cincuenta y sesenta, y firmó acuerdos con Italia, Grecia, Turquía, Portugal y Yugoslavia para recibir trabajadores de manera temporal. Por su parte,

² En 1951, bajo la lógica de la Guerra Fría y en la Europa convulsa posterior a la Segunda Guerra Mundial, aparece la Convención de Ginebra que consolida la figura del refugiado y se convierte en el primer instrumento internacional de protección de la misma. Por su especificidad, los movimientos de refugiados no son objeto de estudio en este artículo.

³ Entre los nuevos desarrollos teóricos destaca el modelo Lewis (1954) de la economía del desarrollo o la teoría del mercado dual de Piore (1979). Por otro lado, y según Kindleberger (1967), el trabajador invitado era una solución a corto plazo para el crecimiento económico europeo, porque favorecía la recuperación económica y mantenía controlada la inflación.

Estados Unidos ya había inaugurado en 1942 el *Programa Bracero*, que permitió a casi 50.000 mexicanos trabajar temporalmente en el sector agrícola de este país.

A partir de la década de los setenta, y especialmente desde la crisis del petróleo de 1973, la primacía de este paradigma comienza a hacer aguas. Pese a que buena parte de las premisas neoclásicas continuaban vigentes para entender los flujos migratorios, también evidenciaba que una única perspectiva no era suficiente para explicar la heterogeneidad y complejidad de un fenómeno en constante transformación. La teoría neoclásica no prestaba la suficiente atención al factor político, que a partir de entonces se convirtió en un elemento incisivo en la libre circulación de trabajadores, ni a otros factores de tipo social o cultural. La consecución de un nivel de bienestar suficientemente satisfactorio para desincentivar la migración pese a la existencia de sueldos más elevados en otros lugares es una circunstancia, por ejemplo, que no tiene cabida en este marco conceptual y que, en cambio, explica la relativamente baja movilidad laboral existente entre los países de la Unión Europea.

En las últimas décadas del siglo XX y principios del XXI, el debate teórico sobre las migraciones crece notablemente e incorpora nuevas perspectivas al estudio de las migraciones internacionales. Se asume que las migraciones son, por definición, un fenómeno complejo y dinámico que, como tal, necesita ser analizado desde múltiples facetas y dimensiones. A diferencia de lo que había acontecido previamente, ya no se trataba de construir un nuevo paradigma holístico, sino de intentar explicar las diversas causas y ritmos del fenómeno migratorio. Aparecen nuevas teorías sobre la inmigración que señalan la importancia de las redes sociales como factor determinante en la perpetuación de los flujos migratorios y se apuntan factores psicológicos o familiares que explican las estrategias migratorias⁴. Para acabar con este breve repaso, la teoría del sistema migratorio de Zlotnik (1992) señala que, en general, los flujos migratorios surgen entre puntos de origen y destino donde ya existían vínculos políticos (influencia, antiguas colonias, etc.), económicos (comercio, inversión, etc.) o culturales, que también pueden explicar los patrones de los desplazamientos turísticos o de los estudiantes internacionales.

Geografía de las migraciones contemporáneas

Desde el siglo XVI, cuando nueve de cada diez migrantes internacionales eran europeos que se dirigían a otros países, Europa ha sido el centro del mapa de las migraciones internacionales. Como continente de origen, Europa fue la principal emisora de emigrantes internacionales hasta mediados de siglo XX. En la búsqueda de nuevos mundos, huyendo de las penurias económicas o de las persecuciones políticas y religiosas, muchos europeos se dirigieron durante siglos a países como Estados Unidos, Canadá, Australia, Argentina, Brasil y Sudáfrica. Todos son países tradicionales de inmigración y, en mayor o menor medida, conciben la inmigración como un elemento constitutivo de su propia identidad.

A partir de la década de los cincuenta, muchos países europeos se incorporaron a la lista de países de destino privilegiado de los flujos internacionales, y en este proceso de transformación, los orígenes de las migraciones internacionales variaron notablemente. Nuevos países de origen otorgaron mayor diversidad étnica y cultural a los países de acogida de los flujos migratorios. Esta heterogeneidad también supuso el surgimiento de ideologías y conceptos que, desde entonces, intentan gestionar la creciente diversidad cultural. Multiculturalismo, asimilacionismo, interculturalidad, *melting pot*, gestión de la pluralidad o integración se han convertido, entre otros, en conceptos habituales en los debates sobre la inmigración.

⁴ D.S. Massey (1987) describe la importancia de las redes sociales, mientras que O. Stark (1991) plantea las migraciones como una estrategia familiar.

Entre la década de los cincuenta y principios de los setenta, y a medida que se diversifican los orígenes de los trabajadores extranjeros, Asia, África y América Latina comienzan a tener mayor peso como regiones emisoras de flujos migratorios de carácter internacional. Por una parte, los programas de contratación de mano de obra extranjera que inician Alemania, Bélgica o Francia se dirigen a países vecinos o a las antiguas colonias –el sur de Europa y el Mediterráneo, principalmente– mientras que Australia y Estados Unidos eliminan la prohibición de entrada de nacionales asiáticos, al mismo tiempo que este último país ve cómo se incrementa la diversidad de nacionalidades iberoamericanas que acceden a su territorio a través de México.

La crisis del petróleo de 1973 significa un importante punto de inflexión en la geografía de las migraciones internacionales. Europa se consolida, pese a sus políticas de inmigración cero y gracias a los programas de reagrupación familiar, como destino de flujos migratorios permanentes, y los países del Golfo Pérsico se confirman como nuevos polos de atracción migratoria. Los cambios económicos y tecnológicos de los años ochenta y noventa también conforman nuevos escenarios de destino, como los *tigres asiáticos* que reciben buena parte de los flujos migratorios procedentes del Sureste Asiático. En el escenario europeo, las migraciones posteriores a los años setenta significan la superación del mito de la inmigración de retorno y la consolidación (como en los países tradicionales de acogida) de sociedades plurales y diversas gracias también, y no únicamente, a la inmigración. En cambio, los modelos migratorios del Golfo Pérsico y Asia Oriental siguen apostando por la importación temporal de mano de obra extranjera, limitando el asentamiento permanente y la integración social de los migrantes.

La aparición de nuevos orígenes y rutas, así como las transformaciones inherentes a la mundialización, explican el hecho de que la figura del migrante haya adquirido una nueva dimensión global. Actualmente, existen migrantes en cualquier punto del planeta, y los modelos regionales de migraciones conviven con la progresiva internacionalización de los flujos migratorios. Así pues, es cierto que Estados Unidos, y en menor medida Chile y Argentina, atraen buena parte de los flujos migratorios de América Latina, y que México es origen y tránsito de las migraciones sur-norte interamericanas, pero también lo es que cada vez son más notables los volúmenes de migrantes colombianos, ecuatorianos y peruanos que, entre otros, se dirigen a Europa. Por otro lado, la transformación del sur de Europa en destino migratorio ha convertido a la UE en un dinámico polo de atracción migratoria, hacia donde se dirigen no solamente nacionales de la Europa del Este, sino también flujos provenientes de la África Subsahariana, los países andinos o Asia. Corea del Sur y Japón, y en menor medida Taiwán y Singapur, son los principales destinatarios de los flujos migratorios procedentes del Sureste Asiático, aunque los nacionales de estos países también se dirigen a Estados Unidos, la UE y los países del Golfo Pérsico, que a la vez son destino privilegiado de las migraciones indias y pakistaníes. Gran parte de las migraciones de África Oriental se concentran en Sudáfrica, mientras que los nacionales de África Occidental emigran hacia los países europeos usando al Magreb, también origen de buena parte de las comunidades inmigradas a Europa, como región de tránsito. Oriente Medio, finalmente, es la región con mayor densidad de refugiados del mundo, y Arabia Saudí acoge muchas de las migraciones procedentes de la propia región y, tal y como se ha señalado, un volumen nada desdeñable de las migraciones asiáticas. Las nuevas rutas y orígenes han confirmado, sin embargo, la primacía de unos destinos privilegiados que consolidan el modelo sur-norte de las migraciones internacionales. Según Naciones Unidas, el 75% de los migrantes internacionales se concentraban, en 2005, en sólo 28 países (véase el mapa).

A medida que las migraciones han ido adquiriendo una mayor importancia, también se han diversificado sus causas y sus protagonistas. Por una parte, la revolución tecnológica ha

supuesto la aparición de unos flujos migratorios formados por personas altamente cualificadas, mientras que los costes ambientales de determinados modelos de desarrollo económico explican los importantes movimientos de poblaciones que emigran a causa de la falta de recursos hídricos, procesos de desertificación o catástrofes naturales, entre otros problemas. Más allá de las migraciones puramente económicas, y dada la restrictiva definición de la figura de refugiado que disfruta de protección internacional, se multiplican las explicaciones de los procesos migratorios: multicausales, diversos y cada vez más complejos. Las razones que mueven los flujos migratorios no son únicamente económicas, sino también políticas y sociales; implican a la familia y las redes sociales; se ciñen a buscar un trabajo, a la reagrupación familiar o a la investigación de nuevas oportunidades de vida, entre un largo etcétera. Por su parte, el modelo de migrante estándar caracterizado como un hombre joven, de poca formación y que emprende el proyecto migratorio de manera individual está cambiando. A diferencia de épocas anteriores, cuando la mayoría de flujos migratorios eran masculinos, hoy en día casi la mitad de las migraciones internacionales contemporáneas están protagonizadas por mujeres. Aunque estas han sido mayoritarias en los flujos de refugiados y desplazados, a partir de la década de los setenta las migraciones femeninas comienzan a adquirir mayor relevancia. Las mujeres migrantes protagonizan casi la totalidad de los procesos de reagrupación familiar, y progresivamente crece el volumen de mujeres que llevan a cabo sus propios proyectos migratorios.

El reto de gestionar las migraciones

Aunque pueda parecer contradictorio, la mundialización de las migraciones ha ido acompañada por una reducción en la libertad de circulación de las personas. A partir de la crisis de 1973, la mayoría de países de destino comenzaron a aplicar medidas más estrictas de control de los flujos migratorios, y los sistemas de cuotas y las políticas de selección se convirtieron en instrumentos cada vez más habituales. Al mismo tiempo que la libre circulación se convierte en una realidad en la UE, las fronteras exteriores comienzan a adquirir mayor relevancia, y los flujos migratorios sin control se convierten en una preocupación que Europa comparte con la mayoría de sociedades democráticas de destino. A medida que los proyectos migratorios se consolidan como permanentes, se estructuran políticas de integración y se incrementan las reflexiones en torno a los retos y capacidades de acogida de las sociedades receptoras. La gestión de los temores, unidos a la pérdida de la identidad nacional –bastante delicados en unos estados europeos tradicionalmente homogéneos desde el punto de vista étnico y cultural– convive con los debates vigentes sobre derechos y deberes de los inmigrantes, especialmente sensibles cuando se hace referencia a una población vulnerable a las situaciones de abuso y explotación.

La efervescencia de debates, planteamientos y discursos que desde la década de los noventa se vive en torno a las migraciones ha servido para internacionalizar no sólo el fenómeno, sino la necesidad de gestión global de este. Por una parte, los países receptores de inmigración están incorporando la gestión migratoria en las relaciones con terceros países a través de acuerdos de readmisión de personas, convenios para la libre circulación de trabajadores, mecanismos de contratación en origen y programas de retorno voluntario o la vinculación de inmigración y desarrollo. Esta dimensión exterior de la inmigración también ha abierto un debate sobre la posibilidad de que los países de destino externalicen el control de los flujos a terceros⁵, debilitando así las garantías de trato que requieren tanto los migrantes como los solicitantes de asilo o refugio. Al mismo tiempo, los países de origen valoran positivamente la aportación económica que significan las remesas de sus emigrantes y que, en muchos casos, compensan

⁵ Sean estos terceros o bien países vecinos o, como sucede con el convenio de Schengen, las compañías de transporte aéreas o marítimas, que acaban encargándose del control de los documentos de viaje que un extranjero necesita para acceder a este territorio, sin tener la preparación necesaria para hacerlo.

las fugas de cerebros que sufren algunos de estos países, y trabajan por fortalecer sus vínculos con las redes transnacionales que vinculan los migrantes con sus comunidades de origen. Por otra parte, cada vez más instituciones supranacionales reivindican la dimensión global y transnacional del fenómeno y la necesidad, por lo tanto, de establecer respuestas conjuntas y coordinadas. Naciones Unidas ya identificó las migraciones como una prioridad para la comunidad internacional⁶, y según el informe elaborado por la Comisión Global sobre Migraciones Internacionales⁷, los estados están implementando políticas migratorias a menudo faltas de coherencia y poco coordinadas con el resto de países.

Parece, por lo tanto, que los estados afrontan uno doble reto. En primer lugar, tienen que gestionar las migraciones en el ámbito interno. Los países de destino deben establecer mecanismos de gestión eficientes con los flujos migratorios, y mecanismos de coordinación con la sociedad civil para garantizar la cohesión social. Deben avanzar, igualmente, en el reconocimiento de la aportación de la inmigración al desarrollo económico, pero también a la diversidad y pluralidad de las sociedades de acogida, al mismo tiempo que deben asegurar unos mínimos derechos sociales, económicos, culturales, cívicos y políticos. Por su parte, los países de origen deben trabajar para promover migraciones regulares que garanticen la seguridad de sus nacionales, y aprovechar la vinculación entre migraciones y desarrollo para profundizar en su crecimiento económico y bienestar social.

En segundo lugar, los estados tienen que promover iniciativas que favorezcan a la cooperación bilateral y regional, con el objetivo de garantizar la seguridad de los flujos migratorios y de luchar contra el tráfico y la explotación de personas. El proceso de construcción de la política europea de inmigración es, seguramente, el ejemplo paradigmático de la cooperación entre estados. Se está construyendo toda una estructura de cooperación en temas migratorios mediante instrumentos como el convenio de Schengen, las directivas comunes sobre asilo, la incorporación de la dimensión migratoria en los acuerdos de asociación con terceros países o los desarrollos legislativos sobre la inmigración laboral o la lucha contra la inmigración irregular. Finalmente, las iniciativas de ámbito internacional tendrían que encontrar su espacio, especialmente en todo lo que hace referencia a la protección internacional de los migrantes. Responder a retos como los derechos de los trabajadores migrantes, el binomio migración-desarrollo, la irregularidad, el papel de las redes transnacionales o los instrumentos de integración deviene más coherente en un marco global. Pese a las dificultades, parece evidente que todos estos elementos, entre otros, tendrían que ser tomados en consideración desde una perspectiva global para encontrar, también, respuestas comunes. Respuestas que no tendrían que tener como primer objetivo reducir las migraciones, sino trabajar para reducir aquellos factores que, como la pobreza, la violencia o la falta de oportunidades, son las causas profundas –y profundamente desiguales– de estas.

Referencias bibliográficas

ARANGO, J. "Inmigración y diversidad humana. Una nueva era en las migraciones internacionales". *Revista de Occidente*, 268, 5-21 (2003).

ARANGO, J. "La explicación teórica de las migraciones: luz y sombra". *Migración y Desarrollo*, 1, 4-22 (2003).

AAVV. "Inmigrantes. El continente móvil". *Vanguardia Dossier*, 22. (2007)

⁶ El informe del secretario general de las Naciones Unidas *Strengthening of the United Nations: an agenda for further change* de 2002 se puede consultar en www.un-ngls.org/Strengthening_United_Nations_an_agenda_for_further_change.pdf

⁷ El informe *Las migraciones en un mundo interconectado*, presentado en 2005 y que plantea la necesidad de articular un marco global para gestionar las migraciones, se puede consultar en www.gcim.org/es

GLOBAL COMMISSION ON INTERNATIONAL MIGRATION. *Migration in an interconnected world: New directions for action*. Switzerland: GCIM, 2005.

GUIRAUDON, V. y JOPPKE, C. *Controlling a New Migration World*. London: Routledge, 2001

MASSEY, D.S. et al. *Worlds in motion. Understanding international migration at the end of the Millenium*. Oxford: Claredon Press, 1998.

NACIONES UNIDAS. *Migración internacional y desarrollo. Informe del Secretario General*. A/60/871, 2006.

dCIDOB 100.
1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

Del multiculturalismo al transculturalismo.
Yolanda Onghena

DEL MULTICULTURALISMO AL TRANSCULTURALISMO

Yolanda Onghena Coordinadora del Programa Dinámicas Interculturales, Fundación CIDOB

“La interculturalidad, más que un área específica del conocimiento, es una perspectiva a través de la cual se puede reflexionar en torno a la diversidad de referentes, significados y relaciones que se implican en el conjunto de la humanidad. Es una especie de interrogación sobre las múltiples realidades sociales y culturales que se formula a partir del desarrollo del concepto diversidad” (Fundación CIDOB, 1996). Con esta reflexión se inició, en la década de los noventa, un programa en torno a la interculturalidad en la Fundación CIDOB.

Era una época en la cual el término intercultural únicamente se usaba para hablar de una fiesta o una comida de cuscús, organizada por una asociación de vecinos en un barrio con presencia inmigrante, o alguna otra iniciativa local que bajo este lema hacía esfuerzos por implicar a estos nuevos ciudadanos en algún proyecto. En cambio, para organizar la convivencia se hablaba de multiculturalismo, término utilizado igualmente para el reconocimiento del hecho en sí mismo (la diversidad cultural existente en el terreno) así como también por una aceptación normativa (la manera cómo se organiza la vida social y pública).

Durante los años 70-80 el multiculturalismo, a partir de la teoría del pluralismo cultural, fue el marco de nuevas políticas y programas educativos, de participación pública y de asistencia jurídica. “El pluralismo cultural, como filosofía de la diversidad (desde la posguerra de la Segunda Guerra Mundial y sobre todo, desde los años 60) parte precisamente del principio que no es legítimo destruir o manipular las culturas, y que es perfectamente posible llegar a una unidad en la diversidad. Esta tendencia se ha concebido y formulado de diversas maneras, pero se podría sintetizar en dos grandes principios: igualdad de derechos, responsabilidades y oportunidades (el principio de la ciudadanía) y el respeto de las diferencias etnoculturales (el derecho a la diferencia)” (Onghena, 2000).

El multiculturalismo ha sido un intento de organizar la mezcla de personas con sus elementos culturales y sus valores, reivindicando supuestos derechos culturales. Bajo el lema “derecho a la diferencia” ha dado visibilidad a lo diferente, ha luchado contra el racismo, sensibilizado políticas y reformado programas educativos. Sin embargo, en los últimos años asistimos a un cierto desencanto hacia las posibilidades del multiculturalismo de interpretar la diversidad en un proyecto de sociedad, ya que utiliza el lenguaje de la diversidad pero a partir de códigos y normas etnocéntricos. Habla de tolerancia de culturas diferentes en lo privado pero de conformidad hacia una cultura unitaria en lo público. A pesar de ello, hasta ahora es la única tendencia que ha sido capaz de formular un proyecto político. En este sentido, ¿se trataría, quizás, de interculturalizar el multiculturalismo?

Durante los últimos diez años desde la Fundación CIDOB hemos reflexionado y discutido temas en relación con las dinámicas interculturales en seminarios internacionales (Barcelona, Rabat, Toulouse, Gante, Estambul), hemos publicado las intervenciones y las líneas transversales de los debates llevados a cabo durante los seminarios, además de editar diversas publicaciones monográficas. En la actualidad,

más que hacer un balance, quizás es el momento de preguntarnos dónde nos situamos.

Continuamos proponiendo las dinámicas interculturales como objeto de investigación, de análisis y de debate que nos permita identificar la complejidad de lo cultural, aunque sin sustituir otros análisis específicos. Nos situamos en este *in-between* para poder comprender lo que pasa entre, sobre y con cada uno de los actores de la percepción o de la acción (tanto en la cooperación como en el conflicto). Seguimos intentando implicar diferentes disciplinas y expertos de diferentes lugares para una puesta en común con la organización de los seminarios –en la medida de lo posible– en otras ciudades para recoger la opinión de otros públicos. Hemos intentado proponer temas concretos que nos permiten acercarnos –incluso adentrarnos– en las dinámicas como son la confianza, las representaciones y las fronteras.

Después de diez años de trabajo sería oportuno demostrar que la reflexión en torno a la interculturalidad ha ido evolucionando a un ritmo acelerado. Frente a este ritmo, que no es otro que el de los cambios en las mismas sociedades, vemos una incapacidad de absorción por parte de los que piensan estos cambios y las sociedades. Es necesaria una nueva gramática para hacer visible esta complejidad producida por la movilidad y el ritmo frenético de los cambios. “Se echan en falta nuevos modelos de pensar y de organizar la realidad que no estén seducidos por arquitecturas que resultan luego inhabitables, pero que tampoco renuncien a sintetizar y organizar lo diverso. (...) El vocabulario de la descripción y del análisis cultural ha de ser ampliado para que encuentren en él un lugar las irregularidades, la excepción y el desacuerdo. Pero también una crítica a la folclorización que es, en el fondo, un obstáculo para el pluralismo que se oculta bajo un extremado respeto de las diferencias” (Innerarity, 2006).

Nos damos cuenta de que ante las preguntas fundamentales sobre las causas determinantes de los procesos existe una divergencia de respuestas: desde la respuesta ideológica, religiosa, nacional, hasta incluso la de orden político o económico. Es por eso que es indispensable que cada disciplina tome en cuenta su responsabilidad en esta búsqueda de comprensión. Sin embargo, cuando queremos establecer una interrelación entre las respuestas y elaborar una interpretación para la gestión necesitamos un marco de referencia más global que incluye la divergencia de intereses, de cambios, de innovaciones. “Lo que importa es la manera como las cosas sociales y más en concreto las significaciones culturales se manifiestan y se expresan en el movimiento, en el momento, en el evento. Cómo han llegado a ser lo que son, cómo pueden ser el origen de ‘nuevos inicios’. Hay que trazar otros itinerarios por los desvíos en busca de préstamos por parte de las disciplinas que pueden contribuir a darlos” (Balandier, 2003).

Más que hablar del pasado, tenemos que pensar en el futuro, en orientaciones y en posibles líneas de puesta en práctica de lo que llamamos diálogo intercultural. Nos parece, sin embargo, más interesante recoger una visión crítica a la reflexión intercultural, crítica que está presente en los múltiples debates de los seminarios, organizados por la Fundación CIDOB, aunque a veces sólo se pueda leer entre líneas.

Una primera crítica viene de fuera de Occidente, donde se considera el invento del “diálogo intercultural” como una nueva manera, entre tantas otras, con la que

Occidente demuestra su supremacía y divide el mundo en “*the West and the rest*”, donde “*the West*” dicta el orden que “*the rest*” acepta.

Una segunda crítica que apoyamos completamente es que la reflexión intercultural no ha sido capaz de traducirse en un proyecto político. Junto a esta segunda crítica podemos escuchar por parte de profesionales, políticos o científicos que la reflexión intercultural no deja de ser una visión utópica de ver el mundo y por esta razón no sería operativa o capaz de elaborar una propuesta política.

Intentaremos situar estas dos críticas en el debate actual sobre interculturalidad, explicitándolas y argumentándolas, ya que de alguna manera hace referencia a lo esencial de la reflexión y orientación intercultural, incluyendo además algunas perspectivas que apuntan hacia un cierto cambio en la reflexión en torno a lo intercultural.

Primera crítica: visión occidental

Se puede comprender que, desde fuera de Occidente, se sitúe la interculturalidad como una estrategia en la reflexión típicamente occidental para controlar la situación (y demostrar su superioridad) a través de un *ismo* más, dejando todo el esfuerzo en una tendencia pasajera y minoritaria, con el único afán de organizar temporalmente la incertidumbre.

Pero a lo largo de la historia y fuera del ámbito occidental ha habido intentos de plantear las interacciones culturales desde otra perspectiva, aunque en muchas ocasiones no han salido a la luz por fundamentalismos históricos o etnocentrismos consagrados. ¿Qué podemos aprender de estas reflexiones interculturales y que aportan al contexto actual?

Transculturación desde Cuba

En la actualidad, primero de manera tímida pero cada vez con más insistencia, vemos reaparecer el término “transcultural”. Decimos reaparecer porque en los años 30 y 40 del pasado siglo en Cuba ya se utilizó el término transcultural en oposición a aculturación, en boga en aquella época para describir y explicar los contactos entre culturas. Para Fernando Ortiz la transculturación sería este “proceso en el cual dos partes de la ecuación queden modificados y de la cual surge una nueva realidad, compuesta y compleja, una realidad que no es la aglomeración mecánica de caracteres, ni un mosaico, sino un fenómeno nuevo, original e independiente” (Ortiz, 2002).

Hibridación desde México

Néstor García Canclini comprende por “hibridación” “los procesos socioculturales en los cuales estructuras o prácticas concretas, que existían de manera separada, se combinan con el fin de engendrar estructuras nuevas, objetos y prácticas” (García, 1989). Teniendo en cuenta las críticas que existen al término “híbrido” –concepto que daría por hecho que existe una división entre culturas “puras” y “contaminadas” – proponemos pensar a partir del término “hibridación” una posibilidad de salir del discurso esencialista de la autenticidad o pureza cultural. Hablando de un proceso

de relación o interacción, se pueden articular estrategias de reconversión e incluir aquello que no llega o no quiere hibridizarse o ser hibridizado.

“Si hablamos de hibridación como un proceso al cual se puede acceder, que se puede abandonar o del cual se puede ser excluido, es posible comprender las diferentes posiciones de los sujetos en relación con las relaciones interculturales”.

Hibridismo desde Australia

Nikos Papstergiadis diferencia tres niveles de “hibridismo”: un primer nivel sería la manifestación visible de diferencia en la identidad como consecuencia de la incorporación de elementos extranjeros; un segundo nivel, el proceso a través del cual las diferencias culturales son integradas o neutralizadas en el cuerpo de la cultura anfitriona; y en un tercer nivel encontraríamos la perspectiva para representar las nuevas prácticas críticas y culturales surgidas en la existencia diaspórica. Para el autor, el hibridismo significa: “Desafiar los mitos nacionales de lugar y de pertenencia, un rechazo a la oposición binaria entre puro y mezcla y la incorporación del derecho político a la movilidad y al mantenimiento de los vínculos culturales”.

Criollización desde Martinica

Podríamos dar más ejemplos desde ámbitos no occidentales, como la reflexión en torno a la “criollización” de Édouard Glissant¹ y los micro y macro climas de interpenetración cultural para entrar en lo que él llama “la identidad de relación”. “Hay que hacerse cargo del cambio que viene determinado por el intercambio, a partir de la identidad de la relación, del rizoma y de la cultura de las huellas. (...) La raíz única es la que causa muerte de todo lo que le envuelve mientras que el rizoma es aquella raíz que se extiende en busca de otras raíces” (Glissant, 2002).

Hay que subrayar un elemento común entre los conceptos híbrido, transcultural y criollo y es que todos han surgido, aunque sea en diferentes épocas de la historia, como estrategias desde la “periferia” para poder organizar su relación con el “centro”.

Pensar las mezclas en la actualidad

Más que de híbrido, transcultural o criollo como productos definidos, optamos por hablar de hibridación, transculturación y criollización, como procesos, capaces de mostrar los movimientos que los rechazan. Cuando pasamos del carácter descriptivo al explicativo nos damos cuenta en qué casos las mezclas pueden ser productivas o cuándo engendran conflictos y resistencias debido a lo incompatible con las prácticas desarrolladas.

En la actualidad, vemos un esfuerzo real de avanzar en el sentido de posicionarse desde el interior de las dinámicas recogiendo algunas de las pautas señaladas. Por ejemplo, el último informe del Consejo Europeo elaborado por Kevin Robins lleva por título *El desafío de las diversidades transculturales*². En él destacan cuatro puntos

¹ Poeta y filósofo, nacido en Martinica en 1928.

² *The challenge of transcultural diversities. Cultural policy and cultural diversity*. Consejo de Europa.

que señalan un cambio en el análisis de la sociedad multicultural: a) la aproximación a la interacción a partir de “diversidad y complejidad” ha desplazado la oposición simplista de minoría/mayoría; b) al introducir el término transcultural la cuestión de las minorías sale de su marco nacional; c) hablar de complejidad amplía el horizonte mental e imaginario de las categorizaciones étnicas incluyendo diferencias de otro tipo como género, edad, orientación sexual, etc., de hecho, ha servido para desetnizar la diferencia; d) ha hecho posible no ver la diferencia únicamente como un fenómeno problemático sino como un recurso positivo.

El informe plantea, además, dos aspectos que tienen una significación especial en relación con esta aproximación transcultural: diversidad cultural y espacio público, por un lado; y diversidad cultural y ciudadanía por el otro.

Segunda crítica: falta de proyección política

Respecto a la otra crítica –a que esta visión intercultural no es capaz de traducirse en un proyecto político–, el problema es que el concepto “cultura”, principalmente descriptivo, carece de una dimensión normativa, lo que lo hace incapaz de constituir un proyecto político. Sin embargo, los acontecimientos y el contexto político internacional han dejado claro que lo cultural irrumpe en el terreno político, que se vende y se compra en un mercado global y que existe una movilidad creciente de imágenes, de ideas y de personas; a pesar de ello, no se ha conseguido todavía que la reflexión intercultural se traduzca en un proyecto político.

Necesitamos una gramática para poder hablar de los procesos, los contextos cambiantes, los circuitos y los efectos que provocan, y tener en cuenta lo que pasa entre, con y sobre las personas que entran en contacto. Esto ya sería un primer paso ya que damos por hecho que la cultura no es la suma de las prácticas, sino que es la misma práctica la que, como resultado, da significado a una cultura. La pregunta entonces sería ¿hace falta compartir una cultura para poder vivir juntos?

Vivir la diversidad cultural no es fácil, pero es hora de que la asumamos como nuestra: nuestra sociedad es plural, nuestra experiencia es diversa y nuestra cultura –como cualquier cultura– necesita para sobrevivir cuestionar e interpretar los elementos culturales propios y ajenos en un proyecto continuo. Es momento de dejar de pensar la diversidad cultural únicamente a partir de un “otro” inquietante, un intruso que desestabiliza nuestra seguridad. Sin embargo, más que nunca, necesitamos categorizar lo que no conocemos para estar seguros de que lo extraño ni nos inquieta, ni nos amenaza. Y la manera más simple para comprender este desorden es clasificarlo todo en categorías: nosotros y los otros, los buenos y los malos, “identificación” cuando hablamos de los de dentro, “categorización” cuando hablamos de los de fuera. Identificarnos contra algo, contra alguien, refuerza nuestra identidad –no somos como ellos.

En la actualidad asistimos a un esfuerzo desesperado de categorización, en parte porque hace falta organizar la voluntad de diferenciación, innato a toda persona humana que antes quedaba clasificado en categorías sociales o en nacionalidades políticas. Se habla de pluralismo social, de pluralismo político, pero el pluralismo cultural queda en una discusión sobre minorías y mayorías, autóctonos y otros o generaciones de inmigrantes.

Diferencia e identidad, dos caras de la misma moneda, sin que haya sitio para la mezcla. Sin embargo, las culturas son híbridas, son productos de elementos culturales, reinventados o abandonados, importados o exportados con el único objetivo de guardar una cultura viva a partir de reinterpretaciones y recontextualizaciones continuas.

Estos elementos, el bagaje cultural que cada uno lleva consigo, tienen a veces problemas para acomodarse en un marco que no prevé su acomodación. Esto ocurre sobre todo en el caso de visiones distintas que se establecen en un tejido social determinado a causa de las múltiples movilidades. Existe un debate político y social que se limita a pensar o a justificar lo que se incluye y lo que se excluye para reforzar este “nosotros” que según algunos se ha vuelto vulnerable delante de un “otro” invasor.

“Ellos siempre son demasiados. Ellos son los tipos de los que deberían haber menos, o mejor todavía, absolutamente ninguno. Y nosotros jamás seremos suficientes. Nosotros somos las personas de los que debería haber en abundancia.” (Bauman, 2005).

Estas dinámicas de identificación y categorización acaban instalando de manera implícita un modelo de comprensión unidireccional, es decir, que podríamos resumir en tres categorías:

Cultura: en contexto de importación (o exportación) de elementos culturales, lo que interesa incluir se llama cultura. No hablamos de aculturación ni de asimilación: es cultura y, en ciertos casos, pasa silenciosamente a formar parte de la cultura nacional.

Hibridación: una segunda apreciación está relacionada con elementos culturales, los cuales se reconoce que existen pero que no interesan como elementos de construcción identitaria (dominante). En este caso, hablamos de híbrido, un concepto del cual no se cuestiona ni la temporalidad ni el futuro. Consideramos que los elementos híbridos pueden ser vendidos y comprados pero no son capaces de generar una dinámica capaz de cuestionar la cultura dominante: quedan al margen en una categoría “híbrida”.

Diferencia: en esta categoría el aporte cultural no interesa para nada y queremos excluir. En este caso hablaremos de diferencia e incluso cuando hablamos de “derecho a la diferencia” estamos excluyendo, poniendo etiquetas a aquellos que no son como nosotros, y poniendo, además, las condiciones a una posible inclusión.

Interculturalizar

Dentro de una comprensión dinámica de las tendencias de los acontecimientos y sus efectos, se habla mucho de “transculturalismo” a partir de las consecuencias de la transformación entre lo social y lo cultural por los flujos y movilidades transnacionales. Si el multiculturalismo ha sido o es una propuesta organizada, casi siempre por una cultura mayoritaria o dominante, queda claro que hoy tenemos que tener en cuenta la composición multiétnica y multicultural de muchos estados nacionales. Viejos términos vuelven en nuevos contextos, o nuevos términos intentan renombrar los procesos de cambios reales en las sociedades. En todos los casos, que sea multiculturalismo, pluralismo cultural o transculturalismo, no se trata

tanto de preguntarse si la palabra es mala o buena, sino en “qué medida este término me permite avanzar en la reflexión” (García Canclini, 2002).

Para poder hablar de esta delicada relación entre lo móvil y lo fijo sobre todo al ritmo vertiginoso de los procesos globales, proponemos hablar de “interculturalizar” como una posibilidad, un aprendizaje o una tarea. En este sentido, “interculturalizar” es, en primer lugar, dar por hecho que son las personas las que dialogan o entran en contacto y no las culturas; personas con sus memorias, sus miedos y sus esperanzas. Interculturalizar es pensar la cultura como un circuito de fluidos, y no como una esencia fija y estática que existe al margen de acciones, experiencias y prácticas.

Podríamos decir que el apoyo humano es la dimensión cultural de los procesos globales.

“Interculturalizar” es hablar de identificación y de diferenciación como un proceso con efectos múltiples en vez de hablar de una sola identidad idealizada o de una sola diferencia estereotipada. Y es, sobre todo, imaginar un futuro donde, de manera creativa, cada uno de nosotros tenemos la capacidad de negociar nuestro lugar en este mundo.

Referencias bibliográficas

BALANDIER, Georges. *Civilisés, dit-on*. París: PUF, 2003.

BAUMAN, Zygmunt. *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós, 2005.

Fundación CIDOB, *DCIDOB* No. 56 (verano 1996).

GARCÍA Canclini, Néstor. *Culturas híbridas*. México DF: Grijalbo, 1989.

GLISSANT, Édouard. *Introducción a una poética de lo diverso*. Barcelona: Bronce, 2002.

INNERARITY, Daniel. *El nuevo espacio público*. Madrid: Espasa, 2006.

ONGHENA, Yolanda. *Diversitat cultural i etnocentrisme. Acció i interacció*. *DCIDOB* No. 77 (diciembre 2000).

dCIDOB 100.

1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

Desarrollo humano sostenible, ¿paradigma del siglo XXI? Necesidad de cambio en un mundo global.
Ignasi Oliveras.

DESARROLLO HUMANO SOSTENIBLE, ¿PARADIGMA DEL SIGLO XXI? NECESIDAD DE CAMBIO EN UN MUNDO GLOBAL

Ignasi Oliveras Coordinador del *dCIDOB*

El 10 de diciembre de 2004, en el Ayuntamiento de Oslo, el profesor Ole Danbolt Mjø, presidente del Comité Nobel Noruego, hizo entrega del diploma y la medalla del Premio Nobel de la Paz a la doctora keniana Wangari Maathai por su contribución al desarrollo sostenible, la democracia y la paz. Mujer, negra, africana y ambientalista¹, esta distinción no pasó desapercibida para la prensa y la opinión mundiales que intuyeron en este hecho pequeños cambios de tendencia en cuanto a determinadas sensibilidades, que podrían convertirse en paradigmas del recién empezado siglo XXI.

Algunas de estas tendencias han empezado a sedimentar. El 24 de mayo de 2006, por ejemplo, se estrenó la película-documental *Una verdad incómoda* dirigida por Davis Guggenheim y protagonizada por Al Gore, ex vicepresidente de los Estados Unidos, sobre los efectos del cambio climático. En la misma línea, el 30 de octubre del mismo año el primer ministro británico Tony Blair presentaba el informe *The Economics of Climate Change*, que, elaborado por el equipo de Nicholas Stern, asesor económico de la Administración británica y ex economista del Banco Mundial, analiza los impactos económicos del cambio climático. Por su parte, la revista *Science* publicaba el 3 de noviembre el artículo "Impacts of Biodiversity Loss on Ocean Ecosystem Services"². Liderado por el científico Boris Worm del Departamento de Biología de la Dalhousie University de Halifax, Canadá, el artículo demuestra que la pérdida de biodiversidad marina está deteriorando cada vez más la capacidad de los océanos de proporcionar comida, mantener la calidad del agua y recuperarse de las perturbaciones que le afectan.

La gran cobertura mediática concedida a estos documentos –cabe destacar que el último había sido publicado en una revista especializada– y la implicación de políticos de primera fila no tienen precedente en la historia de la difusión ambiental. Parece claro que en los últimos años está cambiando la forma de percibir y analizar el entorno y la relación de la actividad humana con el deterioro ambiental.

La comunidad científica y diversos colectivos (ecologistas, conservacionistas, ambientalistas y sostenibilistas) hace décadas que están dando gritos de alerta; ¿por qué en este preciso momento las problemáticas ambientales trascienden al gran público y su difusión recibe un apoyo tan decidido? ¿Qué ha cambiado en estos últimos años –en estos últimos veinticinco años– para provocar este giro?

A lo largo de este artículo, sin intención de hacer un análisis exhaustivo de las causas que han determinado esta apertura a una nueva mentalidad ambiental –o desde una perspectiva más amplia, sostenibilista– destacaremos tres de los factores que consideramos básicos para comprender el fenómeno, los tres unidos al proceso de globalización: el agravamiento de la problemática ambiental y de los costes económicos asociados a ello, paralelamente al mayor

¹ De 1901 a 2006 únicamente 33 mujeres –un 4,3% de los 766 premiados– han recibido un Premio Nobel. Antes del premio de Maathai sólo cinco africanos negros, todos hombres –Albert John Lutuli (1960), Desmond Tutu (1984), Wole Soyinka (1986), Nelson Mandela (1993) y Kofi Annan (2001)– habían obtenido este reconocimiento. En 1995 se otorgó el Nobel de Química a tres investigadores por sus estudios referentes al proceso atmosférico de formación y destrucción del ozono, único precedente de sensibilidad ambiental en estos premios.

² *Science*, Vol. 314. nº 5.800. P. 787-790.

conocimiento científico-tecnológico; la obligada necesidad de buscar respuestas globales a problemas globales; la gran capacidad organizativa de la sociedad civil. Estos elementos han aparecido en tiempos diferentes pero han cristalizado a la vez, en un momento en que las condiciones eran adecuadas, y en que las sinergias han provocado una retroalimentación positiva entre ellos de tal manera que se hace difícil discernir si la lucha global es la respuesta o la causa de la presión social o si la magnitud de los problemas ha aumentado la sensibilización o ésta ha permitido detectar nuevas problemáticas.

Problemas ambientales: magnitud, frecuencia y génesis

En estos últimos años se han producido fenómenos muy aparentes (como las tormentas tropicales, los huracanes, los incendios, las olas de calor, las sequías, las plagas de parásitos) o más sutiles (como la alteración de la floración y de las migraciones de animales, el deshielo de los glaciares o la invasión de especies exóticas) que hasta ahora no eran tan frecuentes ni de tanta magnitud, ni tan sólo asociábamos a nuestras latitudes ni a nuestra condición de países acomodados. Pese a que el cambio climático ocupa el primer lugar en un *ranking* de preocupaciones ambientales –dudoso pero merecido honor vista la globalidad de sus efectos y la incidencia en ámbitos tan diferentes como el ambiental, el económico o el social– existen otras inquietudes de importancia similar que, además de su afectación particular, interaccionan con aquella. La pérdida irreversible de biodiversidad debida principalmente a la destrucción y fragmentación de hábitats; la contaminación de aguas, suelo y aire; y el agotamiento de recursos –especialmente hídricos y energéticos– se constituyen como los grandes retos ambientales –pero no tan sólo ambientales– que han ganado peso en las últimas décadas y que marcarán el futuro de las sociedades del siglo XXI.

Desde una perspectiva geológica se puede cuestionar y relativizar la excepcionalidad de estos fenómenos y es que, efectivamente, casi ninguno de ellos es exclusivo de nuestro tiempo. Pero sí que son excepcionales la magnitud, la velocidad y la sincronía en que se producen y, pese a las reservas de sectores minoritarios especialmente con referencia al cambio climático, su relación causal con la actividad antrópica. Este último vínculo lleva a una lectura esperanzada de gran importancia: estos fenómenos pueden reducirse, desaparecer o en algunos casos incluso revertir con un cambio de actuación de nuestra especie.

En este sentido conviene tener presente que los impactos que los humanos generamos sobre el medio dependen del volumen de población, la adecuación de la tecnología utilizada y el consumo de recursos³. El modelo de desarrollo dominante, fundamentalmente económico, está basado desde sus raíces en la Revolución Industrial en tecnologías que utilizan los combustibles fósiles (carbón, gas y petróleo) como fuentes de energía. El uso de estas energías ha tenido y tiene un papel relevante en la historia de las sociedades modernas ya que ha permitido el crecimiento económico y el bienestar social; pero también ha contribuido a la sobreexplotación de estos y otros recursos que ahora, más allá de la degradación ambiental originada, se ha hecho más patente. Haciendo un sencillo ejercicio de extrapolación podemos imaginar que este modelo, siguiendo la lógica actual de funcionamiento y no sólo desde una óptica ambiental, es insostenible ya que el planeta no tiene ni los recursos ni la capacidad de generar nuevos modelos de forma suficientemente rápida, y mucho menos con la incorporación progresiva de una parte muy significativa de la población (China, India, Brasil) al modelo de consumo dominante.

³ Algunos autores incorporan como cuarto factor los grandes movimientos migratorios de poblaciones humanas que abandonan sus tierras, a menudo por los problemas ambientales, y que acaban sobreexplotando los recursos de la tierra de acogida, especialmente en territorios sensibles y en países pobres.

El conocimiento científico y tecnológico de las problemáticas ambientales también se ha incrementado a menudo de forma paralela a los propios acontecimientos. El desarrollo de las tecnologías de la información con la capacidad de análisis de datos y de modelización han ayudado mucho a los científicos, al mismo tiempo que los conocimientos propios de la ecología se han ido extendiendo favoreciendo así las visiones generalistas, integradoras y de interconexión de elementos por delante de las más especializadas y reduccionistas. Son innumerables los estudios e informes elaborados que profundizan en el análisis de las causas que han conducido a la situación actual, en las consecuencias que puede comportar a diferentes escalas y en la investigación de soluciones que permiten la mitigación o la adaptación a los cambios. Algunos de estos, como el mencionado informe Stern sobre el cambio climático, analizan el impacto económico si continuamos en el camino insostenible seguido hasta hoy, y concluyen que las inversiones necesarias para frenar y reconducir el deterioro ambiental son mucho menos costosas que las pérdidas futuras en el caso de continuar como si no pasase nada. Después de años de activismo ecologista y de interpelación científica, la pérdida de ganancias económicas parece convertirse en el detonante que marcará el cambio de modelo en este siglo XXI.

Globalización y respuestas globales

El 5 de junio de 1972 el canadiense Maurice Strong abrió el plenario de la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente Humano que se celebraba en Estocolmo, sin duda una de las primeras referencias ambientales en el marco del sistema de Naciones Unidas. Consecuencia de esta cumbre fue la constitución del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA) y la posterior creación –en el año 1983– de la Comisión para el Medio Ambiente y el Desarrollo que, dirigida por la primera ministra noruega Gro Harlem Brundtland, materializó sus resultados cuatro años más tarde en el informe *Nuestro futuro común*. Conocido como el "Informe Brundtland", de éste nació la definición de desarrollo sostenible como aquel que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus necesidades⁴ (Brundtland, 1987).

De estos primeros pasos a la actualidad hay diferentes acontecimientos de la escena internacional que, de forma directa o indirecta, han hecho replantear las temáticas ambientales y han obligado a introducir estas preocupaciones en los discursos políticos, sociales, económicos y de seguridad: desde la caída del muro de Berlín y la desintegración de la URSS a la creación de la UE; desde las guerras del Golfo al incremento del terrorismo internacional; desde la emergencia económica de las potencias demográficas asiáticas a las demostraciones de poder nuclear; desde la globalización de las tecnologías de la información a la reducción del tiempo en el transporte de personas, mercancías e información. Cualquiera de estos elementos introduce nuevas perspectivas en el análisis ambiental.

La globalización, que manifiesta su plenitud a lo largo de la década de los noventa y hasta el presente, es primordial para entender los cambios producidos a lo largo de las dos últimas décadas tanto por su implicación en la generación y acentuación de determinados problemas ambientales, como por la capacidad de difusión, debate y respuesta que se ha originado a partir de algunos de los instrumentos que la han acompañado. Sin ser tanto una novedad como una consecuencia lógica de la expansión de los mercados, la globalización se ha convertido en la expresión máxima de un modelo de desarrollo centrado en la economía. Este modelo, debido al uso (mal uso) que hace de los recursos naturales y humanos, se ha convertido en insostenible.

⁴ La velocidad, magnitud y amplitud de las alteraciones ambientales hacen necesario actualizar esta definición ya que no solamente se compromete a las generaciones futuras sino también a la actual.

La globalización ha permitido la socialización del consumo. Las fronteras comerciales cada vez son más porosas y las capas sociales medias han entrado en la vorágine consumista y se han transformado en actores con acceso privilegiado a recursos hasta hace poco exclusivos de los sectores económicos más acomodados. Los ritmos de adquisición de automóviles, segundas residencias o el incremento de los vuelos turísticos internacionales son algunos ejemplos.

Paralelamente, la pobreza y las desigualdades entre países y entre grupos sociales han ido creciendo a partir de la concentración cada vez más grande del poder y de los recursos en menos manos y la toma de decisiones en consejos y organismos no siempre democráticos y dominados por una visión economicista del mundo. En este proceso, millones de personas de cualquier parte del mundo, también de los países ricos, han sido excluidas de los beneficios económicos pero no de los impactos ambientales generados con la actividad económica. El principal error de este modelo es considerar al mundo desde una única óptica económica. Contrariamente, el desarrollo sostenible, mucho más ambicioso, nace de la necesidad de buscar un nuevo paradigma para afrontar el futuro con ciertas garantías de éxito y lo hace buscando el equilibrio entre tres pilares: el económico, el social y el ambiental, a los cuales se añadió posteriormente el de la gobernanza.

La Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (CNUMAD) – conocida como Cumbre de la Tierra– celebrada en Río de Janeiro en junio de 1992, fue un punto de inflexión en el debate ambiental ya que supuso su puesta de largo en la política mundial y se incorporó rápidamente, cuando menos de manera formal, a los diferentes niveles de gestión pública; también se puso de manifiesto la interdependencia ambiental entre países así como la relación entre pobreza, desarrollo y medio ambiente (Intermón, 1992). Los problemas dejaban de ser percibidos como locales ya que sus efectos no respetaban fronteras (el accidente de Chernóbil en 1986 fue un claro ejemplo). Además ganaba peso la idea de que –a muy diferente escala– tanto la pobreza como los modelos de desarrollo en curso (capitalista occidental o comunista soviético) eran predadores de recursos y responsables de la destrucción ambiental. La integración de estas ideas en la política hacía necesaria la elaboración de mecanismos de gestión y de acción globales. En este sentido se han desarrollado numerosas conferencias internacionales y se han firmado tratados y convenios con voluntad de actuar de forma global; los más significativos han sido el Protocolo de Montreal (1987) sobre la protección de la capa de ozono, referente incontestable de actuación multilateral, o el Protocolo de Kyoto (1997) sobre la reducción de emisiones de dióxido de carbono para frenar el cambio climático. Pero este paso no es suficiente. La proliferación de tratados –unos 500– y los escasos recursos asociados se gestionan de forma incoherente e ineficiente por unas treinta agencias de Naciones Unidas, al mismo tiempo que se encuentran supeditados a los designios y decisiones de la OMC, el FMI y el BM. Sólo la transformación del PNUMA en una Organización Mundial del Medio Ambiente con mecanismos potentes de presión ante el incumplimiento de los acuerdos puede ofrecer garantías de salvaguardia de aquello que ha sido previamente ratificado (Narbona, 2006).

Sensibilización y organización social

La capacidad de movimiento de recursos y de información se ha visto incrementada y acelerada con la globalización a partir de dos herramientas que han crecido de forma paralela: la extensión y modernización de los sistemas de transporte y el desarrollo de las tecnologías de la información. Estas herramientas han permitido una mayor difusión de las problemáticas ambientales tanto en el espacio como en el tiempo y han favorecido la sensibilización, la coordinación y la movilización de la sociedad civil mediante el trabajo en red. Paradójicamente, muchas de estas respuestas han sido protestas contra los males derivados del mismo modelo

globalizador, las externalizaciones, o lo que podríamos llamar “daños colaterales”. No es que antes no existiesen, pero la globalización los ha acentuado y ha favorecido un mayor conocimiento de su existencia y de sus mecanismos de funcionamiento.

El número de asociaciones ambientalistas y sostenibilistas y el de sus asociados ha ido creciendo y las mismas organizaciones se han consolidado en el papel de consultoras y gestoras. Se han ido definiendo, a la vez, una serie de rasgos poco imaginables veinte años atrás. Destaca la mayor colaboración entre entidades que trabajan de forma conjunta –a pesar de que la defensa sectorial y territorial es un lastre todavía presente– para aumentar la fuerza de su discurso con el apoyo de una masa social mayor. Estas sinergias entre entidades, combinadas con la capacidad de movilización, han dado lugar a reacciones globales que responden a la necesidad de buscar soluciones globales a problemas que también lo son. Las manifestaciones antiglobalización y la creación de foros sociales mundiales y regionales son ejemplos que, además, muestran formas inusuales de hacer política a una escala geográfica también poco habitual.

Otro cambio es la elaboración de alternativas que superan la queja paralizante y poco rigurosa con la generación de propuestas de gestión pero sin olvidar la denuncia. En el ámbito europeo, la construcción de la UE y la obligación de sus Estados Miembros a cumplir con una legislación ambiental estricta y generalmente alejada de la permisividad nacional o local, ha hecho que muchas entidades hayan incrementado su profesionalización, extendiéndola al ámbito jurídico, y se hayan convertido en expertas en legislación comunitaria, incluso por delante de las propias administraciones. La integración en estructuras supranacionales –pese a todas las limitaciones– ha aportado beneficios incuestionables para el medio ambiente y el desarrollo sostenible. La actuación multilateral, como en otros campos, es mucho más beneficiosa para la comunidad internacional que la visión unilateral anacrónica defendida desde las filas más conservadoras de cualquier parte del mundo.

Un tercer aspecto transformador de este período –asociado a esta mayor profesionalización de las entidades– es el hecho de ser reconocidas por las instituciones públicas. A pesar del riesgo de ser criticadas por otras entidades, diversas organizaciones son consultadas por los gobiernos y los partidos políticos en referencia a la gestión y la búsqueda de complicidades. Este cambio de actitud puede tener relación con el interés particular de algún dirigente político, pero en general responde a una consolidación de actitudes democráticas por parte de las instituciones públicas –a menudo fruto de la presión de la sociedad o de las obligaciones por pertenecer a instituciones supranacionales– pero también y sobre todo al cambio de estas entidades al pasar, como decíamos, de la queja y la crítica *per se* a la propuesta constructiva y de gestión⁵.

Buscando el desarrollo humano sostenible

Los “daños colaterales” de la globalización afectan especialmente al ámbito social (pobreza, exclusión) y al ambiental (agotamiento de recursos, contaminación, cambio climático) que a su vez repercuten negativamente sobre los sectores económicos. Mientras que los impactos ambientales empobrecen más las comunidades o sectores más vulnerables de los países en desarrollo, la mayoría de los países ricos ha evitado parte de estos problemas a través de la

⁵ Las entidades ambientales y conservacionistas destinan muchos recursos financieros y humanos a hacerse escuchar a través de los medios de comunicación y de la presión directa sobre las instituciones públicas. A escala europea, las organizaciones más potentes tienen oficinas en Bruselas desde las cuales actúan como grupos de presión en defensa de sus principios. Las entidades más pequeñas y con menos recursos se coordinan a través de la Oficina Europea del Medio Ambiente.

externalización de la actividad productiva, favorecida por las organizaciones comerciales, económicas y financieras internacionales. Ello permite entender que la huella ecológica de la mayoría de países ricos sea mayor que la propia capacidad productiva biológica, ya que la degradación ambiental queda fuera de sus fronteras⁶. En algún momento entre 1986-87 la huella ecológica de la humanidad superó la capacidad biológica productiva del planeta. A partir de aquel momento –y de forma desigualmente repartida– la humanidad vive del consumo del “capital” de la Tierra y no de los “intereses” que generaba. En 2003, y como media, la huella ecológica superaba en un 25% la capacidad del planeta de manera que se necesitarían 1,3 planetas Tierra para satisfacer las necesidades actuales de la humanidad sin hipotecar el futuro. Esta sobreexplotación lleva al colapso de muchos ecosistemas y a la insostenibilidad del sistema. La pérdida de biodiversidad que se anuncia, bautizada como la sexta extinción, y el cambio climático son manifestaciones de este proceso.

La imagen que nos transmite la figura no es muy optimista: la sostenibilidad supone un equilibrio entre el desarrollo humano (social y económico) y el medio ambiente. El objetivo final, lo que aquí llamamos desarrollo humano sostenible, implica un cambio respecto al modelo actual, que es necesario reorientar hacia el cuadrante que representa un alto índice de desarrollo humano con una huella ecológica pequeña. Aunque la ilustración no deja de ser una foto fija, parece – otros datos refuerzan esta impresión– que los países pasan de un estadio de bajo desarrollo humano y bajo impacto ambiental a otro en que la huella ecológica es mayor en correspondencia con el desarrollo conseguido.

El reto es conseguir que los países en desarrollo y los más pobres vayan alcanzando cuotas más altas de bienestar humano pero no a costa del entorno, hecho que conduce al colapso del sistema. Pero también, y de forma prioritaria debido a las responsabilidades históricas y al papel de referentes conseguido, los países ricos e industrializados tienen que seguir un recorrido para resituarse dentro del cuadrante de la sostenibilidad. El camino no es fácil, nadie quiere tomar la iniciativa y es necesario un liderazgo mundial sin precedentes. Pero el cambio es obligado. La producción de petróleo –al que seguirán el gas y el carbón– está en un punto de inflexión y, pese a que aún haya combustibles fósiles durante algunas décadas, su escasez y el encarecimiento energético asociado a la inestabilidad política y social de los principales países productores, darán lugar a la alternancia energética donde, más allá de la energía nuclear, el hidrógeno tiene grandes opciones de ocupar un papel central (Rifkin, 2002). Las transiciones energéticas se asocian fácilmente a innovaciones tecnológicas y a nuevas formas de gestión de los recursos y de organización de la sociedad, y una economía basada en el hidrógeno puede suponer cambios de magnitud similar a la que en el pasado tuvo el paso al uso del carbón y posteriormente al petróleo, y que tiene que conducir –el tiempo lo dirá– a la deseada sostenibilidad.

Wangari Maathai, al conocer que era premiada con el Nobel de la Paz, declaró: “Es evidente que muchas guerras se producen por los cada vez más escasos recursos. Si los conservásemos mejor no habría necesidad de luchar por ellos, así que la protección del medio ambiente mundial está directamente relacionada con el hecho de asegurar la paz. (...) No debemos decaer ni abandonar, sino perseverar”⁷.

⁶ La huella ecológica mide el área terrestre y marina biológicamente productiva necesaria para proporcionar los recursos que la humanidad utiliza y para absorber los productos de rechazo. Medurada en hectáreas globales (hag) la huella ecológica tiene en cuenta tierras agrícolas, las pasturas, los bosques, las pesquerías, las emisiones de dióxido de carbono, la energía nuclear y los asentamientos humanos.

⁷ *“It is evident that many wars are fought over resources which are now becoming increasingly scarce. If we conserved our resources better, fighting over them would not then occur. So, protecting the global environment is directly related to securing peace. (...) We must not tire, we must not give up, we must persist.”*
<http://greenbeltmovement.org/w.php?id=10>

Referencias bibliográficas

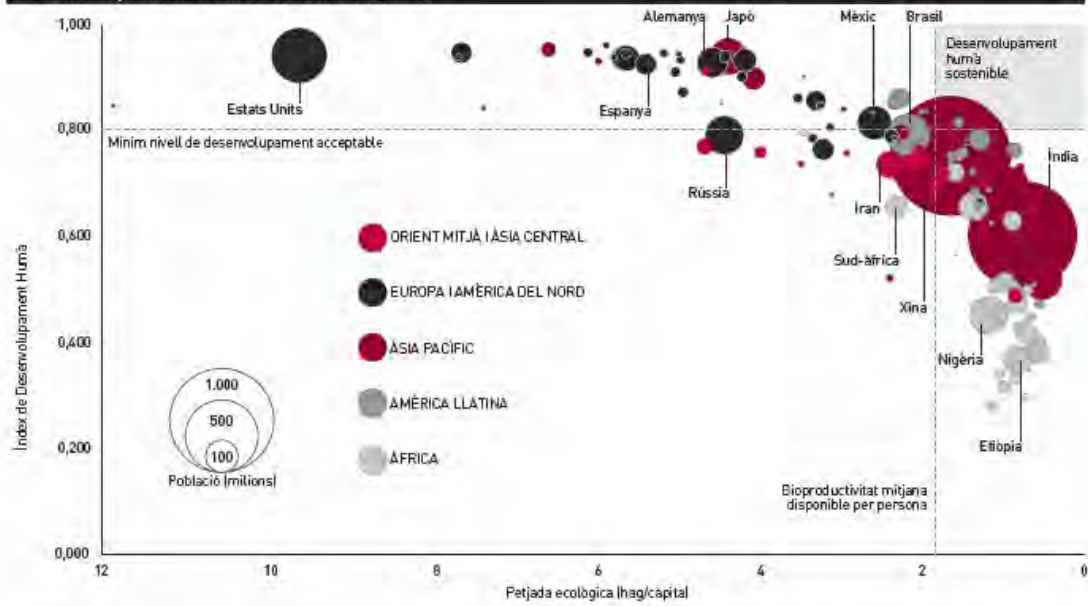
- BROWN, Lester. *PLAN B 2.0. Rescuing a Planet Under Stress and a Civilization in Trouble*. Nova York: Earth Policy Institute, 2006.
- BRUNDTLAND, Gro Harlem. *Our Common Future*. Oxford: Oxford University Press, 1987.
- INTERMÓN. Diversos autors. *Pobreza, desarrollo y medio ambiente*. Barcelona: Deriva Editorial, 1992.
- MARTIN, Hans-Peter i SCHUMANN, Harald. *La trampa de la globalización*. Madrid: Taurus, 1998.
- NARBONA, Cristina. *La dimensión ambiental de las relaciones internacionales*. Conferència al Real Instituto Elcano, Madrid, 12 de septiembre de 2006.
- RIFKIN, Jeremy. *La economía del hidrógeno. La creación de la red energética mundial y la redistribución del poder en la tierra*. Barcelona: Paidós, 2002.

Figura

Una forma de visualizar el debate sobre el desarrollo sostenible es la confrontación de tres variables para cada uno de los países analizados: el Índice de Desarrollo Humano (IDH), la huella ecológica y el volumen de población. El IDH es un índice elaborado por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) a partir de indicadores de salud (esperanza de vida), económicos (PIB por cápita) y educativos (tasa de alfabetización y de matriculación en la enseñanza). La clasificación que se hace de los países a partir de este índice define el valor 0,8 –el rango va de 0 a 1– como el baremo que determina el paso de la categoría “desarrollo humano medio” a la de “desarrollo humano alto”.

La huella ecológica es una medida del área terrestre y marina biológicamente productiva necesaria para proporcionar los recursos que la humanidad utiliza y para absorber los productos de rechazo. Medida en hectáreas globales (hag), la huella ecológica tiene en cuenta las tierras agrícolas, los pastos, los bosques, las pesquerías, las emisiones de dióxido de carbono, la energía nuclear y los asentamientos humanos. En el año 2003 la huella ecológica mundial fue de 2,2 hag por cápita, un 25% más alta que la productividad biológica media del planeta que era de 1,8 hag por cápita, sin considerar las especies salvajes que también necesitan de esta productividad para vivir

Desenvolupament humà sostenible (2003)



Una forma de visualitzar el debat sobre el desenvolupament sostenible és la confrontació de tres variables per a cada país: l'índex de desenvolupament humà (IDH), la petjada ecològica i el volum de població. El PNUD pren el valor 0,8 de l'IDH per passar de la categoria "desenvolupament humà mitjà" a la de "desenvolupament humà alt". L'any 2003 la petjada ecològica mitjana de la humanitat va ser de 2,2 hag (hectàrees globals) per càpita, un 25% més alta que la productivitat biològica mitjana del planeta que era d'1,8 hag per càpita.

Elaboració CIDOB edicions basat en *Living Planet Report 2006*, WWF, ZSL i Global Footprint Network.

dCIDOB 100.

1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

La seguridad internacional después de la guerra fría ¿Avanzando hacia una doctrina de seguridad humana?
Pol Morillas Bassedas.

LA SEGURIDAD INTERNACIONAL DESPUÉS DE LA GUERRA FRÍA ¿AVANZANDO HACIA UNA DOCTRINA DE SEGURIDAD HUMANA? Pol Morillas Bassedas Analista, Fundación CIDOB

Los debates sobre seguridad internacional han sufrido importantes transformaciones durante las últimas dos décadas. Desde el fin de la Guerra Fría, la doctrina de la seguridad nacional ha ido dejando paso a la seguridad humana, una nueva expresión que considera que el individuo debe ser objeto de protección ante amenazas cada vez más globales y complejas.

Para entender esta nueva concepción de la seguridad internacional, es necesario hacer un breve apunte a los debates que aparecieron a raíz de la situación después de la Segunda Guerra Mundial. Ya durante la guerra, Estados Unidos adoptó el concepto de “seguridad nacional” para definir las relaciones de este país con el resto del mundo. Durante la Guerra Fría y con el establecimiento del orden internacional bipolar, las prioridades en materia de seguridad se consolidaron en torno a la defensa de la soberanía e integridad territorial del Estado. La seguridad –como también las principales amenazas a las que había que hacer frente– adoptaba un carácter principalmente político y militar, al entender que el mayor riesgo pasaba por un ataque del bloque enemigo y/o de su principal potencia, la Unión Soviética. La formación de alianzas y la doctrina de la disuasión nuclear¹ se convirtieron en el ejemplo más claro del sistema de seguridad internacional durante la Guerra Fría.

La seguridad internacional durante la posguerra fría

Con la caída del muro de Berlín en 1989, la agenda de la seguridad internacional ha evolucionado, así como también las amenazas y los principales retos que se deben afrontar. Desde entonces, nos encontramos ante una realidad compleja que podemos atribuir a un doble proceso.

Por un lado, la transformación de la naturaleza de los conflictos armados nos lleva hoy a observar un crecimiento sustancial de los enfrentamientos producidos en territorios donde el Estado falla y en el cual emergen formas privadas de violencia (grupos armados no estatales como guerrillas, redes terroristas o señores de la guerra). Estas “nuevas guerras”, según la terminología adoptada por Kaldor (1999), se caracterizan también por su naturaleza *intraestatal* y por el hecho de que su principal víctima es la población civil. Las guerras producidas a raíz del desmembramiento de la antigua Yugoslavia son un ejemplo clarificador del cambio de naturaleza de los conflictos armados durante los años noventa. En Bosnia, por ejemplo, las víctimas mortales del conflicto, que se prolongó durante más de tres años, ascendieron a 250.000 personas, de las cuales aproximadamente el 90% fue población civil².

Paralelamente, el fin de la Guerra Fría supuso la desaparición de las amenazas tradicionales en términos puramente militares. La seguridad internacional contempla hoy la presencia de nuevas amenazas blandas, como pueden ser la vulnerabilidad económica, la degradación ambiental o los ataques terroristas a gran escala contra la población civil, sobre todo a partir del 11 de

¹ La disuasión nuclear, también evocada por la expresión *Mutual Assured Destruction (MAD)*, o Destrucción Mutua Asegurada, se basa en el hecho que el uso a gran escala de armamento nuclear por uno de los dos bloques tendría como resultado la destrucción tanto del atacante como del defensor. La destrucción mutua asegurada lleva a una estabilidad en la cual la amenaza nuclear no desaparece sino que se convierte, en sí misma, el principal mecanismo de contención de una guerra a gran escala.

² Para hacernos una idea del cambio que ello supone respecto a conflictos anteriores, podemos señalar que, de cada diez vidas que se perdieron durante la Primera Guerra Mundial, nueve correspondieron a soldados muertos en combate.

septiembre de 2001. Los ataques a las Torres Gemelas de Nueva York, cuyas consecuencias analizaremos más adelante, evidenciaron la vulnerabilidad de los estados desarrollados –y de su población civil– ante amenazas no-estatales de naturaleza no militar.

El Grupo de Alto Nivel del Secretario General de las Naciones Unidas sobre las Amenazas, los Desafíos y los Cambios señaló, en un documento titulado *Un Mundo Más Seguro. La Responsabilidad que Compartimos*, cuáles eran las amenazas a la seguridad colectiva en este nuevo contexto mundial³. Más allá de las tradicionales guerras entre estados, el Grupo de Alto Nivel hizo referencia a la violencia dentro del Estado, que incluye las guerras civiles, los abusos de derechos humanos y el genocidio; la pobreza, las enfermedades infecciosas y la degradación del medio ambiente; las armas nucleares, radiológicas, químicas y biológicas; el terrorismo; y la delincuencia transnacional organizada.

La reconceptualización de la seguridad internacional y la aparición de la seguridad humana

El doble proceso descrito ha implicado cambios trascendentales en la concepción de la seguridad en el período posterior a la Guerra Fría. En palabras de Buzan (1998), el sistema de seguridad posterior a la bipolaridad está marcado por un proceso de ampliación y profundización del concepto de seguridad, en el cual el Estado ya no es el único referente para explicar una realidad cada vez más compleja. Los debates sobre seguridad internacional analizan hoy el sistema internacional y el individuo, mientras que también se estudia el papel que tienen las organizaciones internacionales, los gobiernos locales y regionales, las organizaciones no gubernamentales, la opinión pública e, incluso, las fuerzas del mercado global.

Con la pérdida del monopolio estatal en los debates sobre seguridad internacional, a principios de los años noventa aparece la idea de que seguridad es aquello que amenaza directamente a las personas, o dicho de otra manera, que el objeto de protección ya no es el Estado sino el individuo. Así pues, conceptos tan utilizados durante buena parte del siglo XX, como los de soberanía nacional y el derecho a no-ingerencia, dan paso a la expresión de “la responsabilidad de proteger”, que plantearemos seguidamente.

El nacimiento de la seguridad humana se remonta al Informe sobre Desarrollo Humano de 1994, publicado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). El documento titulado *Nuevas Dimensiones de la Seguridad Humana* afirma que es preciso abordar la lucha por la paz desde dos frentes interconectados: el primero hace referencia a la libertad ante los miedos (es decir, la eliminación del uso de la fuerza y de la violencia –así como la amenaza de su uso– de la vida diaria de las personas), y el segundo, a la libertad ante las necesidades (o, dicho de otra manera, el establecimiento de las condiciones de vida necesarias en términos económicos, alimenticios, sociales, ambientales y de salud). La publicación de este informe establece la creciente interdependencia y complejidad de las amenazas a la seguridad internacional, a la vez que entiende que estas ya no afectan exclusivamente a la seguridad del Estado sino a la de su población.

La expansión del uso y la aceptación progresiva de la concepción de la seguridad humana ha avanzado paralelamente a la dificultad de encontrar mecanismos para su implementación. El reto principal de los debates de la posguerra fría consistía en llenar el vacío existente entre unas necesidades en seguridad que pasaban por la protección del individuo y unos medios que aún reflejaban la prioridad de la defensa del Estado y su soberanía. Es decir, si bien la realidad en

³ El documento se puede consultar en www.un.org/secureworld/report2.pdf

seguridad internacional se caracterizaba por la existencia de nuevas amenazas y por el cambio de naturaleza de los conflictos armados, los medios para hacer frente estaban aún preparados para responder a agresiones de estados y ejércitos extranjeros.

Poco después de los ataques terroristas del 11-S, un órgano independiente de las Naciones Unidas –la Comisión sobre la Intervención y la Soberanía del Estado (ICISS según sus siglas en inglés)– intenta resolver esta paradójica situación. La publicación del informe *La Responsabilidad de Proteger* asienta las bases de la intervención humanitaria y, con estas, los límites de la concepción tradicional de soberanía nacional. El informe, presentado en diciembre de 2001, afirma que la soberanía nacional implica responsabilidad y que esta recae, en primer lugar, sobre el propio Estado como garante de la protección de sus ciudadanos. En el supuesto de que una población esté sufriendo graves daños como consecuencia de una guerra civil, de una insurrección, de la represión por parte del Estado o debido al colapso de sus estructuras, y el propio Estado no sea capaz o no desee poner fin a estos sufrimientos, el principio de la no-intervención quedará supeditado a la responsabilidad de proteger de la comunidad internacional (ICISS, 2001).

La publicación de este informe provoca un giro en la concepción tradicional de la soberanía nacional. Además de entender que la responsabilidad de proteger prevalece sobre el derecho de no-ingerencia de los estados, el documento del ICISS reconoce que la soberanía también se ha extendido “hacia arriba”, en el momento en que el Estado tiene que compartir su soberanía con la comunidad internacional, convertida en la garante última de la responsabilidad de proteger. El vacío existente entre la presencia de nuevas amenazas y los mecanismos de que se dispone para hacer frente a ello queda superado a través de las ideas recogidas en el informe del ICISS. El objetivo de protección es ahora el individuo, y cualquier soberanía queda supeditada a la consecución de este objetivo.

Las diferentes visiones sobre la seguridad humana

La seguridad humana se erige, pues, como la concepción de la seguridad internacional que permite implementar los principios establecidos en el informe *La Responsabilidad de Proteger*, en la medida en que garantiza la libertad de los individuos ante inseguridades básicas.

Sin embargo, existen diferentes interpretaciones en cuanto a las amenazas de las cuales se debe proteger a la persona. Como veíamos anteriormente, el documento fundador de esta concepción innovadora establece un vínculo entre las agendas de paz, seguridad y desarrollo, mediante el avance paralelo hacia la libertad ante los temores y las necesidades. No obstante, poco después de la aparición del informe del PNUD de 1994, un buen número de voces alegan que un concepto tan amplio es difícilmente aplicable, por lo que optan por reducir su agenda. La escuela partidaria de una visión reducida de la seguridad humana, representada por Canadá y Noruega, centra su discurso en la necesidad de llevar a cabo políticas de protección de civiles en conflictos armados, de lucha contra las minas antipersonales, de prevención de conflictos, de participación en operaciones de paz, etc. Con esta finalidad, los partidarios de elaborar políticas en la línea de “libertad ante el miedo” (o *freedom from fear* en su forma inglesa) impulsarán proyectos como la Human Security Network o el Human Security Centre⁴.

⁴ Para más información, se puede consultar la página web de la Red de Seguridad Humana www.humansecuritynetwork.org y la del Centro de Seguridad Humana en www.humansecuritycentre.org.

Por otra parte, y en consonancia con los postulados principales del informe *Nuevas Dimensiones de la Seguridad Humana*, Japón y la Comisión sobre Seguridad Humana⁵ consideran que es necesario incorporar también todo aquello representado por la expresión "libertad ante las necesidades" (o *freedom from want*). Así, es preciso abordar la seguridad humana desde la perspectiva de garantizar las condiciones de vida mínimas de todas las personas (lo que incluye el acceso a los servicios básicos de salud y educación) mediante la lucha contra la pobreza, las enfermedades infecciosas como el sida, el tráfico de seres humanos o la proliferación de armas.

La existencia de estas dos agendas nos hace pensar que uno de los principales retos de futuro pasa por acordar una definición compartida del programa político de la seguridad humana. Con este objetivo, el Grupo de Estudios sobre las Capacidades de Europa en Materia de Seguridad presentó al alto representante de la Unión Europea para la Política Exterior y de Seguridad Común, Javier Solana, el informe *Una Doctrina de Seguridad Humana para Europa* (septiembre 2004). Este documento establece un marco de actuación para la aplicación de la Estrategia de Seguridad Europea aprobada en diciembre de 2003, explicitando los principios fundamentales que tendrían que regir la política exterior de la UE para la promoción de esta concepción de la seguridad. A grandes rasgos, estos principios son la primacía de los derechos humanos, el establecimiento de una autoridad política clara, el multilateralismo, el enfoque ascendente y el foco regional (Study Group on Europe's Security Capabilities, 2004).

En cuanto a la primacía de los derechos humanos, este principio se sitúa claramente en los términos explicitados en el informe *Responsabilidad de Proteger*, al considerar que la protección de los individuos y de sus derechos debe ser el objetivo principal de una política exterior basada en la seguridad humana. Como poníamos de manifiesto anteriormente, el objetivo ya no es la derrota del enemigo en términos militares, sino la protección de los ciudadanos que ven vulnerados sus derechos fundamentales. El establecimiento de una autoridad política clara es clave a la hora de asegurar que estos derechos serán protegidos en el futuro. Cualquier acción exterior debe ir precedida de la voluntad de estabilización y de creación de una arena política en la región. Por su parte, el principio del multilateralismo implica el trabajo con las instituciones internacionales y la primacía de la legalidad internacional, todo ello con voluntad de dotar de legitimidad a las acciones exteriores. El enfoque ascendente es el que considera que, para el éxito de las políticas que se tienen que adoptar, es preciso tener en cuenta las necesidades de la población local a través de la consulta y el uso de las instituciones locales. Finalmente, el foco regional nos remite a la idea de que las guerras actuales no tienen límites claros y que, para prevenir la extensión de la violencia a zonas próximas, es preciso trabajar con el resto de estados de la zona y también con las instancias subestatales.

Las posibilidades de una doctrina de seguridad humana

Entender la seguridad humana como un conjunto de principios que guíen la política exterior de los estados o las instituciones internacionales permitiría avanzar en su implementación.

Sin embargo, los últimos acontecimientos en política internacional desde los atentados terroristas del 11-S no nos permiten ser demasiado optimistas en lo que concierne al avance de esta concepción de la seguridad. Un año después de los ataques en Nueva York y Washington, el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, publicó una estrategia de seguridad nacional que, en buena parte, entra en contradicción con los principios básicos, explicitados anteriormente, de una doctrina de seguridad humana. La *National Security Strategy* (septiembre 2002) autoriza las acciones militares como mecanismo de respuesta a las amenazas

⁵ Los objetivos e informes de la Comisión, copresidida por uno de los máximos promotores de la seguridad humana, Amartya Sen, se pueden consultar en www.humansecurity-chs.org.

consideradas “suficientes” por Estados Unidos⁶. La legalidad internacional reconoce la legitimidad de los ataques preventivos cuando una amenaza es inminente, pero no cuando es “suficiente”, término de carácter subjetivo y proclive al uso de los ataques anticipatorios. La estrategia de Bush muestra también una preferencia por las acciones unilaterales, al considerar que no es imprescindible una autorización previa del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para iniciar una operación militar.

El fracaso de la guerra de Irak de 2003 –declarada bajo los principios de la estrategia de Bush de 2002– es un ejemplo clarificador de cómo los métodos militares clásicos no son útiles para luchar contra nuevas amenazas como el terrorismo o las violaciones de los derechos humanos. El resultado de la intervención militar de Estados Unidos y sus aliados ha comportado el fracaso en la implantación de la democracia y la seguridad de la población iraquí⁷, a la vez que ha dejado al país al borde de la guerra civil. Este hecho nos muestra la necesidad de afrontar amenazas como el terrorismo internacional desde el multilateralismo y el protagonismo de las instituciones internacionales, apoyando a los grupos locales democráticos y estableciendo una autoridad política clara capaz de garantizar la seguridad de la población del país.

Con unos contenidos visiblemente diferentes a la estrategia de Estados Unidos, la Estrategia de Seguridad Europea, aprobada en diciembre de 2003, parte de la aceptación de una nueva realidad en cuanto a las amenazas a la seguridad internacional⁸. Bajo el título *Una Europa Segura en un Mundo Mejor*, reconoce la necesidad de construir un orden internacional bajo el paraguas del multilateralismo, hacer frente a las nuevas y viejas amenazas en toda su complejidad y promover la buena gobernanza entre los vecinos de la UE. El documento, elaborado por Javier Solana, afirma que “ninguna de las nuevas amenazas se puede afrontar únicamente a través de medios de militares”, lo que muestra la voluntad de superar el vacío entre fines y medios a los cuales hacíamos referencia anteriormente. Además, entiende que no es posible separar la inseguridad que afecta a los individuos de la naturaleza de las nuevas amenazas, lo que hace que se sitúe –aunque no de manera explícita– en la línea de la seguridad humana.

Las posibilidades de consolidar una doctrina de la seguridad humana pasan, en buena parte, por el refuerzo de la UE como actor clave de la seguridad internacional –hecho que requiere, sobre todo, el compromiso político y las capacidades de sus Estados Miembros. Su estrategia de seguridad se sitúa cerca de los postulados principales de la seguridad humana y acepta que el uso de la fuerza debe dirigirse a objetivos diferentes a la victoria militar en guerras convencionales. Una aplicación eficaz de esta estrategia y un refuerzo del papel exterior de la Unión en la dirección apuntada por el informe *Una Doctrina de Seguridad Humana para Europa* serían los mejores elementos para la consolidación de una idea de seguridad internacional adaptada a unas amenazas progresivamente globales, interdependientes y complejas.

Referencias bibliográficas

⁶ La estrategia de seguridad de Estados Unidos de 2002 se puede consultar en www.whitehouse.gov/nsc/nss.html. Su revisión de marzo de 2006 modera algunos de los principios de la estrategia de 2002 después de la guerra de Irak, matizando el ataque anticipado y reconociendo la necesidad de actuar contra las causas del terrorismo. La nueva estrategia se encuentra en www.whitehouse.gov/nsc/nss/2006.

⁷ El elevado número de víctimas civiles que ha comportado la intervención militar en Irak –lo ejemplifica el uso constante de la expresión “daños colaterales” para justificar la muerte de civiles– se opone frontalmente a los principios recogidos en el informe *La responsabilidad de Proteger*.

⁸ La estrategia europea de seguridad se encuentra en www.consilium.europa.eu/uedocs/cmsUpload/031208ESSIIES.pdf

BUZAN, Barry; WAEVER, Ole; DE WILDE, Jaap. *Security: A New Framework for Analysis*. Londres: Lynne Rienner Publishers, 1998.

DDAA. "Seguridad Humana: Conceptos, Experiencias y Propuestas". *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*. No. 76 (2007). Barcelona: Fundació CIDOB.

ICISS. *The Responsibility to Protect*. Ottawa: International Development Research Centre, 2001. www.iciss.ca/pdf/Commission-Report.pdf

KALDOR, Mary. *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*. Cambridge: Polity Press, 1999.

PNUD. *Informe sobre Desarrollo Humano. Nuevas Dimensiones de la Seguridad Humana*. Nueva York: Oxford University Press, 1994.

Study Group on Europe's Security Capabilities. *A Human Security Doctrine for Europe*, 2004. www.cidob.org/es/content/download/2601/21895/file/Human_Security_Report_Full.pdf

dCIDOB 100. 1983-2006: nuevos tiempos, nuevas miradas.

Evolución del dCIDOB. Historia de una revista de relaciones
internacionales.
Bet Mañé.

EVOLUCIÓN DEL *DCIDOB* HISTORIA DE UNA REVISTA DE RELACIONES INTERNACIONALES

Bet Mañé Responsable de Publicaciones, Fundación CIDOB. Coordinadora de la revista *DCIDOB* de 1991 a 2004

Cuando sale el primer número de la revista *DCIDOB*, en 1983, la entidad promotora del proyecto editorial, el Centro de Información y Documentación Internacionales en Barcelona (CIDOB), se define como “un centro de estudios internacionales que, mediante la investigación, el estudio y la información, vincula la realidad catalana con la de los otros países y con la problemática internacional. Es un servicio a las instituciones de Cataluña para que puedan conseguir sus objetivos específicos dentro de unas perspectivas más universales. Crea opinión desde Cataluña sobre cuestiones internacionales. Y así contribuye a la consecución de unas relaciones más justas entre los pueblos” (Fundación CIDOB, 1983b).

Es importante tener en cuenta estos objetivos iniciales de la Fundación CIDOB a la hora de hacer un balance de los 100 primeros números de la revista *DCIDOB*, así como el contexto histórico de transición que viven Cataluña y España en este momento de recuperación de instituciones y libertades, el cual despeja el camino hacia el interés por la escena y los asuntos internacionales. CIDOB tiene el propósito de llenar el vacío existente en información, documentación y formación sobre temas internacionales; y uno de los mecanismos ideados para hacerlo es *DCIDOB*, que tanto en el ámbito formal como de contenido es un reflejo de su tiempo. Del tipómetro, el celo y el proceso de maquetación medio artesanal de sus inicios, pasa a la era digital, al trabajo con ordenador, a los programas de autoedición, a la infografía más cuidada, a los cambios de encabezamiento y también a un diseño más innovador. La revista *DCIDOB* refleja y contextualiza momentos clave del escenario internacional, como también informa y analiza en profundidad países y áreas geográficas poco conocidos en los ámbitos catalán y español.

UNA PRIMERA ETAPA (1983-1990)

Dossier CIDOB: miscelánea, estilo periodístico

En 1983 la revista comienza su andadura como *Dossier CIDOB*, un medio de información en catalán especializado en política internacional; pero, a diferencia de su contemporánea *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nace con un formato y una voluntad de ser un instrumento al alcance de un público más amplio que el ya iniciado en la materia o estrictamente académico. En la presentación del número cero se plasman claramente las intenciones: “Amigo lector: Esta publicación que tenéis en las manos es un intento de acercar buena parte de la información que se recibe en CIDOB a aquellos de vosotros que, por diferentes motivos, no tenéis tiempo de consultarla a fondo. Pero todo eso con un ritmo y un estilo netamente periodísticos. Se trata, pues, de una síntesis de los temas que creemos que han polarizado la atención de la opinión pública durante los dos últimos meses. Como veréis, se ha hecho un esfuerzo para contrastar las informaciones aparecidas [sic] en los medios de comunicación para dar una visión amplia y, cuando sea posible, incluir las diferentes visiones que sobre éstas se tienen en todo el mundo. Es nuestro deseo que, a partir de ahora, tengáis en los *Dossier CIDOB* una herramienta más de trabajo para satisfacer el interés que compartimos en la política internacional” (Fundación CIDOB, 1983a).

En estos momentos *Dossier CIDOB* es formalmente una publicación sencilla, un buen exponente de la época de la transición en España en la que surgen múltiples iniciativas editoriales: un boletín en blanco y negro con un breve sumario en la portada; con un contenido estructurado en

secciones (tema principal, coyunturas internacional y española, elecciones, entrevista, documentos) y sin créditos. A partir del número 1 los artículos se firman y las cronologías internacional y española se destacan, a partir del número 2, en el centro de la revista con un papel diferenciado. Más adelante, en el número 8 (marzo 1985), se presentan créditos en la portada, con el nombre de su director, Josep Ribera Pinyol, y se deja de editar la cronología internacional para dar paso a artículos más de fondo. En el número 20 (noviembre 1987) se introduce la figura del redactor jefe, Ramon Roca Ribó.

En su recorrido, *Dossier CIDOB* se adapta gradualmente a las necesidades informativas de la actualidad internacional y de la propia Fundación CIDOB, ya que desde sus páginas informa puntualmente de las actividades y de los cursos que se llevan a cabo en el centro. Durante este período, en el cual cada número es una miscelánea de temas internacionales, destacan los artículos sobre Reagan y Gorbachov, los acuerdos de reducción de misiles, el endémico conflicto palestino, los intentos de pacificación en América Central, entre otros, y se lleva a cabo un seguimiento exhaustivo del progresivo papel de España en la escena internacional: la actuación de su diplomacia, las relaciones con Estados Unidos o su incorporación a las Comunidades Europeas.

En el número 25 (noviembre 1989) se realizan pequeños cambios cualitativos que suponen un avance en el objetivo de la publicación de convertirse en una revista especializada en relaciones internacionales y cooperación al desarrollo en el ámbito catalán: portadas diferenciadas en papel amarillo; titulares en la portada, con sumario y créditos; nuevo encabezamiento, de *Dossier CIDOB* se pasa a *DCIDOB*; nuevas secciones (cooperación internacional y relaciones internacionales); y editorial en la página tres. Precisamente, la editorial explica este cambio de orientación destinado a "potenciar ámbitos temáticos hasta hoy escasamente tratados (...) y poner al alcance de nuestros lectores actuales y potenciales el importante contingente informativo que CIDOB despliega (...) destacaremos todo aquello que hace referencia a la Cooperación Internacional (...) con el apoyo de un notable fondo documental y desde foros diversos. Seminarios como el de la *Perestroika, ¿hacia dónde va la Unión Soviética?*, celebrado recientemente en nuestra sede y que tanta repercusión ha tenido. (...) añadimos el hecho de contar con más de cuatro años de *Dossier* (...) estamos seguros de que alcanzaremos el hito que toda publicación persigue: interesar" (Fundación CIDOB, 1988: 3).

En 1989 el equipo de redacción se consolida con las aportaciones de Enric Crusat y Joan Manuel Celorio, a los cuales se añadirán más adelante, por un breve período de tiempo, Jaume Sardà y Edgardo Álvarez. El papel de las ONG y la cooperación internacional, así como las transiciones en los países del Este (la caída del muro de Berlín) y la construcción europea son temas recurrentes de esta etapa. *DCIDOB* no deja pasar la oportunidad de ir más allá de la información y el análisis. Ante las elecciones europeas de 1989, por ejemplo, en el número 28, además de informar sobre este hecho, en la sección de cooperación se destaca que "en CIDOB se colabora de forma convencida e intensa en dos campañas actuales para sensibilizar a los ciudadanos de los países europeos. Para avanzar en la solución de los problemas mundiales de la paz y el desarrollo se debe modificar el sistema actual de la economía y la política internacionales. Se deben cambiar las relaciones entre el Sur y el Norte" (Fundación CIDOB, 1989: 6).

Con la crisis del Golfo se produce un punto de inflexión en la revista. En el número 34 (octubre 1990) se ponen por primera vez en la portada una imagen y el titular del tema central de una forma más destacada. Además, todos los temas tratados en las diferentes secciones tienen relación con la crisis mencionada. En la editorial de este *casí* monográfico se indica que

“siguiendo el esquema tradicional de la revista se han tratado en cada una de las diferentes secciones aspectos relacionados con la actual crisis iraquí. Hemos intentado alejarnos del alud periodístico y abordar los diversos aspectos del conflicto desde la reflexión desapasionada” (Fundación CIDOB, 1990: 3).

LA GUERRA DEL GOLFO: COMIENZAN LOS AÑOS NOVENTA

***DCIDOB*: monográfico más académico**

La importancia internacional de la crisis y la guerra del Golfo, así como la demanda social de información sobre el acontecimiento son tan grandes que se cree necesario publicar un número especial, un monográfico, que ayude a entender las causas, implicaciones, posibles repercusiones, entre otros, de una guerra en la que predomina la desinformación y la censura, y en la que las imágenes alcanzan la naturaleza de virtuales. Así, se edita un número especial de *DCIDOB* (núm. 35, enero 1991) con artículos y anexos (mapas, fotografías, fichas y cronologías) elaborados por un grupo de investigadores sobre el mundo árabe y las relaciones internacionales. El éxito de esta experiencia hace que el equipo de redacción de la revista plantee convertir el formato monográfico en permanente. Esta iniciativa se consolida en el número 38 (noviembre 1991), centrado en el tema de la inmigración, que reúne un equipo de redacción *ad hoc* especialista en la materia.

Se inicia así una nueva etapa. Con cambios en la coordinación y el equipo de redacción, *DCIDOB* se convierte definitivamente en monográfico y progresivamente se adapta y moderniza a nivel formal. Las nuevas tecnologías, los nuevos medios técnicos y de comunicación, sobre todo la introducción y utilización de Internet, abren la puerta a nuevas posibilidades. Se introduce una segunda tinta y se producen cambios en la portada con la publicación de una imagen relacionada con el tema del monográfico. En la introducción del número 37 (septiembre 1991), dedicado al África Subsahariana, se mencionan estos cambios: “(...) con el presente monográfico se quiere iniciar una nueva etapa, en la cual nos dirigiremos a los lectores a través de trabajos referentes a un solo tema, pero tratado desde diferentes ángulos. (...) información sobre el continente africano, concretamente sobre la zona subsahariana, y ofrecer algunos rasgos de su geografía, historia, cultura... si en menor o mayor medida lo conseguimos, nuestra tarea habrá sido positiva” (Fundación CIDOB, 1991a: 3).

Este proceso coincide, y a la vez es consecuencia, del crecimiento y consolidación del personal, las actividades y los servicios de la Fundación CIDOB. Se informatiza y amplía el servicio de documentación, aparece un nuevo proyecto editorial de referencia como es el *Anuario Internacional CIDOB*, y se inicia un máster en estudios internacionales que reúne y convoca un gran número de nuevos colaboradores, profesores y alumnos, algunos de los cuales se convierten en redactores de la revista.

Nos encontramos en los años noventa, en los cuales afloran nuevos retos y temas en el ámbito internacional. En España, por ejemplo, país de inmigración reciente, se comienza a tomar plenamente conciencia del fenómeno de la inmigración, sobre el cual se dedican dos números de la revista, uno a principios de la década y otro en las postrimerías. En el primero se quiere subrayar el aspecto positivo del fenómeno y se afirma que “(...) las sociedades europeas han sido, son, y cada vez lo pueden ser más, sociedades pluriculturales, donde la convivencia de diferentes civilizaciones no se ha vivido como un factor negativo. Lo que se debe empezar a pensar es cuál debe ser el proceso de articulación a partir del cual se estructure una nueva convivencia basada en el respeto y el conocimiento mutuo, fruto de la superación de los temores y de los recelos que en un primer contacto puede producir (...)” (Fundación CIDOB, 1991b: 3); y

en el segundo, se plantea la necesidad de comenzar a pensar no en inmigrantes sino en nuevos ciudadanos: "La presencia de inmigrantes en Cataluña es una realidad cada vez más evidente y visible. Después de un período de tránsito y movilidad, los colectivos de inmigrantes se encuentran en una fase de asentamiento (...). Muchos de sus integrantes llevan más de veinticinco años entre nosotros, se han arraigado y sus hijos han nacido y se han educado aquí (...) ¿cuándo se deja de ser inmigrante?" (Fundación CIDOB, 1999: 3).

Muchos otros temas ocupan las páginas de la revista durante este período, algunos de los cuales destacamos a continuación. Es la era Clinton, de desintegración de la URSS, de consolidación de la construcción europea con el Tratado de Maastricht, cuando se habla de multilateralismo y las Naciones Unidas parecen alcanzar un creciente protagonismo, en un momento de redefinición del mapa internacional de posguerra fría. Mediadora en conflictos como los de la ex Yugoslavia y Somalia, la ONU promueve intervenciones mediáticas de sus cascos azules, la emisión de numerosas resoluciones del Consejo de Seguridad y la coordinación de la ayuda humanitaria por parte de algunos de sus organismos. Y en medio de este creciente despliegue de actividad, organiza las llamadas grandes conferencias internacionales de los años noventa: la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo (CNUMAD), de Río de Janeiro de 1992, en la que se toma conciencia del alcance mundial de los problemas ambientales y se consolida el concepto de desarrollo sostenible por "la necesidad de construir una sociedad capaz de progresar armónicamente protegiendo el medio ambiente"; la Conferencia sobre Población y Desarrollo (1994), que relaciona crecimiento de población, bienestar social, planificación familiar y medio ambiente, entre otros; la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social (1995), que coincide con el 50 aniversario de la ONU y subraya los avances de la humanidad así como sus crecientes desigualdades; o la segunda Conferencia sobre Asentamientos Humanos (Habitat II) sobre ciudad y desarrollo (1996), que emplaza la ciudad, el ámbito local, en el centro de interés internacional. A todas ellas se emiten declaraciones y se establecen planes de acción internacionales de buenas prácticas para superar los grandes retos de la humanidad a las puertas del siglo XXI.

La situación en América Latina es otro de los temas seleccionados por *DCIDOB* que, aprovechando la fecha clave de 1992, quiere "ofrecer materiales que ayuden a hacer de 1992 un hito positivo cultural y éticamente en nuestra relación con América Latina, desde la colonización a la independencia y a los movimientos populistas" (Fundación CIDOB, 1992: 3). Como también lo es el área Mediterránea, a la cual se dedican dos números especiales a raíz de la Conferencia Euromediterránea de Barcelona de 1995. Durante esta etapa se dedican también monográficos a los siguientes países: Yugoslavia, Somalia, Filipinas, Guinea Ecuatorial, Cuba, Chechenia y Argelia, como también al área del Caribe y a la región de Kosovo. En el ámbito temático, queremos mencionar también la cuestión de la interculturalidad, que por la novedad e importancia del tema, *DCIDOB* le dedica el número 56 (junio-julio de 1996), un monográfico que intenta aclarar este término, como concepto y objeto de estudio, que comienza a sonar como alternativa a los conflictos de convivencia y comunicación entre culturas.

NUEVA ERA, NUEVO DISEÑO

De las puertas del siglo XXI hasta la actualidad

Se acerca la mítica fecha del 2000 y en diversos ámbitos, también en el internacional, se empiezan a preparar actos y proyectos de recibimiento del nuevo milenio. Tanto si el nuevo siglo comienza en 2000 como en 2001, la mítica cifra del 2 plantea en el imaginario colectivo, local e

internacional, el comienzo de una nueva etapa. Parece haber llegado la hora de los balances, los nuevos inicios y los buenos propósitos, aunque el ataque del 11 de septiembre de 2001 contra Estados Unidos, los hechos y las consecuencias que ello comporta, no ayudan al optimismo al añadirse en la agenda internacional conceptos como terrorismo o guerra contra el terror que aplazan o esconden los llamados por la ONU Objetivos del Milenio, un conjunto de medidas básicas para el desarrollo sostenible de la sociedad internacional del siglo XXI.

Concretamente en cuanto a *DCIDOB* se produce un cambio importante antes de acabar la década de los noventa, cuando se inicia la colaboración, aún hoy vigente, con Peret, uno de los diseñadores clave en la reciente historia del diseño gráfico en la ciudad de Barcelona. El cambio inicialmente se lleva a cabo en la portada, en el número 70-71 (otoño 1999) dedicado a la "salud reproductiva y desarrollo", con una nueva imagen conceptual y estética, que nos conduce al motivo central del monográfico. Cambio total en la portada y cambio integral en el interior, también de la mano del Estudio Peret, con una nueva maqueta a partir del número 74-75 (primavera 2000). Bajo el título "Grandes temas del siglo XXI", con este número doble, *DCIDOB* contribuye al abanico de voces que valoran el nuevo milenio, pero desde su línea habitual: de manera descriptiva, ofreciendo datos para la reflexión para que el mismo lector sea quien cree su propia opinión. Los temas escogidos en esta ocasión, los *grandes temas* o retos del siglo XXI, iniciados todos en el siglo anterior, son suficientemente complejos e importantes como para reflexionar sobre ellos y enumerarlos: el orden internacional y la globalización; los estados-nación y el papel de las organizaciones internacionales; el comercio mundial; la democracia, los conflictos y las nuevas tecnologías; los avances científicos y sus límites; el medio ambiente y el desarrollo humano.

Es importante destacar también los progresivos vínculos y la implicación de los programas de la Fundación CIDOB con la revista, los cuales han sido fundamentales para escoger y desarrollar algunos de sus contenidos. Así, los programas América Latina, Asia, Desarrollo y Cooperación, Europa, Dinámicas Interculturales, Mediterráneo, Migraciones y Seguridad realizan su aportación en algunos de los diferentes monográficos editados a lo largo de este ya bien entrado inicio del nuevo siglo, que por orden de salida desde el año 2000 han sido los siguientes: pueblos indígenas de América; diversidad cultural y etnocentrismo; transiciones, derechos humanos y reconciliación nacional; Sudáfrica y Nigeria; seguridad alimenticia; Sureste asiático; envejecimiento; el sida en el mundo; desarrollo sostenible; Macedonia; China hoy; Argentina; movimientos sociales: globalización alterglobalización; OMC, ¿éxito o fracaso?; biodiversidad; refugiados del siglo XXI; Perú; turismo y sostenibilidad cultural; India; construcción europea; agricultura en el Mediterráneo; Egipto; cambio climático, así como pensamiento y religión en Asia.

En la etapa actual de la revista se han producido cambios en la coordinación a partir del número 93 (primavera 2005) y adaptaciones formales que han sido positivos por el reforzamiento de la revista. Este *DCIDOB* 100 especial y de balance de 23 años de relaciones internacionales es testigo de un recorrido, el de la revista, que esperamos que continúe con fuerza en el futuro, como punto de información, sensibilización y encuentro de los temas internacionales.

Referencias bibliográficas

- Fundación CIDOB. *Dossier-CIDOB*. No. 0 (marzo-abril 1983a)
- Fundación CIDOB. *Dossier-CIDOB*. No. 1 (septiembre 1983b)
- Fundación CIDOB. *DCIDOB*. No. 25 (noviembre 1988)

Fundación CIDOB. *DCIDOB*. No. 28 (junio 1989)
Fundación CIDOB. *DCIDOB*. No. 34 (octubre 1990)
Fundación CIDOB. *DCIDOB*. No. 37 (septiembre 1991a)
Fundación CIDOB. *DCIDOB*. No. 38 (noviembre 1991b)
Fundación CIDOB. *DCIDOB*. No. 40 (mayo 1992)
Fundación CIDOB. *DCIDOB*. No. 68 (enero 1999)

dCIDOB 100.
**1983-2006: nous temps, noves
mirades.**

Col·laboradors

1983-2006 col·laboradors del dci Dob

Martí Abella	Antoni Castel	Joan Giménez	Pol Morillas	Pablo Rovetta
Nour Eddine Affaya	Xavier Castells	M. del Mar Gimeno	Bernard Morucci	Enric Royo
Neus Aguado	Jorge Castilla	Jaume Giné	Alexandre Muns	Nora Sainz
Eduardo Aillón	Teresa Caveró	Francesc Giró	Francesca Munt	Amelia Sáiz
Javier Albarracín	José Manuel Celorio	Seán Golden	Cristina Muñoz	Núria Sala
Ignasi Aldomà	Agustí Cerdán	Clara Gómez	Iván Muñoz	Antoni Salamanca
Lluís Alòs	Carmen Claudín	Alex González	Godofredo Murillo	J. Lluís Salazar
Juan Alujas	Joan Clavera	Inma González	Jaume Nadal	Victor Sampedro
Laura Alvareda	Carme Coll	Manuel González	Javier Nart	Dolors Sanahuja
Edgardo Álvarez	Joseph Collins	Pilar González	Wally N'Dow	Elvira Sánchez
Montserrat Arbós	Joan Colom	Víctor González	Gustau Nerín	Javier Sánchez
Alberto Arce	Delfí Colomé	Víctor González	José Luis Nicolás	Agustín Santana
Marc Arche	Conxita Comamala	Bertram M. Gordon	David Noguera	Jaume Sardà
Félix Arias	Joan Comas	Cristina Gortázar	Ignasi Oliveras	Luis de Sebastián
Pedro Arrojo	Ernest Conesa	Manel Gràcia	Yolanda Onghena	Rafel Seguí
Anna Ayuso	Esteve Corbera	Rafael Grasa	Juan J. Oñate	Antoni Segura
Bárbara Azaola	Joan Costa	Mario Gusson	Ricard Oriol	Francesc Serra
Anna Balcells	Oriol Costa	Antoni Gutiérrez	Jordi Ortega	Narcís Serra
Joan Antoni Balcells	Enric Crusat	Carole Hénaff	Montserrat Palet	Pepe Serra
Jordi Banyeres	Isabel Cruz	Prócoro Hernández	Víctor Pallejà	Silvia Serrano
Ricard Barba	Coni Della Vedova	Anna Herranz	Ludolfo Paramio	Devinder Sharma
Helena Barracó	José Déniz	Henk Hobbelink	Pablo Pareja	Daniel Silva
Luis Barranco	Aliou Dialó	Xavier Horcajo	M^a Rosa Parera	Sunny Singh
Javier Barreda	Doudou Diène	Josep Hortet	Rosa Parés	Remei Sipi
Alba Basco	Ana Dionís	Joaquim Iglesias	Peret	Gregori Sirvent
Marc Bassets	Svebor-André	Cynthia Indriso	Verónica Pereyra	Diana Sojo
Xavier Batalla	Dizdarevic	Ferran Iniesta	Héctor Pérez	Montserrat Solé
Mònica Battle	Andreu Domingo	Salvador Iranzo	Julio Pérez	Eduard Soler
Francesc Bayo	José A. Donaire	Ferran Izquierdo	Mercè Pérez	Manuel Soler
J.D. Dougan Beacá	Rafael Drinot	Pilar Jaime	Pedro Pérez	Eva Soms
Joaquín Beltrán	Jordi Duch	Clàudia Jiménez	Sanjay Peters	Ferriol Sòria
Domingo Benge	Ramiro Escobar	Tomás Jiménez	Toni Pigrau	Maite Suárez
Roberto Bergalli	Maria Espadale	Jordi Jorba	Rik Pinxten	Eric Suñol
Rosa Bergés	Maria Espeus	Jordi Juan Tresserras	Gemma Pinyol	Coto Talens
Tewolde Berhan	Francina Esteve	Ignasi de Juan-Creix	Xavier Pla	Mireia Tarradell
Gonzalo Bernardos	Juanjo Estrella	Mbuyi Kabunda	Empar Pons	Patrick Thomas
Amador Bertomeu	Francesc Fàbregues	Juan Ramón Laporte	Miquel Pons	Augusto Thornberry
Jordi Bigues	Oriol Farrés	Marcelo Lasagna	Josep Pont	Carlos Tió
Alba Blanco	Begoña Felip	Francesc Lausín	Jordi Portabella	Gil Toll
Montse Blanes	Laura Feliu	Josep Enric Llebot	Jordi Portell	Joan Torrent
Clàudia Blass	Guarocuya Félix-Paniagua	Imma Llorc	Maria Prandi	Helena Torroja
Martí Boada	Anna M. Fernández	Antoni Lluch	Xavier Prats	Joaquim Tres
Laia Bonet	Antonio Fernández	Teresa Losada	Carme Pujol	Sara Tuñí
Lluís Bonet	Aurelio Fernández	Adrián Mac Liman	Òscar Pujol	Ricardo Ulcuango
Emma Bonino	J. Alberto Fernández	John Madeley	Toni Pujol	Elisabet Uribe
Jordi Borja	Carlos Fernández-Jáuregui	Carlos Malamud	Sílvia Quadrelli	Hugo Valenzuela
Eva Borreguero	José María Ferreiro	Josep M^a Mallarach	Ferran Quededo	Mauricio Valiente
Josep Antoni Borrell	Albert Ferrer	Aurèlia Mañé	Pilar Ramón	Ricard Vela
Anna Borrull	Lluís Ferreres	Elisabet Mañé	Matías Ramos	Federico Velarde
Jaume Botey	Ruth Ferrero	Salvador Martí	Ezequiel Reficco	Renée Vellvé
Mohammed Bouaziz	Guillermo Figueroa	Gema Martín Muñoz	Josep Ribera	Jorge Vernieri
Raquel Bousó	Carlos Flores	Pilar Martínez	Xavier Ribera	Lurdes Vidal
Jairo Boza	Dolors Folch	Mercedes Mas	Xulio Ríos	Xavier Vidal-Folch
Inés Brancós	Maria Franch	Tona Mascareñas	Miguel Ángel Rivero	Blanca Vilà
Jeb Brugman	Anna Freixas	Bernat Masferrer	Jordi Roca	Olga Vilanova
Rafael Bueno	Mercedes Fuenzalida	Antía Mato	Ramon Roca	Pere Vilanova
Inés Bullich	Albert Galinsoga	Albert Mauri	Miquel Rodrigo	Miquel Vitaró
Carme Cadenas	Juan E. Garay	Vanessa Maxé	Florentino	Aïna Villalonga
Gemma Cairó	Anna Garcia	Margarita R. Medina	Rodríguez	Joan R. Vllalví
M^a Rosario Calderón	Iria García	Esther Mena	M^aÁngeles Rodríguez	Alberto Virella
Ferran Caldés	Patricia Garcia	Rigoberta Menchú	Soraya Rodríguez	Begoña Vivé
Alicia Campos	Carles García-Tornel	Ricardo Mendoza	Joan Roig	Stephen R. Walsh
Lucila Candela	Josep Garriga	Francesc Mestres	Rosa Mari Roig	Patrick Webb
Yamandú R. Caorsi	Mercè Gascó	Obam Micó	Marta Roigé	Edgard Weber
Francesc Carbonell	Josep Germain	Montserrat Millet	Eli Rojas	Irene Yambá
Guillem Carbonell	Burhan Ghalioun	Dimitar Mircev	Elvira Rojas	José Javier Yanguas
Josep Casanovas	Carme Gibert	Manuel Montobbio	Fred Romano	César Yáñez
Ester Casas	Iñaki Gili	Frances Moore	Carla Ros	Francisco Zamora
Mònica Casas		José J. Moreno	Rosa Ros	Jean Ziegler
Xavier Casas		Jordi Moreras	Peter Rosset	Barbara Zöllner